

# CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



## EL PADRE RAMON ORLANDIS RECORDADO POR FRANCISCO CANALS VIDAL

«Lo nuestro  
es la devoción  
al Sagrado  
Corazón»

El espíritu de  
santa Teresita  
del Niño Jesús

«Humildad  
humilde»

La esperanza de  
una realización  
del Reinado de  
Cristo sobre la  
tierra

El abandono  
confiado  
a la divina  
Providencia



«*Tindràs part en ma vida*», dijo Costa i Llobera en su evocación por la prematura muerte de Pere Orlandis i Despuig, insigne poeta mallorquín, hermano del jesuita que fue nuestro inolvidable maestro. Así se ha cumplido también en mí y en otros muchos en relación al padre Orlandis. Su acción ha permanecido en nuestro interior, sus palabras no han podido ser olvidadas, y la misteriosa maduración de lo que por ellas sembró ha sido causa de que hayan sido mejor comprendidas cuanto más lejanas en el tiempo. Así el padre Orlandis ha seguido siendo, para mí, padre y maestro, también a partir de su muerte y hasta hoy.»

## Sumario

«La vida de Canals ha estado dedicada al Señor». Homilía del padre Pere Suñer, S.I., en la misa «corpore insepulto» 3

Recordando al doctor Francisco Canals Vidal  
*Juan José Gallego, O.P.* 4

Francisco Canals, in memoriam  
*José Escandell* 6

### DE LA OBRA DE FRANCISCO CANALS VIDAL: «MIS RECUERDOS DEL PADRE ORLANDIS»

Mis recuerdos del padre Orlandis 7

Acerca de su tomismo 11

Acerca de su «integrista» 15

Acerca de su «milenario» 18

Acerca de su espíritu de cruzada 21

Acerca de su «pesimismo» 24

Su relación con el padre Casanovas y su obra 29

Pensando en su teología de la historia 33

Contemplando la vida de Cristo.  
El camino de la cruz  
*Ramón Gelpí* 35

Pequeñas lecciones de historia  
*Gerardo Manresa* 37

Actualidad religiosa  
*Javier González Fernández* 38

Actualidad política  
*Jorge Soley Climent* 40

Hemos leído. *Aldobrando Vals* 42

Hace 60 años 44

## RAZÓN DEL NÚMERO

A los dos meses de su fallecimiento, seguimos evocando la figura de Francisco Canals Vidal, y lo hacemos de una forma peculiar pero ciertamente propia y adecuada: a través de su relación con el padre Orlandis. En el pasado número de *Cristiandad*, nuestro colaborador Gerardo Manresa recordaba el impacto definitivo que para la vida personal y apostólica de Canals supuso su relación con el padre Orlandis y la lectura de aquel breve texto, «Pensamientos y ocurrencias», escrito en 1934, en el que el padre Orlandis resumía su «plan de vida» y que Canals leía, releía y difundía. Fue el germen de una relación entre maestro y discípulo fecundísima no sólo para Canals sino también para todos aquellos que no hemos conocido al padre Orlandis pero que, precisamente a través de Canals, hemos intentado hacer nuestro aquel «plan de vida».

«Su acción ha permanecido en nuestro interior, sus palabras no han podido ser olvidadas, y la misteriosa maduración de lo que por ellas sembró ha sido causa de que hayan sido mejor comprendidas cuanto más lejanas en el tiempo. Así el padre Orlandis ha seguido siendo, para mí, padre y maestro, también a partir de su muerte y hasta hoy» –recordaba Canals en 1998.

En sus conversaciones, las citas del padre Orlandis eran frecuentes, y su prodigiosa memoria hacía que casi siempre fueran textuales. También escribió mucho sobre él y glosó su pensamiento en artículos y conferencias. Así lo hizo ya en el número necrológico dedicado al Padre en septiembre de 1958, con un artículo titulado «Continuador del padre Ramière», en el que descubría los rasgos fundamentales de la vocación orlandiana. Pero, para cumplimentar el título que encabeza las páginas de este número, «El padre Ramon Orlandis recordado por Francisco Canals Vidal», acudimos a una serie de artículos que con el pretítulo de «Mis recuerdos del padre Orlandis» escribió Canals entre 1998 y 2003, respondiendo a una petición que le hicimos en la redacción de *CRISTIANDAD*. Estos artículos, que a veces se enriquecen con rasgos de una espontaneidad informal, tienen la particularidad de informarnos sobre los puntos programáticos del mensaje del padre Orlandis, pero también sobre cómo le veían los contemporáneos, especialmente dentro de la Compañía de Jesús; o cómo juzgaba acontecimientos de la vida cotidiana. El conjunto de los artículos no constituyen, ciertamente, un estudio completo y sistemático –una «tesis»– sobre el padre Orlandis y su obra, pero a través de ellos descubrimos rasgos de una manera de ser cautivadora, seria, exigente, que hacen más comprensible el hecho providencial de que creara una escuela que haya llegado hasta hoy. Canals fue quien mejor supo comprender, glosar y transmitir todo aquello que se contenía en las escasas tres páginas de «Pensamientos y ocurrencias»: devoción al Sagrado Corazón de Jesús, soberanía social de Jesucristo, mensaje de la «infancia espiritual» de santa Teresita del Niño Jesús, confianza en el Amor misericordioso...

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2ª  
Redacción: 93 317 47 33  
Administración y fax: 93 317 80 94  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [regnat@telefonica.net](mailto:regnat@telefonica.net)

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

## «La vida de Canals ha estado dedicada al Señor»

*Homilía del padre Pere Suñer, S.I., en la misa «corpore insepulto»  
por el alma del profesor Francisco Canals Vidal*

**A**UNQUE lo merecería, no es hora de hacer un panegírico de nuestro hermano Francisco Canals. Es la hora de confiarlo a la infinita bondad de Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, en quien él siempre creyó y confió.

En la primera lectura hemos leído: «En la vida y en la muerte somos del Señor». Francisco Canals en la vida ha sido del Señor: Como todo mortal habrá tenido deficiencias, pero ninguno de los que le conocimos podremos dudar de que toda la vida de Canals ha estado dedicada al Señor. Al Señor dedicó su corazón, su inmensa vitalidad, su caudaloso talento.

Nació en una familia profundamente cristiana. Desde el bautismo fue consagrado a Dios. Recibió una acendrada formación cristiana en la Escuela Pía y luego, desde el inicio de su vida universitaria, en el Apostolado de la Oración y en Schola Cordis Iesu, bajo la dirección del padre Ramón Orlandis, al que siempre mostró gran aprecio, fidelidad y gratitud, cosas que contagió luego a sus numerosos discípulos.

Llegado a la edad adulta y siempre aconsejado por Orlandis se dedicó al magisterio de la filosofía y se entregó a ti, Isabel, con el mutuo acuerdo de formar, con la ayuda de Dios, una gran familia cristiana. Lo hicisteis confiando más en Dios que en los limitados recursos que os podía ofrecer el modesto sueldo de una cátedra de Instituto. Así fueron viniendo vuestros hijos, uno, dos, tres... hasta once. Dios, con vuestra austeridad y esfuerzo, hizo que los pudierais subir y educar hasta la edad adulta. Esta ha sido la primera y principal obra de Francisco Canals, acompañado siempre de su esposa.

La presencia aquí de esta numerosa familia, rodeada ya de nietos y biznietos, es un precioso homenaje; un homenaje de gratitud y orgullo de todos vosotros.

Pero las energías de Canals no quedaron absorbidas en sólo la familia. Se volcaron también en su labor de profesor, o mejor dicho, de maestro. Sí, Canals no fue sólo un sabio profesor y catedrático de Universidad. Fue un maestro, que creó escuela: no tuvo sólo alumnos, tuvo discípulos. También la presencia de muchos de ellos aquí constituye un homenaje vivo. Hoy estáis aquí para agradecer a Dios que se haya valido de Canals no sólo para daros ciencia, sino sabiduría, sabiduría cristiana.

Esta labor de maestro ha ayudado a que creciera, en número y profundidad, la obra del padre Orlandis: Schola Cordis Iesu. A ella ha volcado Canals no sólo su privilegiada cabeza, sino también su apasionado corazón. Así Schola ha venido a ser no sólo una escuela donde aprender, sino una familia

de familias, donde vivir la fe, animada por la devoción al Corazón de Jesús. Aquí estáis todos, en esta hora en que Canals ha coronado su labor, para dar gracias a Dios por tanto bien recibido a través de él.

Jesús, en el Evangelio, nos ha dicho que en el cielo hay muchas estancias y que iba a prepararnos el sitio. Y dice también que, «al que venga a mi, no lo echaré fuera». Nosotros, llenos de confianza, encomendamos el alma de nuestro hermano Francisco al Corazón de Jesús, para que le acoja en la eterna Schola del Cielo. AMÉN.



«La Virgen de Schola»

# Recordando al doctor Francisco Canals Vidal

JUAN JOSÉ GALLEGO, O.P. \*

**C**ARGADO de méritos y de obras buenas, con un montón de libros y artículos publicados, de intervenciones habladas y de encuentros personales entrañables, entregó su alma a Dios, el pasado 7 de febrero, el profesor doctor Francisco Canals Vidal, catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona, miembro de la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino de Roma y fundador de la SITAE (Sociedad Internacional Tomás de Aquino de España) y presidente efectivo de la misma, y luego honorario.

Había nacido en Barcelona en 1922 y a los 22 años entra en contacto con el padre jesuita Ramón Orlandis, fundador de Schola Cordis Iesu. Y es precisamente en este año en que se incorpora a esta institución y a la redacción de la revista *Cristiandad*, en donde permanecería hasta su muerte. En esta revista se cuentan por centenares las publicaciones del doctor Francisco Canals.

Tocó temas de espiritualidad y de todo tipo, relacionado con la fe cristiana, con la defensa de la ortodoxia y con la que él consideraba auténtica interpretación del pensamiento de santo Tomás. La famosa escuela tomista de Barcelona tiene en el doctor Canals a uno de sus más conspicuos integrantes y fundadores, junto con el padre Ramón Orlandis y Jaume Bofill.

El cardenal Paul Poupard, presidente del Pontificio Consejo para la Cultura, en una carta del 12 de febrero de 2004 le decía: «He recibido las aportaciones para una síntesis doctrinal de santo Tomás de Aquino que ha preparado usted para la red informática de América Latina. Sin ser un experto de santo Tomás –a pesar de haber sido durante diez años rector de la institución heredera de la universidad donde enseñó el doctor Angélico–, con todo me ha parecido un admirable trabajo de síntesis y de presentación del pensamiento de santo Tomás el que usted ha realizado.»

A continuación escribía: «Coincido plenamente con usted en que la atención excesiva a temas polémicos ha podido, en el pasado, alejar a muchos del contacto vivo con la obra de santo Tomás y con su persona. Igualmente estoy de acuerdo en que es

necesario redescubrir el elemento místico a que lleva su síntesis y que, desafortunadamente, una lectura demasiado materialista ha sofocado. Creo que, para el trabajo en el Consejo Pontificio para la Cultura, un mejor conocimiento del pensamiento de santo Tomás será sumamente útil.» Esta carta del cardenal Poupard es una muestra patente del afecto con que la Iglesia institucional tenía en consideración al doctor Francisco Canals.

Uno de los últimos libros publicados por el doctor Canals es *Los siete primeros concilios. La formulación de la ortodoxia católica*. A propósito de la presentación de este libro que, después, por diferentes circunstancias, no se realizó, y que yo, como presidente de la SITAE, tenía que presidir, tenía escrito: «Es un alto honor para mí el tener la posibilidad de presidir este acto que organiza la Sociedad Internacional Tomás de Aquino de España en honor de quien fue presidente nacional de la misma. Y para mí, otro honor añadido y es que se trata de un autor que fue y sigue siendo mi maestro: el doctor Francisco Canals Vidal.»

En el prólogo de dicho libro, monseñor Pere Tena, obispo auxiliar emérito de Barcelona, comenta: «El doctor Canals nos ofrece en este libro una exposición apasionada del itinerario de los siete primeros concilios ecuménicos de la Iglesia, reconocidos como tales tanto por los católicos como por los ortodoxos. El libro tiene su origen, como explica el mismo autor, en unas conferencias, y evita el aparato crítico. En cambio, ofrece íntegramente los textos principales de los concilios analizados, lo cual constituye un valor añadido a esta explicación magistral. Aparte de ser una demostración del conocimiento que tiene el autor de la historia de los dogmas, revela también un espíritu capaz de interesar al lector en todo el entramado doctrinal y social, político y religioso que rodeó la celebración de los siete primeros concilios.»

## Intelectual de gran categoría

**C**ATALUÑA y la Iglesia católica pierden a un intelectual de primerísima categoría. Los que hemos tenido la gracia de ser sus alumnos, y seguir luego estudiando su pensamiento filosófico y teológico, percibimos que es muy valioso, especialmente en la parte de la fundamentación del sa-

\* Presidente de la SITAE (Sociedad Internacional Tomás de Aquino de España). Artículo que reproducimos parcialmente de *Catalunya Cristiana*, del 5 de marzo de 2009.

ber y de la esencia del conocimiento, y también de la fundamentación del pensamiento cristiano.

Fue un profundo creyente. Son muchos los jóvenes que, a través de Schola Cordis Iesu y de sus escritos y consejos, han encontrado la fe y la han cultivado con altura y sin miedo al diálogo. El doctor Canals fue un profundo conocedor de la historia de Cataluña y, en esta línea, le gustaba recordar el dicho de Torras i Bages: «Cataluña será cristiana o no será», y que sigue figurando esculpido en las piedras del monasterio de Montserrat.

Nos encontramos, en sus escritos, con una fuente riquísima de reflexión cristiana vista a la luz del magisterio de la Iglesia y del pensamiento de santo Tomás de Aquino y con un conocimiento profundísimo del pensamiento filosófico. Espero que pronto se realicen varias tesis doctorales que analicen su pensamiento en las múltiples facetas que nos deja. Su tesis doctoral de teología sobre san José es un tratado que hay que tener muy en cuenta en todo lo que se refiere al Patriarca.

No puedo olvidar el magisterio vivo que deja el doctor Canals. Son muchos los intelectuales que siguen enseñando y publicando sobre santo Tomás en toda España y en América. Por propia experiencia su magisterio es vivo y llega a los fundamentos. Santo Tomás en el cielo le habrá dado un gran abrazo ya que él fue uno de sus grandes propagadores y que supo ofrecer ese aspecto humano y cercano del Doctor Angélico del que nos habla el cardenal Poupard.

[...]

Gracias infinitas al querido doctor Canals por el testimonio de su fe y de su esperanza que, durante su larga enfermedad, nos ha ofrecido. No quiero terminar esta reflexión sin agradecer a su querida esposa Isabel y a sus hijos el cariño que le han tributado siempre y, de un modo especial, en sus últimos años, en que dependía en todo de ellos. Descanse en paz un hombre bueno y generoso que lo dio todo y que era mucho lo que había recibido y cultivado durante toda su vida.



*Fra Angélico: María con santo Tomás (fragmento)*

# Francisco Canals, in memoriam\*

JOSÉ ESCANDELL

**E**L 7 de febrero recién pasado ha fallecido el profesor Francisco Canals Vidal, Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona. Se trata de una de las grandes figuras de la filosofía española del siglo xx, tanto por su obra escrita como por la influencia que ha tenido con su actividad.

El lector podrá informarse fácilmente de la biografía de Canals en multitud de fuentes en papel y en internet, por lo que me excuso de referirla. Creo mucho más necesario, supuesto lo anterior, exponer en pocas palabras el alcance de su obra.

Canals es uno de los puntales destacadísimos del neotomismo, corriente de pensamiento en la que España ha sido fecunda. Puede decirse, sin temor a retoricismos, que Canals vivió entregado a la tarea de la construcción y defensa de la cultura católica. Es sucesor de Jaime Bofill, eslabón de continuidad de la fecunda Escuela Tomista de Barcelona, a la que se adscriben hoy, como hijos intelectuales de Canals, pensadores de la talla de José M<sup>a</sup> Petit (recientemente fallecido también), Eudaldo Forment, Antonio Prevosti, José M<sup>a</sup> Alsina, Enrique Martínez, etc. Una escuela con una vitalidad envidiable y con una ejecutoria ejemplar. Aunque la actividad de Canals no se ha limitado a este orden de cosas, sino que ha sido animador de revistas, publicaciones, cursos, sociedades, grupos, etc., con el objetivo de cultivar y difundir la sana doctrina.

Entre sus muchos escritos, permítaseme arrimar el ascua a mi sardina y mencionar los que me tocan más de cerca. *Para una fundamentación de la metafísica* (1968) contiene el plan de esta disciplina *ad*

*mentem sancti Thomae*. Y si de Canals se trata, el *ad mentem* debe entenderse en el sentido del deseo cordial y esforzado por realizar una lectura fiel del pensamiento del Doctor Angélico. Canals no ha sido hombre de medias tintas. Quien desee conocer un plano esquemático del alcance y posibilidades de la Reina de los Saberes, leerá este librito y disfrutará. Como en *Cuestiones de fundamentación* (1981), que recoge algunos trabajos dispersos, entre otros el librito de 1968. Hay un ajuste de cuentas muy relevante con Kant y con la filosofía moderna.

Quien quiera conocer seriamente por dónde transitó la mente de Canals, lea enseguida *Sobre la esencia del conocimiento* (1987). Ahora bien, se trata de un tomo de 699 páginas denso y duro. (Sí, ¿para qué engañarnos? Como si la filosofía tuviera que ser accesible a cualquiera a la primera lectura...). La aportación de Canals en este punto nunca podrá ser pagada.

Asistí el 21 de abril de 2005 a la investidura de Canals como doctor *honoris causa* de la Universidad Abat Oliba CEU. Leyó un texto (con la ayuda del Prof. Martínez) titulado *Unidad según síntesis*. Hay edición para la ocasión, aunque confío en que el texto habrá sido publicado en otros lugares. *Unidad según síntesis* es el emblema del pensamiento cristiano, cuyo maestro y máximo representante es santo Tomás.

Por los difuntos hay que rezar, pues, si es el caso que lo necesitan, les ayuda; y si no, ayuda a quien por ellos ruega. Por eso ruego por Canals, deseoso de formar parte del grupo por quien él mismo intercede en el Cielo. Admirado por su obra. Deseoso de imitarle en lo posible, según mis posibilidades. Los católicos españoles tenemos muchos a quienes admirar a nuestro alrededor.

\*Reproducido de *diarioya.es*, Madrid, sábado 14 de febrero de 2009.



## Mis recuerdos del padre Orlandis\*

*A los cuarenta años de su muerte la publicación por la revista Cristiandad de un número en homenaje a su memoria me mueve, y podría decir que me compromete, a expresar algunos recuerdos de sus palabras y de sus actitudes de padre en el espíritu y de maestro de sabiduría humana y cristiana, que quedaron impresas, entrañadas en lo más íntimo de mi vida, a lo largo de los catorce años, desde 1944 hasta su muerte en 1958, en que tuve la dicha de un trato frecuente, casi cotidiano con él.*

*«Tindràs part en ma vida», dijo Costa i Llobera en su evocación por la prematura muerte de Pere Orlandis i Despuig, insigne poeta mallorquín, hermano del jesuita que fue nuestro inolvidable maestro. Así se ha cumplido también en mí y en otros muchos en relación al padre Orlandis. Su acción ha permanecido en nuestro interior, sus palabras no han podido ser olvidadas, y la misteriosa maduración de lo que por ellas sembró ha sido causa de que hayan sido mejor comprendidas cuanto más lejanas en el tiempo. Así el padre Orlandis ha seguido siendo, para mí, padre y maestro, también a partir de su muerte y hasta hoy.*

### «Pienso que el demonio pasa por todo con tal de que pueda estorbar la devoción al Corazón de Jesús»

**A**FIRMABA la certeza del designio divino de que la devoción al Sagrado Corazón sería el remedio social del mundo actual y que como consecuencia del triunfo de esta devoción vendría la época profetizada del Reinado social de Jesucristo.

Inculcar esta convicción y esta esperanza era el objeto final de todas sus tareas, y al servicio de ella estaban sus conferencias históricas, su enseñanza de teología de la historia, su magisterio filosófico según la doctrina de santo Tomás de Aquino.

Llegaba a decir que el demonio no estorbaría una devoción a la Santísima Virgen que no condujera a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Este punto de vista, que a mí entonces me extrañaba, he ido comprendiendo después que se apoyaba en una convicción que le llevó a sugerir al padre Francisco de Paula Solà que escribiese en CRISTIANDAD un artículo

*Convencido de la validez y fecundidad universal de sus consejos orientadores y estimulantes, de sus exhortaciones exigentes, tal vez en un primer momento dolorosamente sorprendentes, y de la clarividencia y visión de futuro de sus advertencias, que iban acompañadas de certeras previsiones en las que «sin contemplaciones», sin adulaciones ni respetos humanos, preanunciaba el curso de algunas cosas, removiendo expectativas falsas e ilusorias, trataré de repetir con la mayor literalidad posible sus palabras y sugerir el ambiente y la ocasión en que las pronunciaba.*

*El padre general de la Compañía, Peter-Hans Kolvenbach en reciente carta al director de CRISTIANDAD José María Mundet ha expresado el deseo de que «el Señor siga bendiciendo la Schola Cordis Iesu y su propósito de servicio al Apostolado de la Oración, para bien de la Iglesia entera». Para agradecer esta manifiesta bendición divina, dando así gloria al Corazón de Cristo, comenzaré mi personal «antología» con aquellas palabras que más directa e inmediatamente se referían al propósito y vocación de Schola.*

lo titulado «A María por Jesús» (núm. 89, I-XII-1947, pp. 515-518).

Sus criterios estaban en radical oposición a los «minimalismos» que han deformado abusivamente la situación postconciliar, pero era, en ésta y en muchas cuestiones, precursor de los verdaderos y auténticos mensajes del Vaticano II.

Con una perspicaz y aguda visión de los sentimientos y de los ambientes y situaciones contemporáneas previó siempre la ruina de cualquier escolasticismo vuelto de espaldas a las fuentes más originarias. «Los jesuitas jóvenes, o serán tomistas o existencialistas o cualquier cosa, pero no serán ya suaristas», le dijo muchas veces al padre José María Murall.

No esperaba mucho más del «tomismo de manual» y orientaba hacia la búsqueda de la síntesis auténtica por el estudio directo del Doctor Angélico. De las «veinticuatro tesis» decía que eran ciertamente «principios y enunciados mayores» pero no los principios y enunciados mayores de aquella síntesis. ¡Suerte que en latín no hay artículo!, comentaba con ironía.

Sentía e infundía aversión hacia toda actitud que quisiera apoyarse en «*fragments de veritat*». «Lo

\*CRISTIANDAD, marzo de 1998.

quiero todo», dijo en su lecho de muerte a un íntimo amigo suyo.

Insistía en recomendar la búsqueda de la unidad y de la síntesis: *cerqueu en tot la unitat*. Él mismo inspiró a la revista CRISTIANDAD aquel lema tomado literalmente de santo Tomás de Aquino: «*plura ut unum*».

El papa Pío XI había afirmado que en el culto al Sagrado Corazón de Jesús se encuentra «la síntesis de toda la religión».

### «Lo nuestro es la devoción al Sagrado Corazón»

**I**NSISTÍA en que era esta nuestra vocación. En catorce años de mi trato con él son incontables las exhortaciones, advertencias y avisos que oí de él en este sentido. Por haber él orientado mi vocación al estudio de la filosofía, y concretamente al amor y adhesión al pensamiento auténtico de santo Tomás de Aquino, me resultaba sorprendente que insistiera en advertirme: «no convirtáis Schola en una escuela tomista, porque lo nuestro es el Corazón de Jesús».

Advirtiendo siempre contra el olvido de la vocación profunda de Schola Cordis Iesu, al consejo de no centrarse en algo distinto del Corazón de Jesús añadía que nosotros colaboraríamos mejor con un «suarista» que participase de los ideales del padre Ramière, que con alguien que no sintiese entusiasmo por el ideal y la esperanza del Reinado de Cristo por su Corazón, aunque fuese tomista.

No hubiera Schola Cordis Iesu subsistido ni fructificado sin el apoyo de influyentes jesuitas suaristas. Recuerdo al padre Murall, al padre Cayuela, al padre Igartua, al padre Solano, al padre Francisco de Paula Solà, para nombrar sólo algunos de los que ya murieron.

La que ahora se llama «escuela tomista de Barcelona» es una fructificación internacionalmente visible del magisterio filosófico-teológico del gran apóstol de Corazón de Jesús, y no se hubiera llegado a su actual presencia sin el apoyo y la colaboración del padre Juan Roig Gironella en la Sociedad Internacional Tomás de Aquino.

Y sin duda para prevenir toda deformación «intelectualista» me dijo muchísimas veces: «si lo que buscas es hacerte un sabio no hace falta que vuelvas por aquí». Su consigna era: «hacer bien, no hacerlo bien», advirtiéndonos contra los riesgos de un culturalismo que desorientase nuestra vocación apostólica.

Pero ahora no me extraña que me urgiese siempre al estudio y a la lectura en muchos campos y que me reprendiese por no conocer ya toda la biblioteca

de Schola. Decía frecuentemente que mucha gente no lee no por pereza sino por vanidad; no soportan la experiencia de ir encontrando tantas cosas sobre las que nada sabían. «Tu humillación es estudiar»; «tu humillación es escribir».

El ideal y la esperanza del Reino de Cristo sobre las sociedades humanas, a cuyo servicio estaba su teología de la historia, lo sentía como el único remedio contra los «malminorismos» y «posibilismos» que, tomados como pretexto para olvidar prácticamente el imperativo *oportet illum regnare*, sirven para que se sitúen muchos en el «segundo binario» ignaciano.

Los que tal hacen, notaba el padre Orlandis, en sus tareas y decisiones se engañan a sí mismos «trayendo» la voluntad de Dios a sus voluntades, orientadas según criterios de gloria mundana, y de huida de los sacrificios y humillaciones que son exigencia de la seriedad en la vida cristiana y apostólica.

Estaba convencido de que la desaparición en la política de la tradición de intransigencia antiliberal dañaría más gravemente la vida católica de España que la tiranía atea de un estado comunista.

### «Santa Teresita del Niño Jesús»

**S**I los superiores me autorizasen a trabajar en el Apostolado de la Oración, pero no a enseñar en él que en el mensaje del amor misericordioso y de la infancia espiritual de santa Teresita del Niño Jesús ha llegado a plenitud la revelación del Corazón de Jesús, pediría de ellos permiso para retirarme».

Sostenía que nada podría hacer en este orden de cosas sin referirse como a lo más decisivamente orientador al espíritu de santa Teresita del Niño Jesús. Su sabiduría espiritual la juzgaba digna de un doctor de la Iglesia. Todos aquellos a quienes ha llegado el apostolado del padre Orlandis sentimos profunda gratitud a Dios por la declaración pontificia reciente, y por haber sido beneficiarios de un espíritu que permitió a esta revista anticiparse desde 1971 a la solemne proclamación del doctorado.

### «Aquí, aquí, aquí, aquí, aquí, aquí»

**L**a consigna, expresada repitiendo seis veces lo que parecía ser un adverbio de lugar, nos advertía contra la dispersión, contra las falsas ilusiones y apariencias engañosas por las que quisiéramos apoyarnos en tareas que nos pareciesen más «actuales», y que nos tentasen con la eficacia y el éxito.

Él sabía muy bien que «aquí» era un lugar y una



*Imagen del Sagrado Corazón que corona el templo del Tibidabo (Barcelona)*

tarea que muchos consideraban inevitablemente destinada al fracaso. Sabía que de entre los más cercanos a él no faltaban quienes estaban convencidos de que no quedaría nada de la tarea que se realizaba en Schola Cordis Iesu, y de su fructificación aconsejada y orientada por él mismo en CRISTIANDAD.

Comentaba a veces que no sabía quién nos podría ayudar después: «no se si será jesuita o paúl, español o misionero de la China», pero nos anunciaba, a nosotros y a sus superiores religiosos, que si nosotros eramos fieles Schola Cordis Iesu subsistiría y tendría futuro. Nos aseguraba que la garantía de nuestra supervivencia fecunda estaba en nuestra vinculación con el Apostolado de la Oración, no sólo en su espíritu, sino en su organización o cuerpo externo.

**«Colaborad, colaborad, colaborad, colaborad, colaborad, colaborad»**

**E**STA es otra de sus expresiones que no recuerdo haberla oído nunca más que con esta insistente y séxtuple reiteración. Ha tenido para nosotros una importancia decisiva. Sentida en unidad con la primacía de la piedad y de la plegaria,

nos hizo vivir la experiencia de la verdad de las palabras evangélicas: «donde hay dos o tres reunidos en mi nombre allí estoy en medio de ellos».

Porque la consigna de colaboración se identificaba con la entrega «de toda la persona al trabajo», como él repetía con palabras de san Ignacio en los Ejercicios, y con la puesta en práctica de la humildad, sin la que nadie sería capaz de colaborar fielmente en una obra de apostolado del Corazón de Jesús.

**«Sólo me quejo de lo que no hacéis»**

**L**A colaboración supone trabajo de muchos concurrendo en una tarea. El padre Orlandis decía frecuentemente que no le parecía mal nada de lo que los de Schola hiciésemos. Sólo lamentaba lo que no hacíamos, es decir, las omisiones, que eran signo de menor interés por la *vocación de todos* que por las tareas personales de cada uno.

Muy enemigo de cualquier insinceridad, incluso y muy especialmente de la insinceridad inconsciente, hablaba de la *pereza bajo capa de ocupaciones*. Invitaba a que tuviésemos por Schola Cordis Iesu y por CRISTIANDAD, por lo menos el interés que teníamos por el que menos nos interesase de nuestros trabajos particulares.

Otra insinceridad vigilaba y reprendía severamente: *el respeto humano*, la cobardía en la profesión de fe y de esperanza en el Reinado del Sagrado Corazón, *bajo capa de modestia*. No admitía que se tomase como pretexto la humildad —«no obréis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos»— para «no poner» *la luz encima del candelero y alumbrar a todos los que están en la casa de suerte que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos*.

Deseaba transmitirnos su convicción de que la obra apostólica de Schola Cordis Iesu y de CRISTIANDAD era de gran importancia para bien de toda la Iglesia. El temor a afirmarlo así lo sentía como una tentación del demonio.

Por esto se quejaba de cierta falsa modestia que venía a ser como un defecto colectivo nuestro, más tal vez en los años en que vivía el padre Orlandis que en la época posterior a su muerte. Diríase que desde el cielo ha velado por nosotros, para infundirnos aliento en nuestras actividades, que son ahora más conocidas de lo que habían sido durante su vida.

La grandeza de nuestra vocación era para él una razón profunda de la necesaria humildad con que teníamos que agradecer y corresponder fielmente a los dones de Dios.

## «Humildad humilde»

EL padre Orlandis daba gracias a Dios y se sentía feliz por el hecho de que sus orientaciones, salidas de lo más íntimo de su propia vida y actitud espiritual, alejaban inevitablemente a los pedantes, a los buscadores de triunfo humano, a los ambiciosos de prestigio y de éxito resonante. «Los que se acercan a mí quedan inmediatamente humillados». Lo consideraba una gracia de Dios. Él perseveraba en su tarea apostólica, siempre con la aprobación de sus superiores, y siempre con el triple *sambenito* de *tomista*, *integrista* y *milenarista*.

«No he visto a nadie de los que triunfan que sea fecundo apostólicamente», decía el padre Orlandis, que creía muy poco en la validez de los juicios superficiales que consiguen «ponerse de moda» en un momento dado en la opinión pública.

No admiraba ni tenía confianza en lo humanamente grande o prestigioso. Me dijo en varias ocasiones que cuando entró él en el noviciado, después de haber estudiado en Deusto Derecho y Filosofía y Letras, ya tenía la convicción de la inutilidad de aquella prestigiosa universidad, ya se entiende que en orden al bien de la Iglesia. Y daba la razón de su convicción: «en Deusto todos éramos de familias aristocráticas o muy ricas; ya entendí entonces que esto no podía conducir a ninguna parte».

Juzgando de las modernas revoluciones según el espíritu y la letra de las enseñanzas pontificias —«el Papa es infalible cuando habla, no cuando calla»— veía muy claramente los errores filosóficos que inspiran la contemporánea «democracia» y son la causa de su devastadora influencia descristianizadora en la educación y en la cultura.

Pero en modo alguno estaba en contradicción con esto un juicio suyo muy característico: «ja li poden donar voltes» [ya pueden darle vueltas], «la sociedad del futuro será democrática». Al hablar así se refería a que era ilusoria y engañosa la confianza que quisieran mantener algunos en elites sociales o culturales, dejando de lado la fuerza y eficacia del humilde sentido común y de la seriedad de la vocación a la santidad en la vida cotidiana y ordinaria de los individuos y las comunidades.

«Nunca he sentido envidia —decía— más que de las personas que he conocido, muy sencillas y poco cultas, en que he experimentado, con su piedad profunda, una *humildad humilde*». Leía con convicción y con emoción íntima la poesía de Costa i Llobera *Als humils*. El lector la encontrará en las páginas de este número; su lectura le resultará muy útil para conocer el modo de ser y los ideales del padre Ramón Orlandis.

Afirmaba que la humildad era una virtud fundamental, necesaria no sólo para los individuos, sino también para las familias, las ciudades y las naciones. Inspiró a Jaime Bofill un artículo titulado: «Humildad ontológica, humildad personal, humildad social».

Calificaba de *veneno* al catalanismo, por la misma razón que criticaba con ironía la expresión de entonces «por el imperio hacia Dios»: «¡Qué extraño, yo pensaba que a Dios sólo se va por el camino de la humildad». Decía que había en Cataluña dos corrientes peligrosas, el catalanismo y el anticatalanismo.

A veces se calificaba a sí mismo como «supercatalanista». Esperaba firmemente el Reinado del Sagrado Corazón de Jesús en España, y compartía con el obispo mártir, Dr. Irurita, la convicción misteriosa de que se iniciaría providencialmente en Barcelona.

Admiraba y defendía la obra del Foment de Pietat de *mossèn* Eudald Serra i el padre Ignasi Casanovas.

## «Piedad, piedad, piedad, piedad, piedad, piedad»

COMO siempre que repetía seis veces una exhortación, comenzaba la frase con un «Mira, noi» (mira chico) invitando con apremio a que atendiera y guardara para mi vida la advertencia. No entendía el padre Orlandis Schola Cordis Iesu como teniendo que ser un grupo distinguido y prestigioso de gente intelectual o culta. Nos sentía llamados a formar parte de aquella «legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso de Dios».

Por arder en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, y conocedoras de la realidad —la humildad es la verdad, dijo santa Teresa de Jesús— serían almas «profundamente desengañadas de sus fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempos».

Pero si el padre Ramón Orlandis era intransigente en liberar de ilusiones y engaños, lo era para evitar desilusiones y desengaños, pero sobre todo y en definitiva era el suyo un magisterio de esperanza. La esperanza teológica, sin la que la fe es inconsecuente y se debilita, y sin la que no llega a vivir en plenitud porque no fructifica en el amor de caridad, venía a ser el mensaje nuclear de su alentadora y vivificadora dirección espiritual.

## Acerca de su tomismo\*

EN conversaciones con «los de Schola» decía el padre Orlandis que desde hacía tiempo tres epítetos descalificadores resumían las incomprendiones sobre sus tareas de formación espiritual y doctrinal: *tomista*, *integrísta* y *milenarísta*.

En alguna ocasión me comentó que de estos tres «sambenitos» el que más influía en la tendencia a considerar que su actividad carecía de futuro —después de su muerte no quedará nada de lo que ha hecho, decían a veces algunos— y lo que más dificultaba el reconocimiento de su obra, era el epíteto de *tomista*, precisamente el único que él aceptaba —según me recordaba un querido amigo de los «antiguos» de Schola— puesto que se profesaba convencido seguidor de santo Tomás en lo teológico y en lo filosófico.

He ido comprendiendo el sentido de aquella observación del padre Orlandis: las convicciones u opiniones y las actitudes por las que tendían a descalificar algunos al padre Orlandis como «integrísta» o como «milenarísta» estaban en relación directa con corrientes doctrinales y movimientos espirituales secularmente vigentes en el seno de la Compañía de Jesús, y que, en algunos aspectos, podrían considerarse como sociológicamente originados en ella.

No podría decirse lo mismo del tomismo, especialmente en el campo filosófico. Ya durante el siglo xvii se fue debilitando la presencia del tomismo en la antigua Compañía. El suarismo y otras interpretaciones de la tradición escolástica, y posteriormente diversas líneas de eclecticismo *antiquo-novum*, contaminado en ocasiones de cartesianismo malebranchiano, predominaron en los tiempos anteriores a la extinción de la Compañía por Clemente XIV en 1773.

Pero no eran aquellas corrientes eclécticas o semirracionistas las que causaban las dificultades ambientales al padre Orlandis. En las provincias españolas e hispanoamericanas de la Compañía predominaba, como en otros países —Alemania, Austria, Polonia, Francia e Italia meridionales— la escolástica suareciana.

El tomismo, después de su penetración en la Compañía de Jesús a través de la escuela que se expresó, a partir de 1853, en *La Civiltá Cattolica*, había pasado, bajo el impulso de la autoridad del papa León XIII, a la Universidad Gregoriana, y se había extendido también en Italia del norte, Bélgica, el mundo anglosajón e irlandés, y la Francia del norte, Canadá.

El padre Orlandis, que en su juventud, siendo todavía seglar, había estudiado las carreras de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Deusto, había sido convencido y ferviente suarista. Evolucionó en Tortosa, donde estaban entonces los estudios filosóficos y teológicos de la Provincia, hacia la admisión de la metafísica tomista, que había de plasmarse pronto en las célebres *veinticuatro tesis* en los últimos tiempos del pontificado de san Pío X, por influencia de un estudiante jesuita irlandés.

El tema metafísico más característico de los que dividían a tomistas y suaristas era el de la distinción real entre la esencia y el ser en los entes creados. La afirmación por un jesuita de la que era entonces provincia de Aragón de esta tesis venía a ser entonces una actitud excepcional y dificultosa.

El dominico Norberto del Prado afirmó aquella tesis como «la verdad fundamental de toda la filosofía cristiana», mientras el prepósito general de la Compañía, Luis Martín, a la vez que reconocía, obediendo al papa León XIII, la libertad para seguirla y enseñarla, ponía para ello como condición que «no se haga de ella el fundamento de toda la filosofía cristiana».

Pero, en definitiva, el sistema tomista, entendiendo por tal el que se trató de delimitar y definir en las célebres *veinticuatro tesis*, era algo no sólo permitido oficialmente en la Compañía de Jesús, sino presente y extendido, como he dicho ya, en muchas instituciones y países entre los jesuitas.

Pero el epíteto de *tomista* evoca también tensiones y polémicas que han perdurado durante siglos, a partir de las cuestiones *de auxiliis*, «sobre la predestinación y la gracia y sobre el modo de conciliar la libertad humana con la omnipotencia de Dios» (D.S. 2564), que durante los pontificados de Clemente VIII y Paulo V habían enfrentado a la Orden de Predicadores y a la Compañía de Jesús (1598-1607).

Efecto de aquel enfrentamiento fue que, para la mayoría de los dominicos, y de otros que han profesado lo que éstos habían defendido frente a los jesuitas, el tomismo tendiese a ser definido por las tesis entonces sostenidas frente a la doctrina de Luis de Molina.

«El tomismo y el molinismo —dice Gredt— se oponen *contradictoriamente*. El tomismo consiste esencialmente en la doctrina de la *predeterminación física*, el molinismo en su negación, de la que se sigue como necesaria consecuencia la afirmación de una *ciencia media*». (Ioseph Gredt O.S.B. *Elementa*

\*CRISTIANDAD, enero de 1999.

*philosophiae aristotelico-thomisticae*, vol.II, pars II, cap. IV, 877,2). Si se admitiese como válida esta terminología, habría que decir que el padre Orlandis no era tomista sino molinista.

Pero no todos admiten esta definición de la esencia del tomismo, ni el planteamiento que obligaría a optar, como entre opuestos contradictoriamente, entre aquellos dos sistemas. El doctor de la Iglesia san Alfonso María de Ligorio y otros autores negaron la predeterminación física y la ciencia media. Como puso de manifiesto Marín Sola, O.P., en sus documentados estudios también autores dominicos posteriores a Domingo Báñez siguieron otros caminos que los que había seguido éste en las cuestiones de *auxiilis*.

Pero la tensión polémica fue causa de que tendiesen a ser acusados como *molinistas* los tomistas que no afirmaban en todo la predeterminación física, mientras en el campo contrario se descalificaban como *bañecianos* a quienes afirmaban una premoción divina «indiferente» en los actos libres de las acciones de las criaturas.

Considerando en perspectiva el magisterio del padre Orlandis, me parece advertir que todavía hoy sorprende a algunos su admisión de la existencia de la «ciencia media» y su rechazo de la predeterminación física y de los decretos predeterminantes.

El padre Orlandis, según me explicó reiteradamente, era convencido adversario de la predeterminación física y de los decretos predeterminantes. La «ciencia media» divina, como explicación del conocimiento eterno de los actos libres humanos futuribles, encerraba para él dificultades en todas sus diversas interpretaciones –coincidiendo en esto con Kleutgen, Cornoldi, Regnon, Billot–, pero añadía que no ha de costar admitir que los misterios de la sabiduría y ciencia de Dios son para nosotros insondables.

Añadía que las tesis que explican este conocimiento, y la eficacia infrutable de las mociones divinas «eficaces», por la predeterminación y los decretos predeterminantes, ponen en el mismo libre albedrío de los hombres un problema insoluble, que hace difícil el reconocimiento del propio libre albedrío, y la posibilidad del mérito y de la culpabilidad de los actos humanos.

En este punto su actitud era semejante a la del gran comentarista de santo Tomás, Cayetano (1469-1534), que, al referirse a la cuestión «sobre si la divina providencia impone necesidad a todo lo que provee» se plantea la duda acerca del carácter inevitable que parece hemos de reconocer, dada la inmutabilidad y omnipotencia de Dios, a todo lo que ha sido eternamente previsto y dispuesto por Él. Escribe:

«Sobre esta duda nada encontré escrito en santo Tomás... Como dijo Gregorio, siente de Dios menos de lo que a Él conviene, el que sólo cree lo que pue-

de medir con su ingenio... es mejor tanto para la fe católica como para la filosofía confesar nuestra ceguera antes que afirmar como evidentes cosas que no dan descanso a nuestro entendimiento...».

«El consejo óptimo y más saludable en esta cuestión es comenzar por aquello que sabemos con certeza y lo experimentamos en nosotros, a saber que todo lo que cae bajo nuestro libre albedrío es evitable por nosotros, por lo que somos dignos de pena y de premio. En cuanto al modo en que, salvado esto, se salve la divina providencia y predestinación, creer lo que cree la Santa Madre Iglesia. Pues se ha escrito, no busques las cosas que son más altas que tú, pues son muchas las cosas reveladas que están por encima de la comprensión de los hombres. Y esta es una de ellas» (Comentario sobre la *Summa theologica*; I<sup>a</sup>, q.XXII, art.º 4º).

El padre Orlandis sostenía con convicción absoluta lo que ahora el *Catecismo de la Iglesia católica* (núm. 308) presenta como «una verdad inseparable de la fe en Dios creador»: la de que «Dios actúa en todos los actos de sus criaturas. Es la causa primera que obra en y por las causas segundas».

Le repugnaban profundamente las explicaciones que afirmaban un *concurso simultáneo* entre la causa divina y las causas creadas, por el que «ninguna de estas causas influye con prioridad a la otra, porque ninguna influye en la otra, sino que una y otra influyen en la acción o el efecto, y ninguna aplica a la otra o la hace obrar en virtud de este concurso» (Suárez, Opusc. I, *De concursu*, L.1º, cap. 15, nº 7).

El rechazo de la predeterminación y la afirmación de la premoción divina situaban el tomismo del padre Orlandis en una corriente a la que han pertenecido insignes autores jesuítas. Es una corriente *tomista*.

Hay que recordar que León XIII, que, en su carta apostólica *Gravissime Nos* de 30 de diciembre de 1892, había confirmado que santo Tomás de Aquino, según lo establecido por san Ignacio, «es el doctor propio de la Compañía de Jesús», mientras exigió que en ella hubiese libertad para enseñar la tesis *tomista* de la distinción real entre la esencia y la existencia, no exigió de modo alguno que la Compañía abandonase sus normas tradicionales que excluían la afirmación de la predeterminación física y de los decretos predeterminantes.

En el ámbito teológico las actitudes del padre Orlandis estaban en continuidad con las del insigne doctor de la Iglesia el jesuita cardenal Roberto Belarmino sobre la gratuidad y anterioridad a la previsión de los méritos humanos de la Providencia salvífica de Dios y el carácter intrínseco de la eficacia de la divina gracia.

Pienso que el espíritu y la actitud del padre Orlandis, apóstol de la gracia, con primacía sobre las polémicas de escuela –la ordenación de la teolo-

gía a la fe y a la piedad le daba un horizonte amplísimo, desde el tomista Garrigou-Lagrange al molinista doctor de la Iglesia san Francisco de Sales— coincide con la enseñanza de santo Tomás comentando la epístola de san Pablo a los Romanos:

«*La predestinación es eterna. Difiere conceptualmente de la presciencia en que ésta importa sólo conocimiento de las cosas futuras pero la predestinación importa también causalidad respecto de las mismas. Y así Dios tiene presciencia incluso de los pecados, pero su predestinación es de los bienes de la salvación.*

»*Dicen algunos que la presciencia de los méritos es la razón de la predestinación, de modo que se entienda que Dios predestina a algunos porque preconoce que obrarán bien y creerán en Cristo.*

»*Esto se diría razonablemente si la predestinación mirase sólo a la vida eterna, que se da por los méritos; pero cae bajo la predestinación todo beneficio salvífico preparado eternamente por Dios al hombre. Por lo que afirmar que algún mérito por nuestra parte se presupone, cuya presciencia dé razón de la predestinación, no es otra cosa que afirmar que la gracia se da por nuestros méritos, y que el principio de las buenas obras procede de nosotros» (Ad Rom., núm. 702 y 703).*

La doctrina tomista del padre Orlandis se movía en el resultado auténtico de las disputaciones de *auxiliis*. Paulo V se expresaba así, en julio de 1611, sobre el sentido del aplazamiento de la resolución:

«*Si una y otra parte convienen en lo sustancial con la verdad católica, esto es, que Dios con la eficacia de su gracia nos hace obrar, y hace que los que no querían quieran, y dobla y cambia las voluntades de los hombres... pero son sólo discrepantes en el modo, porque los dominicos dicen que predestina nuestra voluntad físicamente, esto es, real y eficientemente, y los jesuitas sostienen que lo hace congrua y moralmente...*» (DS ad 1997).

Las circunstancias históricas de la polémica de *auxiliis* causaron la superposición y confusión de los temas «sustanciales en la verdad católica» con los instrumentos conceptuales metafísicos diversos por los que una y otra escuela trataba de explicar la acción omnipotente de Dios sobre los actos libres del hombre y la infalibilidad de la omnisciencia divina sobre los mismos.

En las décadas posteriores se fueron dejando de lado y se olvidaron prácticamente decretos como el de san Francisco de Borja en 1565: «no se da por parte nuestra razón de la predestinación divina»; o del padre Claudio Aquaviva en 1613: «Dios hace que nosotros obremos y no sólo nos da una gracia por la que podamos obrar».

El llamado *congruismo* belarmino-suareziano fue siendo desplazado por el llamado *molinismo puro*, bastantes de cuyas tesis teológicas habían sido

consideradas por Belarmino como dignas de ser prohibidas en la enseñanza de la Compañía.

Notaba Billuart un siglo más tarde que el tema de la eficacia de la gracia no coincide con la cuestión metafísica del modo de la moción divina sobre la voluntad humana libre; que la tesis de los tomistas seguidores de Báñez sobre la predeterminación física no la profesaban otras escuelas, pero que todas enseñaban como íntimamente ligada con la fe la tesis de la eficacia intrínseca de la gracia, salvo la escuela molinista.

Esta evolución doctrinal había sido ya prevista y lamentada por el propio Belarmino que, ya al inicio de las *Disputaciones*, había defendido así su propia posición doctrinal:

«*Siguiendo esta opinión estaremos conformes con los dominicos, franciscanos y agustinos, cosa muy de desear, de otro modo estaremos en guerra con todas las órdenes*».

Pienso que tal vez podría encontrarse en esto una raíz remota de la singularidad sociológica y ambiental del padre Orlandis. Hablando con él del contraste entre los escritos del padre Ignasi Casanovas, S.I., en especial en su estudio sobre santa Teresita del Niño Jesús, y los de autores como el jesuita Ruiz Amado, me comentó: «el padre Casanovas no era tenido como *jesuítico* por el clero de la diócesis y de las otras órdenes religiosas. A mí me ocurre algo parecido».

En su adhesión a santo Tomás, muy originaria y abierta, ejercía un legítimo acto de libertad intelectual; me refirió que, hablando con el balmesiano padre Florí, S.I., le dijo: «yo soy más balmesiano que ustedes, no porque siga las doctrinas de Balmes, sino porque le imito en su libertad en el pensamiento. Por esto he podido ser tomista».

Estoy convencido de que el padre Orlandis se movió en el camino recto expresado en las reglas «para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener», contenidas en el libro de los Ejercicios:

«*No sea que, mientras atribuimos mucho a la predestinación y a la gracia, infrinjamos las fuerzas y el conato del libre albedrío; o que, mientras exaltamos excesivamente las fuerzas del libre albedrío, derogemos la gracia de Jesucristo*» (N° 366).

Camino recto, fiel a lo que advierte san Agustín: «desviarse hacia la derecha lo hace el que se asigna a sí mismo, y no a Dios, las buenas obras que pertenecen a los caminos de la derecha que el Señor conoce. *No os desviéis ni hacia la derecha ni hacia la izquierda*, esto es, no defendáis la libertad de modo que le atribuyáis las buenas obras sin la gracia de Dios; ni defendáis la gracia de modo que, como si estuvierais seguros de ella, améis las malas obras» (*Carta a Valentín*, 427).

En cuanto a las «venticuatro tesis», decía que eran

ciertamente «principios y enunciados mayores» pero no *los* principios y enunciados mayores de santo Tomás. Estudios recientes han probado que se originaron en el deseo de algunos insignes jesuitas tomistas de que se reconociese la autenticidad de su contenido como doctrina del Doctor Angélico.

Pero, por lo mismo, y dado su sentido monográfico de diferenciación de la metafísica de santo Tomás, respecto, especialmente, de la de Suárez, el padre Orlandis encontraba a faltar en ella capitales principios de la que él llamaba con entusiasmo la *síntesis tomista*.

Él insistía en el carácter difusivo del bien divino; en el motivo de la creación como comunicación efusiva y amorosa del bien, ya que, como afirmó san Agustín, «Dios no busca su gloria para sí sino por causa de nosotros, pues no es a él a quien aprovecha que le conozcamos sino a nosotros»; en el «modo, especie, y orden» como dimensiones del bien finito; en el ejemplarismo divino y en los grados de perfección en la «escala de los seres»; en la dignidad eminente del ente personal; en la naturaleza manifestativa y locutiva del acto intelectual; en la necesaria pertenencia del amor al acto constitutivo de la felicidad...

El carácter *originario* de su estudio de santo Tomás explica que no aceptase como fieles al Angélico las sistematizaciones que, como efecto de las polémicas sucesivas, no atendían a la presencia, en su síntesis, de la herencia patrística, en especial de san Agustín, y del neoplatonismo de los Padres griegos, recibido de su maestro Alberto Magno en la obra del Pseudodionisio. Y olvidaban también sus inspiradas exposiciones sobre algunos libros de la Sagrada Escritura.

Su estudio y su magisterio evitaron siempre aquel peligro aludido en la encíclica *Humani generis*, de Pío XII: «la especulación que descuida el ulterior estudio del depósito sagrado permanece estéril, como hemos visto por experiencia».

Su profundo conocimiento de santo Tomás hizo posible que redescubriese y fundamentase la coherencia y unidad armónica entre la teología espiritual del Doctor Angélico y la que se implica o presupone en el libro de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Mostró en sus trabajos que san Ignacio reconocía la actuación de los dones del Espíritu Santo, según las enseñanzas de santo Tomás de Aquino.

En teología moral, no recuerdo haberle oído juicios peyorativos sobre ninguno de los «sistemas morales», pero afirmaba que su estudio se haría con más fruto si se centraba en el dinamismo de la vida cristiana, en las virtudes infusas sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo.

Estaba profundamente convencido de que en el futuro se haría cada vez más patente la fecundidad

orientadora de la síntesis teológico-filosófica de santo Tomás de Aquino, y se evidenciaría su necesidad. «Los jesuitas que vendrán –decía al padre Murall– o serán tomistas, o en otro caso serán “existencialistas” o “cualquier cosa”; pero no serán ya suaristas».

Le oí comentar, en torno a un influyente representante de la «teología nueva», la utilización de un sedicente tomismo, con actitud hostil a lo postridentino, que le hacía prever la desintegración de la escolástica y aun de la ortodoxia. Discernía ya una corriente «antimolinista» que no tendía a corregir las posibles deficiencias «hacia la derecha» de aquella tradición, sino a dar paso a un difundido «izquierdismo» teológico y político-social.

Todavía convendría recordar una vez más que la intención última del magisterio filosófico y teológico del padre Orlandis no se orientaba hacia la formación de un grupo de intelectuales, porque el fin de su tarea era «formar celadores del Apostolado de la Oración». «Si vienes aquí para hacerte sabio, decía, no hace falta que vuelvas». Me decía muchas veces: «*mira noi*, no conviertas Schola Cordis Iesu en una escuela tomista; lo nuestro es la devoción al Sagrado Corazón. Hemos de poder colaborar con suaristas devotos del Corazón de Jesús».

De hecho, algunos de los que con su acción hicieron posible la continuidad de Schola fueron fervientes devotos del reinado del Sagrado Corazón, cuya formación teológica y filosófica les situaba indiscutiblemente en la tradición suarista a la que había pertenecido también el padre Ramière, el gran apóstol del Corazón de Jesús y del Reinado de Cristo.

Lo que después se ha venido en llamar «Escuela tomista de Barcelona» puede ser reconocido como uno de los frutos más patentes del apostolado del padre Orlandis en el campo doctrinal, pero no debe ser confundido con la que era la obra esencial de su vida: la sección del Apostolado de la Oración que tiene el nombre de *Schola Cordis Iesu*.

Consideraba nuclear en Schola el mensaje de infancia espiritual y ofrenda al amor misericordioso de Dios, que santa Teresita del Niño Jesús tuvo la misión de difundir. Se parecía al padre Ignasi Casanovas, S.I., en la misteriosa unidad que uno y otro descubrieron entre los carismas *doctorales* expresados en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola y en los escritos de la santa carmelita de Lisieux.

El magisterio tomista del padre Orlandis fue en verdad el de un apóstol del reinado del Sagrado Corazón de Jesús. Fruto de esto habrá sido sin duda que en la maduración de Schola Cordis Iesu y en el origen y continuidad de la revista *Cristiandad*, han podido contribuir eficazmente, las tareas académicas y las investigaciones filosóficas de quienes han sido, mediata o inmediatamente, discípulos del padre Orlandis en el estudio de santo Tomás de Aquino.

## Acerca de su «integrismo»\*

RECORDÉ en un escrito reciente que el padre Orlandis comentaba a veces que se aludía a él y a sus tareas con los epítetos descalificadores de *tomista*, *integrista* y *milenarista*. Comenté su aceptación del primer calificativo, y la autenticidad del tomismo del padre Orlandis, así como la especial relación, de legitimidad oficial y de tensión ambiental o sociológica, entre el tomismo y las actitudes predominantes entre los jesuitas españoles de entonces.

Paso a referirme al segundo de los epítetos descalificadores: *el integrismo*. Calificativo más complejo y equívoco que el de *tomismo*, que, como ya dije, el padre Orlandis no admitía *simplemente*, aunque aceptase asumirlo y aun utilizarlo a veces, supuesto el contexto que ya entonces rodeaba una palabra que, como ahora, se aplicaba a los que mantenían *íntegra* lo que el Concilio Vaticano II calificó como «la tradicional doctrina católica».

El término *integrismo* se ha utilizado con dos significaciones, no inconexas entre sí. En un sentido restringido a lo político, por integrismo se entendía un sector del *tradicionalismo* que se centraba principalmente en el tema de los deberes religiosos de la sociedad política.

Pero en un sentido más amplio se refería al sector *ultramontano intransigente* del *movimiento católico*: un conjunto muy diverso de actividades orientadas a conseguir de nuevo la presencia y acción de la fe católica en unas sociedades en las que, por efecto de la Revolución francesa, se había destruido, como afirmó Pío XII, «la bienhechora influencia de la estrecha unión de la Iglesia y el Estado, que creaba como una atmósfera de espíritu cristiano» (14 de octubre de 1951).

El «partido católico» en Francia y en otros países fue la dimensión política del movimiento católico. Al crearse la tensión entre los intransigentes y los católico-liberales, éstos calificaron a aquéllos de *ultramontanos intransigentes*. Éstos, desde la revista romana *La Civiltà Cattolica* y el diario de París *L'Univers*, apoyaron la acción de Pío IX que culminaría en el *Syllabus* de 8 de diciembre de 1864, y en la definición de la infalibilidad pontificia por el Concilio Vaticano I.

Epítetos parecidos, como el de *catholiques intégraux* —como ahora el de *conservadores o fundamentalistas*—, se dio a quienes apoyaron y se

adhirieron a la tremenda lucha en defensa de la fe que se desarrolló durante el pontificado de san Pío X frente al modernismo teológico y social, que con nombres y bajo formas distintas tantas veces ha resurgido con los devastadores efectos que experimentamos.

\* \* \*

En su origen y educación familiar, el padre Orlandis tenía con el tradicionalismo político integrista una conexión muy clara: sus antepasados habían sido siempre carlistas y habían evolucionado hacia el integrismo por influencia de los jesuitas.

En 1883 la Congregación General de la Compañía de Jesús había decretado que debía mantenerse la fidelidad a las enseñanzas del *Syllabus* de 1864. Significados suaristas como Urraburu apoyaban explícitamente a Ramón Nocedal, así como el propio Prepósito general, el padre Anderledy.

Después de la evolución política de los primeros años de este siglo, que llevó a los jesuitas españoles, en nombre de la doctrina del *mal menor*, a apoyar a la dinastía reinante y a la política conservadora de Maura, decía un hermano del padre Orlandis hablando con un jesuita: «*Nosotros habíamos sido siempre carlistas. Usted comprenderá que después de habernos hecho integristas por ustedes, no nos vamos a hacer ahora mauristas por ustedes*».

El padre Orlandis, respondiendo en Tortosa a un cacique conservador que le invitaba a votarle en nombre del mal menor, le dijo: «*Que otros digan de usted que es un mal menor se comprendería. Pero, que usted mismo se me presente como un mal, aunque sea menor, es incomprendible*».

(Recordaré aquí lo que me explicaba el padre Francisco Segura, S.I., cuando oyó a algún superior, en tiempo de la República, recomendar a un partido porque había sido fundado y apoyado por dirigentes católicos. Él se dirigió a aquel superior y le dijo: «*Durante años he oído recomendar a estos dirigentes porque no hacían política. Ahora se elogia a un partido porque ellos lo han fundado. Vengo a pedirle permiso para subscribirme a **El Siglo Futuro***». Este diario era ya entonces, de nuevo unido el tradicionalismo integrista y el carlismo, el órgano de la Comunción Tradicionalista).

La tenaz memoria familiar de las dinastías campesinas explica que el padre Orlandis hubiese oído decir a su padre: «*nosotros no habíamos sido nunca*

\*CRISTIANDAD, marzo de 1999.

*botiflers*». Relacionaba, pues, su carlismo con el austriacismo antiborbónico de la guerra de 1705-1714. He pensado algunas veces que esta raigambre secular de sentimientos heredados a través de las generaciones podría tener que ver con su actitud: se definía a veces a sí mismo como *supercatalanista*, y descalificaba «*el veneno del catalanismo*» por su liberalismo y su olvido de la auténtica tradición catalana. La política de la *Lliga* –decía– «*ha castrado a Cataluña*».

Sentía indignación por lo expresado por Prat de la Riba, para quien «*una Cataluña nacional*» sería catalana, tanto si fuese católica como librepensadora. Tenía la concepción de Torras i Bages sobre el sentido de la *Tradició catalana*. Le disgustaban la afectaciones culturales del *noucentisme*, y admiraba con fervor a Verdaguer, Costa i Llobera, Maria Antonia Salvà...

\* \* \*

El padre Orlandis utilizaba coloquialmente el término *integrismo* a veces en sentido de algo valioso y deseable, aunque otras veces con cierta ironía y como en tono despectivo. Recordaré dos anécdotas concretas.

En 1948 le explicaba yo mi sorpresa ante una reacción del padre Hellín, el conocido jesuita suarista, a quien tuve la suerte de conocer en el congreso que aquel año se celebraba en la Balmesiana sobre los centenarios de Balmes y Suárez. Ante mis objeciones tomistas sobre su interpretación del concepto de potencia me preguntó: «¿quién le ha enseñado a usted?», y al decirle yo «*el padre Orlandis*», me dijo muy cordial y efusivamente: «*continúe, hijo, por ahí, que tiene usted muy buen maestro*». El padre Orlandis, al referirle yo esta sorprendente y simpática actitud, me dijo: «*No te extrañe; al padre Hellín le interesa mucho más el **integrismo** que el **suarismo***».

Me recordaba, por otra parte, que, siendo él novicio jesuita, el Padre Maestro no daba permiso a los que querían comulgar con mayor frecuencia, y les decía: «*los sacramentos comunican la gracia por sí mismos (ex opere operato); y lo propio de nuestra espiritualidad es adquirir las virtudes por nuestro bien obrar (ex opere operantis)*». El padre Orlandis añadió, como todo comentario a tan desorientada actitud: «*¡Oh!, y era muy integrista*». Pienso ahora en el juicio de san Agustín: se desvía a la derecha el que atribuye al libre albedrío humano el bien obrar y no atiende al don de la gracia divina.

Mientras que, al referirse al padre Hellín, el padre Orlandis hablaba del integrismo como fervor por la verdad filosófica y teológica, al recordar el de su maestro de novicios apuntaba hacia algunas carac-

terísticas del tradicionalismo político español influido hegemonícamente por los jesuitas.

Comentaba yo, hablando con el padre Orlandis, unas palabras en que el dominico *carlista* Corbató polemizaba contra los integristas en 1894 –en su libro *León XIII, los carlistas y la monarquía liberal*– y notaba que «*sus maestros más respetables enseñan lo que César Cantú llama el liberalismo teológico, y en moral han enseñado y sostenido las mayores laxitudes y relajaciones*».

Ante esta objeción hecha por un carlista con argumentación típicamente tomista y dominicana –denunciando el «jesuitismo» molinista y probabilista de los integristas– recuerdo que el padre Orlandis comentó: «*No tiene razón el padre Corbató, porque en España el **verdadero integrismo** era el del padre Alvarado*».

No daba valor a argumentaciones «accidentales», aunque se basasen en conexiones históricas: no podía identificarse la tradición antiliberal con el «jesuitismo», y no podía olvidarse la larga tradición *integrista* de los dominicos españoles, que va desde el padre Alvarado a Santiago Ramírez y Victorino Rodríguez, pasando por los catalanes Francisco Xarrié y Narciso Puig, y por el padre Fonseca, el que polemizó desde *El Siglo Futuro* con Menéndez y Pelayo.

Con el recuerdo del genial polemista contrarrevolucionario que se firmaba como *El Filósofo rancio*, el padre Orlandis se situaba en la perspectiva que le era más propia: entendía toda la serie de alzamientos populares contrarrevolucionarios, hasta la que llamaba explícitamente la Cruzada de 1936-1939, como la defensa de la tradición católica de España. Insistía en que era más temible la extinción de esta tradición que una dominación comunista.

Descalificaba los «posibilismos» y «malminorismos» que venían esforzándose en extinguir la intransigencia de aquella tradición, y los situaba en el «segundo binario» de los Ejercicios ignacianos: el de los que quieren convencerse de que Dios no les pide más que lo que a ellos les resulta cómodo y que no les exige sacrificio ni heroísmo.

Recuerdo que un destacado carlista me dijo que había sido el padre Orlandis quien le había hecho comprender el significado de defensa de la Cristianidad, de lucha de cruzada de la tradición carlista española. Si alguien dijese que daba mayor importancia al tradicionalismo integrista que al legitimismo carlista, creo que acertaría en su juicio.

\* \* \*

Del padre Orlandis como maestro y alentador de pensamientos y actitudes políticas se podría decir lo que ha escrito Alfredo Sáenz, S.I., sobre un gran pensador ruso:

«Hay que insistir en que la hostilidad de Dostoievski por la revolución no es la de un burgués o un hombre satisfecho interesado en conservar costumbres de otros tiempos» (El fin de los tiempos y seis autores modernos; pág.116). Decía frecuentemente: «por más vueltas que le den... la futura sociedad cristiana será **democrática**». Pero de la democracia moderna sabía que era la aplicación a la política de una concepción del mundo naturalista, antiteísta y anticristiana.

Denunciaba una conexión esencial, que muchos no querían ver, entre los errores del liberalismo, de la democracia y del modernismo teológico.

Él hubiese querido alentar aquella «movilización general del pueblo cristiano» en que veía el significado auténtico de la Acción Católica entendida desde las consignas del papa Pío XI sobre el reinado de Cristo como única idea-fuerza en orden a llevar el mundo a la Paz de Cristo en el Reino de Cristo.

Hombre de Iglesia, sentía como «*la necesidad más urgente de nuestro tiempo, la de sobrenaturalizarlo todo incluso el Romano Pontífice*» (núm. 39 de CRISTIANDAD; 11-1945).

Trabajaba con empeño en que no se olvidasen, con el pretexto de silencios o de gestos abusivamente interpretados por pretendidos expertos en sociología eclesiástica, todo lo que los papas han enseñado como *definitive tenendum*, y se mantuviese así íntegra *la tradicional doctrina católica*.

No se podría olvidar su devoción y entusiasmo por san Pío X y por el venerable Pío IX —que el papa Juan XXIII deseó que fuese elevado al honor de los altares durante el Concilio Vaticano II—. Y es claro que en el contexto de la modas y prejuicios que saturan el ambiente, bastaría esto para que el padre Orlandis fuese por muchos descalificado como *integrísta*.

Pero nadie podría encontrar el más leve pretexto para atribuirle las deficiencias que contaminaron, en algunos países y momentos, el «ultramontanismo intransigente». Ningún recelo hacia lo estético o lo cultural; ninguna hostilidad a los estudios clásicos; ninguna *beatería* fideísta antifilosófica o antiescolástica. Definía la *beatería* como «*la inconsciencia de lo sobrenatural*».

Él mismo sintetizaba así la actitud del padre Enrique Ramière, el fundador del Apostolado de la Oración, el gran apóstol del Corazón de Jesús y de la Realeza de Cristo, de cuya obra se sentía continuador en *Schola Cordis Iesu*:

«Tenemos el ejemplo del padre Ramière, cuya fórmula podemos decir que era: *el cristianismo no ha venido a suprimir nada de lo propio a la naturaleza humana sino a jerarquizarlo todo en un orden de valores conducentes al fin sobrenatural*» (conferencia dada el 7 de febrero de 1943).

Se me ocurre decir que el padre Orlandis, si acaso, podría ser llamado un *superintegrísta*. «*Lo quiero todo*», dijo en su lecho de muerte a uno

de sus discípulos y amigos. Lo quería todo para «*instaurarlo todo en Cristo*». Su antiliberalismo se centraba en la proclamación de la Realeza de Cristo; su antinaturalismo, en el culto al Corazón de Jesús, que sentía expresado por la vidente de Paray-le-Monial, por el padre Ramière y por santa Teresita del Niño Jesús, entonces «la estrella del pontificado» de Pío XI y ahora declarada doctora de la Iglesia.

Al servicio de esta sobrenaturalización de todo estaban su profundo conocimiento de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola, y su magisterio en busca de la síntesis metafísica y teológica de santo Tomás de Aquino. En su conjunto unitario el carisma del padre Orlandis coincidía, en lo profundo y esencial, con las líneas centrales del programa pastoral del papa Pío XI.



Pío XI

## Acerca de su «milenarismo»\*

**A**L comenzar a escribir sobre mis recuerdos acerca del *tomismo*, *integrismo* y *milenarismo* del padre Orlandis, afirmé que, a diferencia de lo que ocurría con el tomismo, durante siglos ausente en la tradición predominante en las escuelas de la Compañía, «*las convicciones u opiniones y las actitudes por las que tendían a descalificar algunos al padre Orlandis como “integrista” o como “milenarista” estaban en íntima relación con corrientes doctrinales y movimientos espirituales secularmente vigentes en la Compañía de Jesús, y que podrían considerarse como providencialmente originados en ella*».

No podría decirse que la afirmación doctrinal y práctica de la integridad de la doctrina tradicional católica, o que la convicción esperanzada del designio divino del Reinado universal de Cristo por su Corazón, hayan sido siempre predominantes en el pensamiento y en las tareas de la Compañía de Jesús, la orden que, como me recordaba el padre Francisco de Paula Solà, S.I., fue fundada por inspiración divina por san Ignacio de Loyola al servicio del Reino de Cristo por su Iglesia. Pero sí que hay que reconocer una conexión intrínseca entre el carisma apostólico del padre Orlandis y el «encargo suavísimo» del Sagrado Corazón a la Compañía de Jesús.

Puesto que no trato de presentar aquí un estudio documentado, ni una información bibliográfica, sino que intento sólo evocar *mis recuerdos*, me bastará relacionar con un estudio publicado en 1929 por el jesuita mejicano Francisco Javier Quintana sobre el *munus suavissimum*, y con un espléndido libro publicado en Roma por el *Mensajero del Corazón de Jesús* italiano sobre *La Festa di Gesù Cristo Re*, el contenido del opúsculo *Actualidad de la idea de Cristo Rey* que editó en 1951 Publicaciones Cristiandad.

En aquel librito pequeño en su formato pero grandioso por su doctrina se contenían trabajos de José-Oriol Cuffí Canadell, Jaime Bofill, Pedro Basil y del propio padre Orlandis, expresivos de lo más nuclear del espíritu de CRISTIANDAD, nacida de la formación recibida en Schola Cordis Iesu por quienes la fundaron en 1944.

Toda la razón de ser de la revista CRISTIANDAD es la afirmación del Reinado de Cristo en el mundo, tal como se formuló sobre todo en los documentos de

León XIII y de Pío XI sobre la consagración del linaje humano al Sagrado Corazón y la institución de la festividad de Cristo Rey.

El padre Orlandis tenía la convicción, asintiendo a reiteradas enseñanzas pontificias, de que el Reinado de Cristo es el camino único para la justicia y la paz en la sociedad humana. Tenía asimismo la *certeza* de la esperanza en el cumplimiento de la que Pío XI llamaba «consoladora y cierta profecía del divino Corazón»: «la instauración de todas las cosas en Cristo», la consumación en la plenitud de los tiempos del designio divino del advenimiento del Reino que pedimos en el padrenuestro (véase *Catecismo de la Iglesia católica*, 2818) y con él la «restauración universal de que Dios habló por boca de los profetas» (ibídem, 674).

Que «la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora» (1 de abril 1947, p. 146) fuese frecuentemente descalificada como «milenarista» es algo sólo explicable por un gravísimo malentendido.

Este malentendido, que ha durado siglos, pudo darse porque la entrada de los «gentiles» en la Iglesia de Cristo no sólo no fue contemporánea del reconocimiento de Jesús como el esperado Mesías por el pueblo de Israel, sino que, en los designios providenciales la ceguera de los judíos vino a ser ocasión del llamamiento de los gentiles, como afirmó san Pablo dirigiéndose a los romanos (Rom 11,11-12).

Ya san Justino, filósofo y mártir, reconocía en el siglo II que muchos de los cristianos no esperaban un tiempo futuro en que, restaurada Jerusalén, judíos y gentiles participaran en el cumplimiento de las profecías y promesas a los descendientes de los Patriarcas.

Incluso en san Jerónimo hallamos una confusión de planos entre las interpretaciones y enseñanzas de los «muchos varones eclesiásticos y mártires que dijeron estas cosas», por lo que no se atreve a condenarlas (*Sobre Jeremías*, cap. 24), con las esperanzas terrenas y carnales de «los judíos y nuestros judaizantes, o por mejor decir, no nuestros, porque judaizantes», «los judíos y los herederos del error judío, los *ebionitas*».

Todavía san Agustín afirma que la calificación de *chiliástico* o milenario se daba sólo a los «carnales» por los «espirituales». No obstante, en los textos aludidos de san Jerónimo, y en los siglos posteriores, el término *milenarismo* adquirió una ambigüedad y equivocidad en que se confundían doctri-

\*CRISTIANDAD, mayo de 1999.

nas totalmente ajenas a la fe cristiana, con otras plenamente ortodoxas, fieles a la verdad de los oráculos proféticos y del Apocalipsis de san Juan.

\* \* \*

Recordaba el padre Orlandis que la Declaración Balfour sobre el «Hogar Nacional Judío» fue vista como anunciando algo que sólo podría ocurrir al fin del mundo: la reunión del pueblo judío en su tierra. Ya entonces tuvo ocasión de discutir contra los prejuicios subyacentes en una comprensión que sólo pensaba en la conversión de Israel como algo que se daría «al fin de los tiempos», en el «juicio final».

En otras ocasiones he escrito en las páginas de esta revista sobre la escatología intrahistórica del padre Orlandis. Para el objetivo de estos «recuerdos», será más conducente concentrar la atención en algunos puntos significativos que delimitaban bien su actitud.

**Primero:** supuesta la convicción cierta, que veía enseñada por el magisterio pontificio, de la consumación del Reino de Cristo en el mundo, advertía contra la confusión de quienes, confundiendo e invirtiendo los ideales y principios cristianos, confunden con el advenimiento del Reino el sedicente progreso humano anticristiano.

Desde el primer número de *CRISTIANDAD*, se incluyeron los textos pontificios que hablan de nuestra época como la de la «apostasía», la eclosión del «misterio de iniquidad» que culminaría en «el hombre del pecado que se levanta contra todo lo que se llame Dios o reciba culto», el Anticristo, anunciado en el Apocalipsis y en la epístola de san Pablo a los Tesalonicenses (2,4).

**Segundo:** apoyándose en una tradición muy firme y autorizada, juzgaba que la desaparición de «aquello que detiene» el misterio de iniquidad, de que habla san Pablo en la citada epístola, se había realizado en la desaparición del título imperial romano, en 1806, por obra del emperador revolucionario Napoleón Bonaparte.

En la ruina de aquella institución, heredera del cuarto de los reinos profetizados en el libro de Daniel, se concretaba la quiebra del orden jurídico y del principio de autoridad en la antigua Cristiandad occidental, y con ello el desbordamiento de la *anomalía*, o anormalidad en el mundo contemporáneo y en todas las dimensiones de la vida.

**Tercero:** su visión teológica de la historia, al servicio de la esperanza de lo que llamaría más tarde Karol Wojtyła la «escatología de la Iglesia y del mundo», insistía en el designio providencial. Esta «hora de la tentación que había de sobrevenir sobre todos los habitantes de la tierra», esta «prueba final de la Iglesia», se ordena al cumplimiento de la «instauración de todas las cosas en Cristo».

**Cuarto:** la conversión de Israel «que la Iglesia espera con los profetas y el Apóstol» (Concilio Vaticano II, *Nostra aetate*) no se dará sino después del derribo del imperio del Anticristo. Porque el pueblo de Israel como pueblo recibirá aquel imperio anticristiano y antiteístico como si en él se realizasen sus esperanzas mesiánicas, las que no habían querido reconocer en Cristo. Tal era la interpretación tradicional de las palabras de Jesús en el Evangelio de san Juan: «Yo he venido en nombre de mi Padre y no me habéis recibido. Otro vendrá en su propio nombre y a éste le recibiréis» (Ioann 5,43).

**Quinto:** la consumación del Reino, que supone la vuelta de Israel a su Dios, tendrá lugar junto con el cumplimiento de la promesa divina de que se formará «un solo rebaño y un solo pastor».

El padre Orlandis citaba a Knabenbauer —que seguía a Cornelio a Lápide en este punto—: «derribado el imperio del Anticristo, la Iglesia reinará en todas partes, y se hará tanto de los judíos como de los gentiles un solo rebaño y un solo pastor».

**Sexto:** supuesto que la ruina del imperio del Anticristo no se obraría sino por la «epifanía del Advenimiento del Señor» (II Tes 2,8) y supuesto también que no se darán tres advenimientos, este advenimiento segundo por el que cesa el imperio del Anticristo en el mundo es aquel por el que Jesucristo viene de nuevo con gloria para juzgar, es decir para reinar en el mundo.

De él habla así san Luis María Grignon de Montfort: *«Así como por María vino Dios al mundo la vez primera en humildad y anonadamiento, ¿no podría también decirse que por María vendrá la segunda vez, como toda la Iglesia lo espera, para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos? ¿Cómo y cuándo, quién lo sabe? Pero, yo bien sé que Dios, cuyos pensamientos se apartan de los nuestros más que el cielo de la tierra, vendrá en el tiempo y modo menos esperado de los hombres, aun de los más sabios y entendidos en la Escritura, que está en este punto muy oscura».*

*«Al fin de los tiempos, y tal vez más pronto de lo que se piensa... esta divina Soberana hará grandes maravillas en la tierra para destruir en ella el pecado y establecer el Reinado de Jesucristo, su hijo, sobre el corrompido mundo»* («El secreto de María», núm. 57).

**Séptimo:** El *Catecismo* nos dice ahora que «el Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, no ha llegado todavía a su culminación, por el advenimiento del Rey a la tierra» (*Catecismo*, núm. 671).

El padre Orlandis no confundía el cumplimiento de lo anunciado en el Apocalipsis «el reino de este mundo se ha hecho del Señor nuestro y de su Cristo, que reinará por los siglos de los siglos» (Apoc. 11,15), con un instantáneo «juicio final» con el que cesasen el tiempo y la historia.

Entendía estas cosas según la advertencia de san Agustín, que afirmaba que «el día del último juicio» significa «el tiempo último» cuya duración nos es desconocida, en que Cristo juzgará en el mundo con más plenitud, aunque ya ahora y desde siempre es juez y Señor del mundo (cf. *De civitate Dei*, XX, cap. 1, núm. 2).

**Octavo:** el padre Orlandis entendía que el milenarismo prohibido, incluso en su forma mitigada, por el decreto del Santo Oficio de 21 de julio de 1944, hubiera podido ser condenado formalmente como herético. Porque el milenarismo propiamente dicho entendía la segunda venida y el Reino de Cristo en la tierra en la perspectiva de la «visibilidad» del Rey, es decir, interpretando la segunda venida como una vuelta triunfante del Señor a estar visiblemente presente en el mundo: no en cuerpo glorioso, como consta por las Sagradas Escrituras que estuvo en los días desde la resurrección a la ascensión a los cielos, sino con una corporeidad visible empíricamente, del mismo tipo que la que quiso tener desde su nacimiento a su muerte en la cruz.

**Noveno:** Con esta «visibilidad» del Rey estaba conexas en el pensamiento de los antiguos milenaristas —«herederos del error judío» según san Jerónimo, y «que rechazaban el vino celeste y no querían ser sino agua secular», según san Ireneo—, una comprensión del Reino en el horizonte terreno y mundano que llevó a los dirigentes del pueblo judío al desconocimiento de la salvación que traía a este mundo el Hijo de Dios encarnado.

\* \* \*

El padre Orlandis había dicho el 25 de octubre de 1942, en una serie de conferencias orientadoras de la tarea de los socios de Schola Cordis Iesu, que estaban formando el propósito de fundar la revista CRISTIANDAD:

*«Tenemos por cierto que Jesucristo centra en la devoción al Sagrado Corazón el remedio social del mundo actual y que, como consecuencia del triunfo de esta devoción, ha de venir la época profetizada de paz y prosperidad en la Iglesia, coincidente con el Reinado social de Jesucristo».*

En la misma revista, en un artículo publicado el 1 de abril de 1947 escribía:

*«A quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana los números de CRISTIANDAD publicados hasta ahora le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la Realeza de Cristo, la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora».*

A esta convicción cierta llamaba el padre Orlandis

el **optimismo nuclear**, del que sostenía que *«habrían de participar todos los cristianos»* (ibídem). De él distinguía el sistema desarrollado por el padre Enrique Ramière, y su propio pensamiento en el campo de la teología de la historia, al que aludía como «mi sistema».

En cuanto a la «escatología intrahistórica», el sistema del padre Orlandis difería del del padre Ramière, y más bien coincidía con el del gran escriturista, su sobrino el padre Rovira i Orlandis, expuesto en la obra inédita *De consummatione Regni Messianici in Terris, seu de Regno Christi in Terris consummato*.

Había animado al padre Rovira a realizar aquel estudio, a la vez que, como me comentó reiteradamente, le recomendaba que evitase el equívoco término de *milenarismo*, y tratase de dejar plenamente en claro que la presencia subsiguiente a la «venida del Rey a la tierra» (véase *Catecismo*, núm. 671), es, o bien una «presencia moral», o también, según las disposiciones divinas, una «presencia física gloriosa».

Para afirmar que aquel «optimismo nuclear» debería ser participado por todos los fieles se apoyaba en el magisterio pontificio. E incluso en las llamadas «revelaciones privadas», de tan indiscutible influencia en el propio Magisterio y en la liturgia. Advertía que no se da en estos temas ningún texto «definitorio». *«Ridículo sería defendernos contra quien sospechara que hacemos intervenir en este problema la infalibilidad pontificia»*, dice en un artículo publicado en CRISTIANDAD de 15 de junio de 1946.

De su propio pensamiento y del del padre Ramière escribe allí mismo diciendo: *«los que tenemos la discutible esperanza de que hablamos...»*

Después de muchos años de estudio personal del tema —en el que fui estimulado y aconsejado después de la muerte del padre Orlandis, por el padre Francisco de Paula Solà, que participaba, con el padre Francisco Segarra S.I., de las convicciones del padre Rovira— no puedo menos de decir francamente que me parece que, por la publicación del *Catecismo de la Iglesia católica* el 11 de octubre de 1992, se ha entrado en aquella etapa de renovación de la escatología de la que hablaba en 1976 el entonces cardenal arzobispo de Cracovia Karol Wojtyła ante Pablo VI.

La escatología de «la culminación del Reino en la tierra» y del «cumplimiento de las esperanzas de Israel en el segundo advenimiento» (Cat., 671 y 674) parece mejor explicada por las interpretaciones del padre Rovira y del padre Orlandis: a la conversión del pueblo judío se une como algo inseparable la unidad de todos los hombres que con una sola voz y hombro con hombro adorarán al Dios de Israel (Concilio Vaticano II. *Nostra aetate*, 4).

## Acerca de su espíritu de cruzada\*

**B**USCAD en todo la unidad», decía insistentemente el padre Orlandis. Por inspiración suya la revista *Cristiandad* tituló una de sus secciones habituales con el lema *Plura ut unum*.

Me parece que puede ayudar a comprender el dinamismo unitario de sus actitudes de afirmación práctica de la «integridad» de la doctrina tradicional católica y de la certeza de la esperanza de «la culminación del Reino de Cristo en la tierra» la atención a su **sentido de cruzada**.

Mi convicción de la unidad vital entre su adhesión ferviente e incondicional al sistema de doctrina religioso-político-social «programa del Reino de Cristo», contenido en el magisterio pontificio, y su «convicción cierta» del cumplimiento del designio divino de instauración de todas las cosas en Cristo, se apoya ciertamente en mi experiencia personal de catorce años.

Pero la podré comunicar más eficazmente invitando a la lectura de lo que dejó escrito sobre «El sentido de cruzada en Íñigo de Loyola». En aquellos artículos, que escribí para *Cristiandad* en relación con la *Cruzada internacional de Oración y Penitencia* que promovió en 1950 la Dirección General del Apostolado de la Oración, encontramos la clave de la perspectiva que el propio padre Orlandis inspiró a nuestra revista en el tema de las cruzadas.

En aquel año 1950 artículos de Pablo López Castellote sobre «El primer emperador cruzado» (pp. 132-134) o de Domingo Santmartí Font sobre la «Pervivencia en España del espíritu de cruzada» (pp. 187-189) ponen de manifiesto una convicción que ahora parece a muchos problemática.

La convicción del padre Orlandis sobre la licitud y la santidad de las guerras de cruzada ha sido sin duda la de la Iglesia. Esta ha recordado en su liturgia muchas victorias liberadoras: fiestas como la de Nuestra Señora del Rosario, el 7 de octubre, la del Nombre de María, el 12 de septiembre, o la de la exaltación de la Santa Cruz, el 14 de septiembre, conmemoraban las victorias de Lepanto, en 1571, de Viena, en 1683, o la liberación de Jerusalén del dominio persa en el año 629.

Ha declarado doctores a santos, como san Bernardo de Claraval o san Lorenzo de Brindisi, que exhortaron a los cristianos a luchas militares de reconquista de la Tierra Santa o de defensa del mundo cristiano ante la agresión del Imperio turco.

Los artículos aludidos del padre Orlandis, en un marco de encuadre histórico de la biografía de la juventud de Íñigo de Loyola, tienen el carácter explícito de una continuación, profundizadora en la perspectiva de las actitudes personales del santo, de sus estudios sobre los Ejercicios. El padre Orlandis se propone a través de ellos penetrar en la intención de san Ignacio de Loyola en una de las meditaciones centrales de sus Ejercicios: aquella por la que «*el llamamiento del Rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey eternal*».

Ciertamente el núcleo y objetivo final de aquella «meditación del Reino» es considerar «*a Cristo Nuestro Señor Rey eterno, y delante de Él todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre...*» (*Ejercicios*, núm. 95).

Pero, como ayuda a aquella contemplación de «la vida del Rey eternal» san Ignacio propone una «parábola» sobre «el llamamiento del Rey temporal». Leamos su texto íntegro:

«El primer punto es poner delante de mi un rey humano, elegido de mano de Dios Nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los hombres cristianos».

«*El segundo punto: mirar cómo este rey habla a todos los suyos, diciendo: Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles, por tanto quien quisiera venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, etc; porque así después tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos*».

«*Considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano; y, por consiguiente, si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero*» (*Ejercicios*, 92, 93, 94).

No han faltado entre los comentaristas de los Ejercicios de san Ignacio algunos que han visto como anecdótico y accidental a la contemplación de la vida del Rey eternal el ejemplo del rey humano y temporal cuyo designio es la conquista de la tierra de infieles.

En los artículos del padre Orlandis se da por supuesto algo que también le oí personalmente expresar: que la «analogía» entre este rey humano que llama a sus súbditos a una guerra de cruzada, y el

\*CRISTIANDAD, julio de 1999.

Rey eterno, Cristo Nuestro Señor, cuya voluntad es conquistar todo el mundo es exigida para la comprensión auténtica de la meditación del Reino, clave de los mismos Ejercicios Espirituales, junto con la de las «dos banderas»: *«una de Cristo, sumo capitán y Señor Nuestro, y otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura»*.

La ambientación histórica de los artículos se dirige precisamente a hacer patente los sentimientos e ideales personales de Íñigo de Loyola, para ayudar a comprender aquella analogía entre el rey temporal y humano y el Rey eterno, que para el padre Orlandis resultaba por lo demás teológicamente obvia.

«Siendo, como es evidente el llamamiento del Rey temporal la proclamación de una cruzada ideal, se ve claramente que el Santo experimenta en sí mismo que... lejos de serle estorbo para subir al conocimiento de Cristo y de su obra y al deseo de imitarle y de servirle y de amarle, le había ayudado positivamente a ello».

«Sin duda percibió la relación de analogía que existe entre lo uno y lo otro. Lo primero se desarrolla dentro de la órbita de lo natural, por más que la intervención manifiesta de Dios y la intención última de los que intervienen la hagan rozar con lo sobrenatural; lo segundo es todo en sí mismo sobrenatural».

*«Entre lo natural y lo sobrenatural no se da semejanza estricta sino aquella manera de relación que los escolásticos denominan analogía»* (Cristiandad, núm. 149, 1 de junio de 1950, p. 262).

En la tarea formativa del padre Ramón Orlandis era tema central la responsabilidad del cristiano de asumir todas las realidades naturales y de trabajar por su ordenación al fin último sobrenatural del universo y de la vida cristiana.

Por lo mismo, distinguía en el orden mismo de las cosas naturales, de aquellas tareas legítimas y honestas cuyo fin intrínseco e inmediato era un bien de orden humano, natural, aquellas que denominaba «lo natural sobrenaturalizado».

Al ser asumidas con intención sobrenatural, las realidades humanas no son «desnaturalizadas», sino perfeccionadas en sí mismas. El ejemplo más grandioso de esto, que se apoya en el misterio de la divina dispensación, es el matrimonio, elevado a sacramento, que representa y significa la unión entre Cristo y su Iglesia, precisamente al ser restablecido en la perfección originaria en que había sido constituido en la creación del hombre.

La educación cristiana, misión esencial de los padres, y de la que participan los educadores en tantas obras fundadas en la Iglesia, contiene también esencialmente múltiples dimensiones de orden humano y natural, emprendidas al servicio de la educación en la fe, y en concreto inseparables de ella.

Se ha de reconocer como una tarea natural sobre-

naturalizada la **filosofía cristiana**, según el concepto expresado en las dos encíclicas pontificias dedicadas a la filosofía: la *Aeterni Patris*, y la reciente *Fides et ratio* de Juan Pablo II.

También las tareas hoy llamadas de «inculturación de la fe» se contienen en su mayor parte en este ámbito de orientación de lo natural sobrenaturalizado.

Como afirmó Pío XII, los *movimientos católicos* surgidos en el mundo posterior a la Revolución francesa trataban de suplir «la bienhechora influencia de la unión entre la Iglesia y el Estado», que creaba como una atmósfera de espíritu cristiano. Así pues, el Estado católico, las monarquías cristianas y el Sacro Imperio habían sido, como tales sociedades políticas, una realidad sobrenaturalizada. Y lo fueron también las múltiples actividades en que se desplegaron aquellos movimientos: prensa católica, universidades y escuelas católicas, «partidos católicos» al servicio de la libertad de la Iglesia.

Montalembert, el gran dirigente del partido católico francés proclamaba hacia 1843, bajo la monarquía orleanista, en su campaña por la libertad de enseñanza, *«nosotros somos los hijos de los cruzados»*.

El padre Orlandis veía también como actividad «natural sobrenaturalizada» las guerras de cruzada. He aquí lo que escribía sobre el contenido de la «parábola» ignaciana del llamamiento del Rey temporal:

*«Al pretender la conquista de toda la tierra de infieles no le mueve ambición ni voluntad de poder, sino celo y caridad. Caridad para con los cristianos cautivos, caridad para los que viven sujetos bajo el yugo injusto y tiránico de los infieles; caridad para los desgraciados infieles a los cuales sus tiránicos señores hacen gemir bajo la coyunda intolerable del despotismo y son injustamente por ellos impedidos para que no puedan abrazar la fe cristiana»*.

*«La conquista, no hay remedio, se ha de hacer mediante una guerra. Esta guerra será justa... esta guerra será humana, cuanto pueda serlo la guerra... esta guerra será santa, porque siendo en sí misma justa será santificada por la intención religiosa que a ella mueve y por la bendición de la Iglesia, que no puede menos de bendecir aquello que con tantas veras ha pedido a los príncipes cristianos y con tanta fuerza de autoridad ha intimado»*.

*«Por decirlo de una vez, esta guerra será una cruzada, una cruzada sin precedentes por el régimen que la guiará, por la unidad que la fortalecerá, por la totalidad que la hará invencible, por el espíritu que la sobrenaturalizará»* (Ibidem, p. 260).

El padre Orlandis no interpretaba como algo unívoco la semejanza entre la empresa a que llama el Rey temporal, y la vocación de Cristo «a conquistar todo el mundo y todos los enemigos». Pero

sí ciertamente afirmaba expresa y formalmente una verdadera **analogía**.

En un artículo posterior al que acabamos de citar, y bajo el título de «*De cruzado temporal a cruzado espiritual*» escribió:

*«Para subir a la contemplación de la vida y misterios de Jesucristo... le servió a guisa de peldaño el sentido de cruzada que palpita en la parábola del Rey temporal; y esto en virtud de la analogía que existe entre realidades espirituales o sobrenaturales de orden superior y realidades materiales o naturales de orden inferior».*

*«Esta analogía se da entre una guerra justa y de fin noble y elevado y la guerra espiritual a la cual nos llama Cristo contra los enemigos del alma: mundo, demonio y carne. Y ¿no será esta semejanza o proporción más próxima y señalada, cuando la guerra justa y noble queda, por la intención y por el fin, elevada hasta lo sobrenatural y religioso? ¿Y no es éste mi buen lector el caso de la cruzada?»*

Pero el padre Orlandis, en el artículo que estamos citando (nº 150, 15-VI-1950) no se detuvo en esta tan explícita formulación doctrinal. Podríamos decir que «enseñó todas sus cartas», y continuó escribiendo, dirigiéndose a su lector.

*«Yo apelo a tu buen sentido. Entre un cristiano aburguesado, que se goza en su buena vida y en el confort, y un joven de temple patriótico e idealista, ¿a cuál escogerías, pensando humanamente, para llevarle a una vida de entrega total a Dios, de austeridad y heroísmo cristiano? Vamos a dar un paso más; supón que dicho joven no es solamente un patriota e idealista, sino que es uno de aquellos que, en el mes de julio de 1936, impelidos por el entusiasmo religioso, por el amor al prójimo y a la patria, sin titubeos ni cálculos, se alzaron a campaña con el espíritu de un auténtico cruzado, ¿qué no esperarías de él en la vida y en la lucha espiritual? ¡Ay!, que quizás algunos de aquellos héroes debamos, tú el que puedas leer esto; yo, el que haya podido escribirlo».*

\* \* \*

Tratando de comprender en su intención unitaria las actitudes y tareas apostólicas del padre Orlandis, creo que podrían hacerse sobre ellas las siguientes precisiones.

En primer lugar: su apostolado en el orden de lo sobrenatural, en el orden de la «cruzada espiritual», en el espíritu de la contemplación de san Ignacio sobre la vida del Rey eternal, tenía su núcleo en el mensaje de amor misericordioso del Corazón de Jesús, inspirador de la «movilización» al servicio de su Reinado en los hombres y en las sociedades.

A esto tendía su esfuerzo en impedir que las con-

taminaciones naturalistas y las minimizaciones hipócritas, que sirven disimuladamente al «espíritu del mundo», hiciesen olvidar prácticamente a los cristianos de nuestro tiempo «**la integridad de la doctrina tradicional católica**» —según expresión del Concilio Vaticano II— sobre «el deber de los individuos y las sociedades hacia la religión y la única Iglesia de Cristo».

Las circunstancias del ambiente explican que su tarea en este orden de cosas, que él sentía, de acuerdo con el magisterio pontificio, como perteneciendo a la evangelización del Reino de Cristo por su amor, fuese incomprendida y descalificada con la acusación de **integrismo**.

En segundo lugar: era consciente de que aquel espíritu mundano distrae la atención de los católicos hacia los designios divinos de «la instauración en Cristo de todas las cosas, las celestes y las terrenas», y conduce a la renuncia práctica a su deber de «militar bajo las banderas de Cristo Rey y defender todos los derechos de Dios sobre los individuos y las sociedades», como había expresado Pío XI.

Toda su tarea de estudio y formación en la teología de la historia, se orientaba a mantener ferviente el deseo esperanzado del advenimiento del Reino en el mundo y del cumplimiento de la divina voluntad en la tierra como en el cielo.

También las circunstancias del ambiente explican que este **optimismo nuclear** del que afirmaba deberían participar todos los cristianos, y a cuyo servicio se ordenaba aquel estudio de la teología de la historia, diese el pretexto a algunos a la descalificación de su pensamiento como **milenario**.

En tercer lugar: quería que se ordenasen a los fines de esta actividad apostólica, en su doble dimensión sobrenaturalista y de proclamación del Reinado de Cristo en la sociedad, todas las diversas tareas, filosóficas, históricas, políticas, literarias o estéticas, que inspiró o aconsejó a sus discípulos en el ámbito de lo «natural sobrenaturalizado».

Expresión colectiva de estas tareas, orientadas por el ideal del Reino de Cristo por su corazón, quiso que fuese la revista *Cristiandad*, que él no fundó, sino que alentó e inspiró, y de la que tuvo siempre la convicción de que tenía que ser una obra de iniciativa laical, y que pudiese abarcar, con libertad de espíritu y desde la responsabilidad de sus redactores, todo aquello a que actualmente damos el nombre de «inculturación de la fe».

Una acción que nunca hubiese admitido que se intentase realizar por la atenuación del imperativo sobrenatural, o según confusiones de planos que rebajasen el ideal del Reino de Cristo en el mundo, por la inmersión en las ideas, inmanentistas y antropocéntricas, que habían llevado al mundo actual al divorcio entre la fe y la cultura y la vida de los pueblos.

## Acerca de su «pesimismo»\*

**H**E tratado antes, en las páginas de esta revista, de mis recuerdos del padre Orlandis referentes a los tres epítetos que, con intención más o menos peyorativa, se formulaban acerca de él: su «integrismo», su «milenario» y su tomismo (véase 1998, abril-mayo y mayo-junio; 1999, enero-febrero). Advertirá el lector que no entrecorrimos el tomismo. Este calificativo, que el padre Orlandis, obviamente, aceptaba sin reservas, expresaba, no obstante, según él comentaba a veces, la motivación más profunda de cierta antipatía o aversión que sentían hacia él quienes, en la Compañía o en su entorno, le consideraban, diríamos, un jesuita atípico, y a cuyas tareas apostólicas no se les reconocía demasiado porvenir. Él insistía, por su parte, en advertir que la joven generación de los jesuitas, o serían tomistas, o «existencialistas o cualquier cosa», pero que no serían ya suaristas.

Me voy a ocupar hoy de otra acusación muy frecuente y característica. Me refiero al *pesimismo* del padre Orlandis. Al expresar mis recuerdos en torno a esto, a actitudes suyas y a reacciones y acusaciones que ellas suscitaban, tengo la convicción de no complicar su imagen, ni de dispersar la atención sugiriendo nuevas perspectivas. Creo que se entenderá que esta calificación de «pesimismo» no era sino un aspecto, el referido a la actualidad más inmediata, de las convicciones por las que era tachado de integrista y de milenarista.

Él mismo se ocupó expresamente de la acusación en su artículo «¿Somos pesimistas?» (CRISTIANDAD, núm. 73, de 1 de abril de 1947) y en dos trabajos sobre el optimismo en León XIII (núms. 76, de 15 de mayo de 1947, y 77, de 1 de junio de 1947). La cita de sus palabras como conclusión de uno de estos documentados estudios nos situará en el ambiente y las orientaciones del tiempo en que fueron escritos, en los años que siguieron al fin de la segunda guerra mundial, en el momento en que se iniciaba el paso del «antifascismo» al «anticomunismo» en el Occidente victorioso:

«Te pregunto, ¿quieres que CRISTIANDAD dé pábulo a tu optimismo anunciando la buena nueva de la salvación del mundo por el discurso de Truman o por un triunfo electoral de los cristianos demócratas? ¿Quieres que CRISTIANDAD se dedique a profeti-

zarte la nueva edad de oro, la jauja del liberalismo?». (CRISTIANDAD, núm. 76, 15 de mayo de 1947, p. 227)

En el mundo posterior a las revoluciones americana y francesa ha sido una actitud predominante en sus clases dirigentes, muy en especial entre sus intelectuales y políticos, la valoración entusiasta de su tiempo y la comprensión del curso de los acontecimientos que, desde el siglo XVIII, se había expresado, en el lenguaje cultural y político, con la mitología filosófica de la Ilustración, el Siglo de las Luces, la Libertad, el Progreso, el ascenso a la madurez o la toma de conciencia de la humanidad.

Estos ideales, de los que participaron con orientaciones diversas los católicos liberales, demócrata-cristianos, e incluso a su manera los cristianos de izquierda, enfrentados con actitud triunfal al «oscurantismo», la «tiranía», la «intolerancia» el «fanatismo» y la «reacción», y la conciencia satisfecha de su triunfo y del carácter irreversible del progreso, alentaban los sentimientos y los ideales del pacifismo.

Desde *La paz perpetua* —la obra a la que Kant puso como lema «El milenio en filosofía»— pasando por los pacifismos que han precedido a cada una de las guerras mundiales, este optimismo liberal, progresista y pacifista, se imponía como un imperativo categórico para los hombres de la cultura occidental.

Estoy convencido de que el verdadero camino para llevar al lector a la comprensión de la actitud con la que el padre Orlandis se enfrentaba a aquel optimismo y a las falsas esperanzas que lo inspiraban es invitarle a comprender la connaturalidad profunda de su pensamiento con el que ha sido el juicio auténtico de la Iglesia católica ante esta evolución del mundo moderno.

Por decirlo con sus palabras, el padre Orlandis atendía al magisterio *del Papa, Papa*, del Vicario de Cristo en cuanto tal.

Comenzó Pío XII su pontificado describiendo la actitud de los hombres de nuestro tiempo como la de quienes «hablaban de progreso cuando retrocedían, de ascensión a la madurez cuando se esclavizaban». León XIII había calificado a los seguidores «*de este sistema tan extendido y poderoso que, tomando el nombre de libertad, quieren ser llamados liberales*» como «imitadores de Lucifer en su nefando grito: ¡No serviré!».

Son numerosísimos los pasajes de encíclicas

\*CRISTIANDAD, octubre de 2001.

pontificias en los que, por la descripción de los males de nuestro tiempo, se sugiere que estamos entrando en los tiempos de «*la manifestación del hombre del pecado que se levanta contra todo lo que se llame Dios o reciba culto*», es decir, en la época por la que la humanidad marcha hacia lo que el *Catecismo de la Iglesia católica* llama «*el último desencañamiento del mal*» (nº 667).

Por lo mismo, el padre Orlandis estaba convencido no sólo de la verdad y acierto práctico de lo enseñado en la *Quanta cura* y en los documentos del *Syllabus* de Pío IX, y de la condenación del modernismo por san Pío X, sino de la iluminada prudencia y de la fecunda eficacia pastoral de las actitudes del beato Pío IX y de san Pío X.

Nada tiene de extraño, pues, que por los mismos motivos por los que estos dos pontífices, que veneramos ahora en los altares, han sido tantas veces juzgados peyorativamente como intransigentes y faltos de comprensión ante «el progreso, el liberalismo y la civilización moderna», fuese el padre Orlandis acusado, como una dimensión de su «integrismo», de irremediable y antipáticamente pesimista.

Además, el padre Orlandis expresó siempre inequívocamente su adhesión sin reservas al insistente juicio que sobre la situación del mundo contemporáneo, y sobre el central problema de la paz social e internacional, se contiene en los documentos del magisterio de Pío XI, y que el propio Pontífice resumió en el lema de su pontificado: «*La paz de Cristo en el Reino de Cristo*».

La paz verdadera sólo podrá darse entre los hombres si se atienen fielmente a las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo. El padre Orlandis, en artículos monográficamente dedicados a este tema, y en su magisterio constante, en conferencias y en conversaciones, asumía seriamente esta doctrina.

El padre Orlandis era apóstol de la esperanza, de la esperanza del Reino de Cristo en el mundo por el amor misericordioso del Sagrado Corazón de Jesús. Sentía vivamente y exhortaba a sentir con los papas. Recordaba que Pío XII, al consagrar el mundo en 1942 al Inmaculado Corazón de María, concluía así su ofrecimiento en nombre del mundo: «Que todas las naciones, pacificadas entre sí y con Dios, te aclamen bienaventurada y de uno a otro polo no resuene sino una sola voz: alabado sea el divino Corazón, causa de nuestra salvación. A Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos».

También estaba convencido de que la conversión del mundo, si es imposible para los hombres, puede ser el efecto de la misericordia y de la gracia de Dios. Lo que no se puede esperar es la paz en el mundo sin el Reino de Cristo, mientras la mayoría de la humanidad desconozca a Cristo y el mismo mundo que fue

cristiano se gloríe de su «apostasía» y se jacte de construir una ciudad terrena desechando a Cristo.

La Iglesia espera esta conversión «*con los Profetas y el Apóstol*», según expresión del Concilio Vaticano II al tratar de la conversión de los judíos. El padre Orlandis participaba de las que el padre Ramière había llamado «Esperanzas de la Iglesia». De aquí que fuese acusado también de «milenarista».

Dios ha puesto en Cristo el único fundamento de todo el orden natural y sobrenatural, y en el plan divino debían reinstaurarse todas las cosas celestes y terrenas. Había, pues, un problema muy serio en el hecho de que el padre Orlandis fuese acusado de pesimista cuando su juicio sobre el mundo contemporáneo, fidelísimo al pensamiento de la Iglesia, se apoyaba en profundas razones que hallaba en la Revelación y en la tradición de la Iglesia.

Leemos en el libro del profeta Jeremías:

«*No escuchéis las palabras de los profetas que os [vaticinan, que os engañan, visiones de su imaginación os cuentan no de la boca de Yahvé. Dicen a quienes desprecian la Palabra de Yahvé tendréis paz y a quienes siguen la obstinación de su corazón [afirman: no os sobrevendrá mal alguno* (Jer 23, 16-17).

Me han venido de nuevo estos recuerdos ante el sorprendente, inesperado y «apocalíptico» acontecimiento del hundimiento de las Torres Gemelas del «Centro del Comercio Mundial» de Nueva York, el pasado 11 de septiembre de este año en que estamos estrenando el siglo XXI.

A algunas personas cercanas a mí dije, al conocer la noticia: «*He aquí algo de lo que uno podría hablar con el padre Orlandis*».

Algún periodista habló del ataque a **la capital del Imperio**. Es imposible no recordar las descripciones y los juicios de sociólogos y sistematizadores de filosofía de la historia sobre las grandes megápolis, cuya hegemonía económica mundial se confunde prácticamente con el poderío político de los «estados mundiales», culminación y decadencia de las «culturas» o «civilizaciones», cuando éstas alcanzan su etapa de dominio mundial.

«*De Babilonia a Brasilia*», estas metrópolis absorben y confunden hombres de todas las razas, religiones, culturas, lenguas y naciones, convertidos en proletariado interno de la gran civilización cosmopolita, globalizada. Nunca se las compararía ni a Jerusalén, ni a Atenas, ni a Florencia, ni al París del tiempo del rey san Luis y de la catedral de Notre-

Dame. Siempre se evoca en ellas (en estas ciudades hegemónicas e internacionales) al París del siglo XIX, a la Londres victoriana, al San Petersburgo europeizado –odiado por los viejos rusos–, a la **Babilonia** del Imperio que sometió y llevó a cautividad al pueblo de Israel.

El pescador de Galilea al que el Señor Jesús habló diciendo: «*Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia*», escribe «*a los elegidos extranjeros de la diáspora: ... Os saluda la Iglesia que está en Babilonia*». Aquí, como muchas otras veces después, la gran metrópoli del Imperio gentil en el que se había difundido la fe en el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo y en su Hijo, la ciudad de Roma, la gran metrópoli del Estado mundial de la civilización antigua, es llamada por el significativo y misterioso nombre de «Babilonia».

Digamos que la capital del Imperio de Nabucodonosor es significada como «tipo» de la Roma en que reside la Iglesia convocada por la predicación de Pedro y Pablo, «antitipo» de la ciudad caldea.

Pero «Babilonia» es también término al que se puede dar un significado moral, no alusivo a una localización geográfica sino a la «ciudad» de los hombres cuyas aspiraciones y pensamientos se orientan en un dinamismo que, por la riqueza y el poder, va hacia el orgullo, y desde el orgullo a la tiranía corruptora de los hombres y de los pueblos. Por esto san Agustín llama Babilonia a la «Ciudad terrena», edificada por el hombre «*desde el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios*».

En el último de los libros del Nuevo Testamento, el Apocalipsis de san Juan, tres capítulos (del 17 al 19) profetizan «*la caída de Babilonia*». «*La gran ramera, sentada sobre muchas aguas, con la que fornicaron los reyes de la tierra*». «*Las aguas donde está sentada la ramera son pueblos, y muchedumbres y naciones y lenguas*». «*Tus mercados eran los magnates de la tierra, porque con tus seducciones fueron embaucadas todas las gentes*». Esta Mujer la presenta el Apocalipsis como sentada sobre la Bestia con siete cabezas y diez cuernos que surge del mar, mientras otra segunda Bestia, con aspecto de cordero y lenguaje de dragón, se afirma que surge de la tierra, es decir, del Pueblo de Israel.

En una obra inédita del escritor jesuita Juan Rovira i Orlandis, sobrino del propio padre Ramón Orlandis, cuya doctrina me consta que compartían con ellos los jesuitas Francisco Segarra y Francisco de Paula Solà –que me exhortaba a perseverar en Schola en esta enseñanza–, la Bestia surgida del mar se afirma ser el símbolo de la potestad política humana que, aunque viene de Dios, es asumida por los hombres en actitud de soberbio enfrentamiento a

Dios. La Bestia surgida de la tierra, que exhorta a los hombres a adorar a aquella Bestia terrena, es el falso profetismo, es decir, una predicación de apariencia cristiana que lleva a los hombres a someterse al poder político antiteísta.\*

A los siete reinos simbolizados por las siete cabezas suceden en el Apocalipsis diez cuernos «*que recibirán poder por una hora junto con la Bestia... Estos harán guerra al Cordero, y el Cordero los vencerá*». El gran escriturista Cornelio a Lápide veía en estos diez poderes políticos los precursores y servidores inmediatos del gobierno universal del Anticristo, del que, por cierto, habla el nuevo *Catecismo* como la culminación en la historia del enfrentamiento del mal al Reino de Dios y de Cristo (nº 675).

Mientras las siete cabezas reinan sucesivamente, los diez cuernos reinan «por una hora» simultáneamente después de ellas. Es decir, son la breve preparación de la época plenamente antiteocrática.

Un signo tradicionalmente reconocido de la cercanía de la acción sobre la humanidad del **Misterio de Iniquidad**, es decir, de anormalidad, desorden, carencia de ley y de norma (**anomía**), (profetizado por san Pablo en la segunda carta a los Tesalonicenses) es la desaparición de «*lo que lo detiene*» (Tó katejon).

La tradición patrística y escolástica, hasta tal punto daba por cierto que era el mismo «Imperio romano» el obstáculo a la eclosión de la anarquía (precursora del Imperio del Anticristo) que san Roberto Belarmino argumentaba, contra aquellos luteranos que afirmaban ser el Papa el Anticristo, que ello no podía ser porque subsistía todavía, en su tiempo, el poder imperial romano en el Sacro Imperio Romano Germánico.

Todo esto lo estudió y nos lo hizo estudiar a nosotros en CRISTIANDAD el padre Orlandis –en el número 27 (1 mayo 1945), dedicado al fin del Imperio romano en el momento en que Napoleón Bonaparte impuso a los Habsburgo de Viena la renuncia al título imperial romano milenario para no ser ya sino emperadores de Austria, el 6 de agosto de 1806. Comenzaba así el mundo a entrar en la época que el gran escriturista padre Bover llamaba el de la democratización internacional de la potestad política (Bover-Cantera, *Sagrada Biblia* B.A.C. 1947, vol. II, pág. 583).

En estos días hemos oído hablar de nuevo de la lucha del Bien contra el Mal. Si viésemos como «malo» el movimiento antiglobalizador y hostil al comercio mundial que ha impulsado el hundimiento de las Torres Gemelas del Centro del Comercio Mundial, podríamos estar tentados de ver el poder político americano –el Imperio, como han escrito algunos periodistas– como el «Bien».

Pero olvidaríamos que, aunque en la babilónica metrópoli de Nueva York vive el pueblo cristiano, como vivía el pueblo judío deportado en Babilonia, esto no ha de cegar nuestra mirada hasta no advertir que el mismo nombre de las Torres Gemelas, World Trade Center, sugiere las descripciones apocalípticas de Babilonia «*la ciudad grande que reina sobre los reyes de la tierra*», «*cuyos príncipes son los mercados*» y «*en la que se glorían cuantos se han enriquecido en la gran ciudad por lo elevado de sus precios*».

Leemos en el Apocalipsis, después de describir la soberbia y la corrupción de **Babilonia la grande, madre de las prostituciones y las abominaciones de la tierra**, que los diez cuernos de la Bestia anti-teísta, «*harán la guerra al Cordero*», es decir, que serán enemigos de Cristo, y aborrecerán y destruirán a la «*gran ramera*»:

«*Y los diez cuernos que viste (...) tienen un mismo designio, y su potencia y potestad la entregarán a la Bestia. Estos harán la guerra al Cordero (...) y los diez cuernos que viste y la Bestia aborrecerán a la ramera, y la dejarán devastada y despojada, y devorarán sus carnes y la abrasarán con fuego; porque Dios puso en sus corazones el que ejecutasen su designio, y que ejecutasen un mismo designio, y entregasen su reino a la Bestia, hasta que se cumpliesen las palabras de Dios; y la Mujer que viste es la ciudad grande, la que ejerce realeza sobre los reyes de la tierra*» (Apoc 17, 12-18).

De nuevo me siento en la necesidad de revivir en mi corazón la que hubiera sido una conversación con el padre Orlandis sobre el hundimiento del Centro del Comercio Mundial por un terror impulsado por el odio a la gran ciudad mundial y a su «Imperio».

Si consideramos babilónica la gran metrópoli americana, entendemos el término «Babilonia» en aquel sentido moral y espiritual que le dieron, legítimamente, san Agustín, al referirse a la «ciudad terrena», y san Ignacio, en la «meditación de las dos Banderas», en la que vemos a Satanás sentado en el gran campamento de Babilonia, en una cátedra de fuego y humo.

Pero la tradicional interpretación escriturística entendía que la profecía del Apocalipsis nombraba con el «tipo» de la Babilonia antigua –la de Nabucodonosor– la ciudad de Roma –la nombrada por san Pedro en su carta.

Los protestantes leían el Apocalipsis como una profecía del hundimiento de la Iglesia romana. Algunos apologistas católicos, como Bossuet, alegaron que el hundimiento profetizado se había cumplido en la caída de Roma, invadida por Alarico y sus ejércitos bárbaros. Pero otros escrituristas católicos admitían, y lo concedían a los herejes, que en el Apocalipsis se profetizaba la destrucción de Roma.

Es interesante leer a Cornelio a Lápide, que sobre el texto del Apocalipsis, cap. 17, escribe:

«*Babilonia es Roma; no la cristiana cual es ahora, sino infiel y pagana como fue en tiempo de san Juan, y como será de nuevo en tiempo del Anticristo*».

San Agustín, en el libro 18 de *De Civitate Dei* (cap. 2º), escribe: «*Así como Babilonia fue como la primera Roma, así Roma misma es como la segunda Babilonia*», y en el cap. 27 llama a Roma «*la Babilonia occidental*».

Cornelio a Lápide enumera una larga serie de autores entre los que figuran Belarmino, Salmerón y Francisco Suárez, y dice que «*todos interpretan por Babilonia la Roma infiel, cual fue en tiempo de Juan y de nuevo será hacia el fin*». Y prosigue:

«*Objetarán los herejes: “Roma es Babilonia; luego la Iglesia romana, con su Pontífice, es Babilonia”. Respondo que la inferencia es absurda, así como vacía: una cosa es la Roma ciudad, y otra es la Iglesia romana. Una cosa es la Roma gentil, y otra la Roma cristiana*».

«*Hacia el fin del mundo [modo de hablar poco adecuado para significar lo que podría llamarse «el fin del tiempo de las naciones»] Roma, abandonando la fe, la piedad, a Cristo y al Pontífice, de nuevo será Babilonia*».

«*La ciudad de Roma volverá entonces a gloriarse, como en la Antigüedad, de la idolatría y los vicios. Será tal como fue bajo Domiciano y Nerón. Dejará de ser cristiana para ser gentil y perseguirá al Pontífice y a los fieles cristianos a él adheridos*».

Finalmente, conviene advertir que Cornelio a Lápide no anuncia la destrucción de la ciudad de Roma como realizada por aquellos «diez cuernos» en que hemos visto el ejercicio de la democracia internacional, sino por el poder del Imperio del Anticristo que sucederá a ellos, pero que colocará su centro de poder en Jerusalén:

«*Es sumamente congruente con el genio y la finalidad del Anticristo, que él sea rey de Jerusalén y de los judíos y que, en lucha contra Cristo, destruya la metrópoli de su Reino y de su Iglesia, es decir, Roma. Deseará esto con afán, porque le parecerá que así destruye el Reino de Cristo. Así pues, como se opone el Anticristo a Cristo, los judíos a los cristianos, se opondrá Jerusalén a Roma: y así el Anticristo se esforzará en abolir a Cristo, a los cristianos y a Roma*».

Reflexionemos que hemos leído en el libro del Apocalipsis que, para combatir al Cordero, es decir, en odio a Cristo, destruyen Babilonia quienes la odian, porque Dios ha puesto en sus corazones que ejecuten un designio divino. La ciudad mundana y terrena de Babilonia es castigada por Dios con la permisión del odio de quienes también odian a Cristo.

Y hemos leído en Cornelio a Lápide que el Anticristo, identificándose con los judíos y enfrentado a Cristo, querrá destruir Roma, que ha sido la capital del mundo cristiano, pero que será, al ser destruída, una ciudad de nuevo mundana y soberbia, embriagada con la sangre de los mártires de Cristo.

Los buenos y los malos, el Bien y el Mal, no los podemos encontrar identificados en todas y cada una de las posiciones opuestas que se dan en el curso de la historia. «*Sólo Dios es bueno*» y Él difunde el Bien por Cristo entre los hombres.

Sólo la Iglesia, que, como afirmó Pío XII, no puede ser neutral ante los acontecimientos humanos

y ante el curso de la historia, porque Dios no es nunca neutral, tiene autoridad divina para juzgar, como ha hecho en muchos momentos históricos, que una guerra humana puede ser una cruzada, y recordada por ella en sus celebraciones litúrgicas.

Pero, por encima de todas las luchas humanas providencialmente previstas y dispuestas, obra en la historia su designio, ordenado a la plenitud de su Reino. Todo tiende a que se realice este designio de Dios:

«*El Reino de este mundo ha venido a ser del Señor nuestro y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos*» (Ap 11, 15).

---

## Francisco Canals Vidal, maestro de la verdad\*

MONSEÑOR ENRIC PLANAS

**E**L profesor Francisco Canals Vidal acaba de fallecer dejando una ingente obra intelectual y una red de discípulos que se cuenta por decenas y que ejercen su magisterio en universidades de todos los continentes.

Canals tuvo dos maestros —en realidad uno sólo— el padre Ramón Orlandis, S.J., y el propio Tomás de Aquino: ambos nutrieron un magisterio que él supo transmitir a la realidad actual dando respuesta viva y eficaz a los problemas que plantea el presente momento histórico.

Comentar su obra es tarea imposible en un breve artículo, pero sería suficiente recordar el esfuerzo de liberar a santo Tomás de Aquino de muchas adherencias y enriquecerlo con tantas de sus facetas olvidadas con el paso de los siglos y que en realidad son de vivísima actualidad. La reflexión de Canals ha dado como fruto una síntesis nueva de la doctrina del *Doctor Angélico*, expresada en unas tesis que van mucho más allá de las veinticuatro de la tradición reciente. De modo que tenemos a un Tomás nuevo en su ardor, nuevo en sus métodos y nuevo en su expresión, tal como exige la misión actual de la Iglesia de una nueva evangelización (*Tomás de Aquino, un pensamiento siempre actual y renovador*, Scire, Barcelona 2003).

Recuerdo que en 1967, en el banquete ofrecido al nuevo catedrático de Metafísica, en la Universidad de Barcelona, el doctor Alfredo Rubio de Castarlenas hizo un brindis que comenzaba diciendo: «en este homenaje al Canals metafísico yo brin-

do por el Canals teológico...». Más que una invitación dicho brindis fue una consigna que el profesor jamás olvidó y dio como fruto una obra cumbre, menos difundida de lo que merece, que recoge la doctrina de la ortodoxia católica según *Los siete primeros concilios* (Scire, Barcelona 2003).

El cardenal Darío Castrillón, que tanto está haciendo a favor de la unidad de la Iglesia, me confesó que tiene esta obra como libro de cabecera. En un milagro de amena claridad este libro sabe explicar, de forma exhaustiva, la formulación de la ortodoxia católica demostrando que no hay nada nuevo bajo el sol y que si la verdad es indefectible también el error de las viejas herejías aflora sin cesar a través de la historia. ¿Acaso muchos dirigentes de la política y de la cultura cristiana de nuestros días no caen en la tentación de hacer un cristianismo socio-lógico-político que no es sobrenatural y que no es humano? Al igual que en el arrianismo se busca la construcción de estructuras político-sociales-culturales en la ignorancia de la dimensión sobrenatural. Es sólo un pequeño ejemplo de una obra que nos recuerda con simpatía y ternura las grandes verdades que sostienen el edificio de la Iglesia y que nunca habría que olvidar.

Canals gustaba decir, con pasión, humildad y garbo, que los hombres son instrumentos de Dios, cuando lo son, y otras veces también lo son, aunque no hagan más que estropear sus designios. Sin duda él fue un eficaz transmisor de la verdad de Dios y que, junto con sus maestros Tomás y Orlandis, en estos momentos está contemplando, cara a cara, la realidad divina. Es algo que la fe y la confianza en la divina Misericordia nos hace pensar.

\*Difundido por la agencia de noticias ZENIT el 10 de febrero de 2009.

## Su relación con el padre Casanovas y su obra\*

**H**ABLANDO con el padre Orlandis del contraste que yo percibía al leer al padre Ignasi Casanovas, S.I., comparándolo con otros autores jesuitas de su tiempo, me comentó: «El padre Casanovas no era tenido por jesuítico por el cle-ro de la diócesis y por las otras órdenes religiosas. Conmigo ocurre algo parecido».

El padre Orlandis había aceptado una sugerencia del padre Ignasi Casanovas de colaborar en las tareas del Foment de Pietat y de la Balmesiana de entonces. «Sabía que yo no era anticatalanista ni enemigo de su obra», que había tenido ocasión de defender al ser consultado por el padre General de la Compañía. Éste había tenido que venir a Barcelona porque los jesuitas anticatalanistas le aconsejaban la supresión del Foment de Pietat y de todas las obras conexas con él.

El padre Orlandis veía peligros graves en el catalanismo cuando tomaba el camino de «una Cataluña nacional podrá ser católica o librepensadora, centralista o descentralizada, liberal o socialista, pero será catalana», pensamiento de Prat de la Riba que expresa el veneno inoculado en los nacionalismos por la errónea filosofía surgida en el idealismo romántico alemán. Le disgustaban las afectaciones culturales del Noucentisme, con su hostilidad a lo «verdaguervol». Él admiraba con fervor a Verdguer, Costa i Llobera, Maria Antònia Salvà... Denunciaba también, por lo mismo, como peligroso el anticatalanismo, y a veces se llamaba a sí mismo «supercatalanista». Pensaba, con el obispo Torras i Bages, de quien era muy amigo el padre Ignasi Casanovas, que «Catalunya serà cristiana o no serà». En todo caso, defendía y apoyaba al padre Ignasi Casanovas contra sus adversarios jesuitas anticatalanistas.

«Es extraño que el padre Casanovas no fuese tomista –decía el padre Orlandis– porque todos los jesuitas que él admiraba, el padre Lebreton y otros franceses, eran tomistas». Yo le comenté que, seguramente, su entusiasmo por Balmes explicaba este hecho. Añado, incidentalmente, algo sobre el sentido del balmesianismo del padre Casanovas, del que tengo un recuerdo muy preciso por lo que me dijo también el padre Orlandis.

Me refirió que, en una conversación circunstancial con el padre Florí, discípulo de Casanovas y

conocido estudioso de Balmes, le dijo el padre Orlandis: «Yo soy más balmesiano que ustedes». «¿Cómo?» –preguntó el padre Florí–. «Porque a Balmes le importaba, más que la negación de la distinción real de la esencia y la existencia, el tener una actitud de pensar con libertad. Esto es lo que yo hago con mi tomismo, y por esto he podido ser tomista».

Sobre el tomismo del padre Orlandis escribí en *CRISTIANDAD*, núm. 811-812 (enero-febrero 1999). Recordé entonces que él decía que, de los tres «epítetos» con los que se calificaba –o se quería a veces descalificar– su obra, los de *tomista*, *integrista* y *milenarista*, era el primero, precisamente el único que él aceptaba sin reservas, aquel por el que más frecuentemente los jesuitas de su provincia religiosa tendían a pensar su tarea como algo carente de futuro y no integrado en los ambientes apostólicos más característicos de los jesuitas de entonces.

Le oí decir muchas veces que la distancia y enfrentamiento que, durante siglos, se habían dado entre los dominicos y los jesuitas no tenían su punto nuclear en cuestiones metafísicas como la de la distinción real entre la esencia y el ser, de que tanto se habló a fines del siglo XIX y en el siglo XX. En metafísica, la escolástica escotista de los franciscanos se oponía al tomismo tanto o más radicalmente que el suarismo de los jesuitas. Pero «los frailes» dominicos y franciscanos se sentían entre sí cercanos. Era usual que un franciscano predicase un panegírico sobre santo Domingo en una iglesia de los frailes predicadores, o que un dominico hablase sobre san Francisco de Asís en una iglesia franciscana.

Los jesuitas eran sentidos como «otra cosa». El padre Orlandis notaba que la razón de la distancia no era metafísica. «No era eso, era otra cosa, que no sabría decir qué es» («No és això. És una altra cosa, no sabria dir el què és»). Sus palabras, precisas y decididas en lo que negaban, y tan explícitamente perplejas en lo que constataba que no se le había mostrado claramente, han quedado para mí inolvidables, y me han dado siempre mucho que pensar.

El padre Orlandis juzgaba muy desacertada la negación de la moción divina en las causas segundas y el llamado «curso simultáneo». Recordemos que, según Suárez, hablando de la causa divina y de las causas creadas, «ninguna de estas causas influye con prioridad a la otra, porque ninguna influye en la otra, sino que una y otra influyen en el efecto o en la acción, y ninguna aplica a la otra o la hace obrar, en

\*CRISTIANDAD, mayo de 2003.

virtud de este concurso» (Suárez, *Opúsculo I. De concursu*, l. I, cap. 15, núm. 7). De esta tesis del concurso simultáneo, y de su expresión clásica «como cuando dos arrastran una nave», decía coloquialmente el padre Orlandis: «És un renec», lo que la descalifica casi como una blasfemia, pero con un sentido más irónico que condenatorio.

Y porque la tesis del concurso simultáneo fue pensada para remover la tesis tomista de la «premoción» —y con la preocupación de excluir la «predeterminación»—, y porque, después de las polémicas *de auxiliis*, la oposición de las escuelas había tendido a excluir, con la predeterminación física como explicación de la eficacia de la gracia, también la misma tesis teológica de la eficacia intrínseca de la gracia, se llegó a la situación que, ya en los primeros años del siglo XVIII, describía el dominico Billuart:

«Que la eficacia de la gracia consista en una predeterminación física, y que esta predeterminación deba extenderse a los actos naturales y a lo “material” del pecado, son cuestiones puramente metafísicas e incidentales respecto de la tesis de que la gracia eficaz lo es por sí misma e intrínsecamente.

»Pero que la gracia es eficaz por sí misma e intrínsecamente, con independencia de la cooperación de la criatura y de una ciencia media, lo enseñamos los tomistas como un dogma teológico intrínsecamente conexo con los principios de la fe, y próximo a la definibilidad, y con nosotros todas las escuelas, a excepción de la molinista.» (Billuart, *De Deo, dissertatio V*).

Más de un siglo antes de que el representante dominico escribiese este juicio tan preciso, san Roberto Belarmino, el eminente jesuita, doctor de la Iglesia, que combatió la tesis de los dominicos sobre la predeterminación física, pero que sostenía su posición propia contra los que, entre los jesuitas molinistas, tendían a apartarse de la doctrina del propio Belarmino, según la cual la divina predestinación es gratuita y antecedente a los méritos humanos y la eficacia de la gracia no puede explicarse como un efecto de la buena voluntad humana, decía:

«Siguiendo esta tesis, estaremos conformes con los dominicos, franciscanos y agustinos, cosa muy de desear. De otro modo, estaremos en guerra con todas las órdenes.» (citado por Raúl de Scorraille, *El padre Francisco Suárez, S.I.*, Barcelona, 1917; pp. 442-443).

San Roberto Belarmino y el dominico Billuart advierten acerca del hecho de una escuela que se sitúa frente a todas las demás en una temática excepcionalmente nuclear, no sólo en el campo de la ciencia teológica, sino en la práctica comprensión del sentido de la vida cristiana. Escribió también Belarmino,

contradiendo por anticipado la futura hegemonía del llamado «molinismo puro» en los jesuitas a partir de la mitad del siglo XVII y en el siglo XVIII:

«Algunos opinan que la eficacia de la gracia se constituye por el asentimiento y la cooperación humana, de modo que, por su resultado, se llama eficaz, a saber, porque obtiene su efecto, y lo obtiene porque la voluntad humana coopera. Esta opinión es absolutamente ajena a la doctrina de san Agustín, y en cuanto a lo que yo juzgo, incluso ajena a la doctrina de las divinas Escrituras.» (*De gratia et libero arbitrio I*, cap. XII).

La atención a estos textos me va llevando a pensar que aquella razón profunda y misteriosa que durante siglos hacía sentir distantes a los jesuitas de las otras escuelas y familias religiosas, que no era un tema metafísico —como advertía el padre Orlandis— se situaba, precisamente, en este núcleo de la doctrina católica referente a la iniciativa misericordiosa de la gracia divina en la vida del cristiano, es decir, del hombre redimido por Cristo de la herencia y de la herida del pecado.

Una experiencia reciente me ha confirmado en esta perspectiva. He encontrado un texto de la *Concordia* de Molina que dice:

«Mira a la exaltación, alabanza y honor de Cristo y de su Santísima Madre, algo que a mí me parece totalmente verosímil: que a sus sacratísimas almas, no sólo Dios decretó darles dones más excelentes, sino que también había previsto que usarían mejor que otras de aquellos dones, por su innata libertad y usando de su arbitrio, y que, por esta razón, fueron elegidas para tal gran dignidad, más bien que otras.» (Parte VII, Qu. 25, disp. 1ª, memb. 11, nº 43).

Ante este texto, que se mueve al margen del dominio de la voluntad divina sobre la voluntad humana de Jesucristo, y desconoce, por lo mismo, que la humanidad asumida es instrumento unido a la divinidad, y así, con la voluntad humana de Cristo, «Dios nos ha amado con corazón de hombre», según la profunda y precisa expresión del Concilio Vaticano II, he podido hablar con algunos sacerdotes diocesanos y algún jesuita, y he podido advertir la misma reacción en todos: «Esto es nestoriano», «Esto roza la herejía», «Esto se mueve en una desorientación profunda».

El padre Orlandis estaba convencido de que, en el futuro, se haría cada vez más patente la fecundidad orientadora de la síntesis doctrinal de santo Tomás de Aquino, y que se evidenciaría su necesidad. Pero discernía también, en la creciente reacción «antimolinista» y en la hostilidad de la «teología nueva» hacia lo postridentino, y en especial hacia la escolástica de los jesuitas, una corriente que no tendía a corregir las desviaciones «hacia la derecha» de aquella tradición, sino que abría paso a lo que



*Jaime Balmes*

llegaría pronto: un difundido «izquierdismo» teológico.

Al emplear los términos que aluden a la derecha y a la izquierda, no pienso, en primer lugar, en su significado político (aunque fuese frecuente la opción molinista entre legitimistas contrarrevolucionarios y entre los sectores intransigentes y anti-liberales del ultramontanismo), sino a un texto del *Libro de los Proverbios* y al comentario que de él hizo san Agustín:

«No te desvíes a la derecha ni a la izquierda: aparta tu pie del mal, porque los caminos que están a la derecha, el Señor los conoce: pero son perversos los caminos que están a la izquierda.» (Prov. IV, nº 27).

Comenta san Agustín:

«Desviarse hacia la derecha es querer asignar a sí mismo, y no a Dios, las mismas obras buenas que pertenecen a los caminos que están a la derecha ... cuando te mandan “haz rectos los caminos para tus pies y dirige los caminos” entiéndelo de modo que sepas que, si lo haces, es Dios que te otorga el que lo hagas. Así no te desviarás a la derecha, cuando andes por los caminos que están a la derecha, porque no confiarás en tu vigor.» (Carta a Valentín, año 427).

El haberse puesto conscientemente, el padre Orlandis y el padre Ignasi Casanovas, en la escuela y el camino de santa Teresita del Niño Jesús hermana a los dos eminentes jesuitas en aquella fidelidad a santo Tomás de Aquino que el padre Orlandis adivinaba, en lo profundo, en el «balmesiano» Ignasi Casanovas. La liberación de

la lectura del gran libro del magisterio espiritual de san Ignacio de «mecanización semipelagiana y semiestoica», que reconocía el padre Leturia, S.I., haber obrado el padre Orlandis en sus estudios, y la serena seguridad con que el padre Ignasi Casanovas podía vindicar los *Ejercicios* ante quienes los acusaban de «matemáticas espirituales», están en relación profunda con aquella fidelidad esencial a santo Tomás.

Un gran estudioso dominico, M. M. Philipon O.P., en su obra *El mensaje de Teresa de Lisieux* (publicado en castellano en 1960, en Barcelona, por la Editorial Balmes), demuestra documentadamente la coherencia profunda entre la orientación espiritual de la Santa carmelita y la teología expuesta por santo Tomás, en especial en la acción divina según los dones del Espíritu Santo en el alma cristiana.

Las reflexiones sugeridas vienen al caso por una razón muy profunda. Leyendo los volúmenes de la *Biblioteca d'Exercicis* del padre Casanovas, sentiremos lo que dos biógrafos y comentaristas de su obra constataron y expresaron en la forma más inequívoca: la penetración de la espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús en el estudio ignaciano del padre Casanovas. El padre Batllori dice que «en los once tomos muy valiosos de su *Biblioteca d'Exercicis*, la Rosa de Lisieux dejó un perfume inconfundible» y el padre Ignacio Corrons, el traductor a la lengua castellana de la obra del padre Casanovas, reconoce «una inconfundible huella teresiana que se percibe –oculta o patente, según los casos– en su comentario a los *Ejercicios* de san Ignacio» (véase las referencias en mi artículo «Ignasi Casanovas Camprubí. Su espiritualidad y acción apostólica» en *CRISTIANDAD*, nº 777-778 (marzo-abril 1996, pág. 35).

Reiterando lo que escribí entonces, sostengo que me parecen identificables, en el estudio sobre santa Teresa del Niño Jesús y en el comentario sobre los *Ejercicios* del padre Ignasi Casanovas, líneas muy centrales de su doctrina, profundamente acordes con la teología espiritual de santo Tomás de Aquino, e incluso en algunos momentos, con características tesis metafísicas del propio Doctor Angélico. Así en la interpretación del padre Casanovas sobre las palabras de san Ignacio según el cual «Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas»:

«También es Dios el que obra en esta vida superior, que es la vida humana: no hay ni verdad ni belleza, ni moralidad que no venga de Dios; incluso los actos contrarios, producidos por una voluntad enloquecida que ignora su fin, no serían sin la acción de Dios, que respeta las libres determinaciones de los seres que ha creado y ha querido libres, y aquí hay maravillas que eclipsan lo que hasta ahora hemos considerado. Dios es el agente principal, y

con su acción no estorba ni ata la libertad de la criatura.» (*Biblioteca d'Exercicis*, vol. IX, p. 330, trad. castellana del padre Corrons).

La unidad de intención y de espíritu entre la tarea de estudio de los *Ejercicios* y la espiritualidad de la infancia espiritual y el abandono filial y confiado al amor misericordioso de Dios, que fue el mensaje de santa Teresa del Niño Jesús, nos muestran como muy cercanos a aquellos dos eminentes jesuitas, el padre Orlandis y el padre Casanovas. Para los dos, santa Teresa del Niño Jesús fue como la «estrella de su tarea apostólica», por decirlo con expresión análoga a la inequívoca del papa Pío XI, que insistía en presentar a aquella joven carmelita como «la estrella de su pontificado».

No dejaré de decir que, en los tiempos en que el padre Orlandis comenzaba la formación de los que pertenecerían a Schola Cordis Iesu, o en que el padre Casanovas creaba, apoyando a mosén Eudald Serra, el Foment de Pietat y toda la constelación de instituciones y tareas orientadas hacia lo que hoy llamaríamos «la inculcación de la fe católica» en la sociedad catalana, el hecho mismo del puesto central de santa Teresita del Niño Jesús en sus respectivas vidas y actividades apostólicas que acercaba y hermanaba a aquellos dos eminentes religiosos de la Compañía, insignes estudiosos de san Ignacio de Loyola, también constituía la razón probablemente más profunda de aquel hecho de que no fuesen considerados como «jesuíticos» por el clero diocesano y por los religiosos de otras órdenes, ni tampoco —lo cual sería causa de íntimos sentimientos dolorosos y de desconcertantes malentendidos— por sus hermanos en religión de la entonces provincia de Aragón de la Compañía de Jesús.

Un dato institucional importante es el del proyecto del padre Casanovas de crear en Barcelona una institución análoga al Instituto Católico de París o a la Universidad Católica de Milán. En orden

a ello, dirigió una memoria a los obispos de la provincia eclesiástica tarraconense. En ella se contiene el texto de unos «Estatutos de la Facultad Filosófica fundada por la autoridad apostólica en la Institución Balmesiana de Barcelona». El artículo treinta y seis de aquellos estatutos estaba redactado así:

«Se enseñará la filosofía escolástica, y de tal manera que los que siguen sus cursos sean formados con una síntesis doctrinal plena y coherente, según el método de los principios de santo Tomás de Aquino; desde esta doctrina, serán examinados los diversos sistemas filosóficos» (citado en *Obres del pare Ignasi Casanovas. Relíquies literàries*, Barcelona, Balmes, 1960, p. 354).

Quiero completar este recuerdo sobre el padre Orlandis en su relación con el padre Ignasi Casanovas reiterando lo que expresé ante el entonces arzobispo de Barcelona, el cardenal Narcís Jubany Arnau, cuando recibió a

un grupo de laicos, entre los que estaban algunos miembros del patronato de la Fundación Balmesiana, como Eudaldo Forment y José María Petit, y algunos otros de Schola Cordis Iesu. Tratábamos de afirmar ante nuestro arzobispo la congruencia de que Schola Cordis Iesu fuese acogida en los locales e instituciones de la Balmesiana, y la oportunidad con que se podrían iniciar tareas de colaboración útiles para ambas instituciones. Hablé al cardenal Jubany del paralelismo de dos vidas que tuvieron, en su tiempo, actitudes poco frecuentemente unidas: el espíritu de san Ignacio en sus *Ejercicios* y el camino de la infancia espiritual y la entrega al amor misericordioso de Dios de santa Teresita. Recuerdo que dije, con convicción muy profunda: «En su vida bienaventurada, en la patria celestial, el padre Casanovas y el padre Orlandis se sentirán gozosos y nos apoyarán con su oración, y obtendrán de Dios gracias y auxilios providenciales para esta tarea común de servicio a la Iglesia».



*Santa Teresa del Niño Jesús*

## Pensando en su teología de la historia\*

EN el primer artículo escrito en la revista *Cristiandad* por el que había sido maestro de sus redactores, inspirador y «tutor de la revista en su minoría de edad», artículo titulado «Advertencia previa», que introduce un estudio monográfico sobre el fin del Sacro Romano Imperio en 1806 al imponer Napoleón la renuncia de aquel título por el que después se llamaría sólo emperador de Austria, escribió el padre Orlandis: «Uno de los acontecimientos revelados como futuros en la Sagrada Escritura es la aparición en su tiempo del hombre llamado del pecado, del Anticristo, supremo perseguidor de la Iglesia. En los tiempos de fe más viva preocupaba hondamente este hecho profetizado; ahora casi ha desaparecido del cuadro de las preocupaciones humanas. Pues bien, fundándose en la Escritura, los escritores eclesiásticos de los tiempos primeros de la Iglesia pensaban que debía haber sucesión de continuidad entre la desaparición del Imperio romano y la aparición del Anticristo, y por esto fue uno de los motivos de pánico temor para los cristianos del siglo v el derrumbamiento del Imperio.

»Parecía a primera vista suficiente razón para abandonar aquella interpretación de la Escritura, la natural decepción que había de producir en los espíritus el tener ante la vista las ruinas del Imperio. Y, sin embargo, no fue así; continuaron los escritores eclesiásticos aferrados a la interpretación tradicional, y no la abandonaron ni siquiera cuando en el siglo xv, al conquistar los turcos Constantinopla, pereció de muerte miserable el Imperio de Oriente, y quedó tan arraigada la creencia que aun a fines del siglo xvi un varón tan eminente como san Roberto Belarmino no dudaba en esgrimir contra la estolidez de los protestantes que decían que era el Anticristo el pontífice romano, un argumento fundado en la interpretación tradicional, es a saber: que mal podía ser el papa el Anticristo ya que éste no había de aparecer mientras durase el Imperio romano y éste aún existía».

A la tradición teológica aludida se refirió *Cristiandad* ya en su número 5, de 1 de junio de 1944, en el artículo de Domingo Sanmartí Font «Perspectivas históricas en Daniel». Según la interpretación tradicional, se comentaba allí el sueño de Nabucodonosor, narrado en el capítulo II y el sueño de Daniel, narrado en el capítulo VII; en uno y otro, aquella interpretación hablaba de la sucesión de cua-

tro imperios: el asirio-babilónico, el medo-persa, el griego de Alejandro Magno y sus Diádocos, y el Imperio romano.

La aparición en la historia del imperio antiteístico del Anticristo (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, núm. 675-677) no sobrevendría sino después de que hubiese cesado el poder imperial romano, que era presentado por muchos autores como aquello que, según el apóstol Pablo, detenía la acción del misterio de iniquidad en el mundo que conduciría a la apostasía y a la manifestación del «hombre del pecado» (cf. II Tes 2,3-7).

Como habrá podido ver el lector, el padre Orlandis recordaba que Belarmino utilizaba el argumento de la existencia del Imperio romano para refutar a los luteranos que presentaban al papa como el Anticristo.

En un pasaje del Apocalipsis en que se habla de la Bestia, símbolo del poder político enemigo de Dios, se alude a «siete cabezas» que simbolizan siete reinos de los que se dice que «cinco cayeron, uno es y el otro todavía no vino, y cuando viniere durará poco» (Ap 17,9-10).

El padre Juan Rovira, en su obra inédita *De Regno Christi in Terris consummato*, comenta el paralelismo entre esta sucesión de reinos y los expresados en las visiones del profeta Daniel, y al notar que *el que es* en el momento de escribir el autor del Apocalipsis es el mismo Imperio romano, el cuarto de la sucesión expresada en Daniel, y que en el Apocalipsis ocupa el quinto lugar. Esto implica la alusión a dos imperios anteriores al asirio-babilónico, es decir, el egipcio, y el primer imperio babilónico. Notemos que en tiempos de este primer imperio tiene lugar la vocación de Abraham; en el Imperio egipcio vive el exilio el pueblo de Israel, liberado por Moisés; Asiria y Babilonia destruyen los reinos de Israel y de Judá y esclavizan de nuevo a los israelitas; son liberados por el Imperio persa; de nuevo sometidos y perseguidos por los griegos en tiempos de Antíoco Epifanes; sometidos finalmente por el Imperio romano, bajo cuyo dominio es destruida Jerusalén y tiene lugar la Diáspora, que habrá de durar hasta la reunión del pueblo judío en su tierra.

Por decir el autor del Apocalipsis que el séptimo imperio habrá de durar poco tiempo, comenta Rovira que tal vez por esto no fue mencionado en las profecías de Daniel.

Atendiendo a que todos los imperios allí simbolizados están en relación profunda con la vida del

\*CRISTIANDAD, abril de 2003.

pueblo elegido por Dios, he pensado a veces que esta séptima cabeza representa el Imperio, de breve duración que podríamos llamar británico-americano. Dominó la cuarta parte de la tierra, pero como tal imperio comenzó su ocaso al fin de la segunda guerra mundial, cuando renunció Jorge VI al título de emperador de India que había asumido la reina Victoria en el siglo XIX. En él tuvo lugar la formación del Hogar Nacional Judío y de él se separó el Estado de Israel, al que siempre ha apoyado el poder de los Estados Unidos de América. Hoy llaman todos «el Imperio» a América, a la vez que parece que su hegemonía mundial, cuestionada por muchos, está entrando en su etapa final.

El fin de un poder imperial en el mundo implica la entrada en lo que llamaríamos una democracia igualitaria en lo internacional. Queda por ver si ésta es posible o si necesariamente nos lleva a un período anárquico y sin norma en la vida colectiva de la humanidad: sería ésta la preparación congruente al dominio mundial de la potestad anticristiana.

Recordando conversaciones con el padre Orlandis referentes al misterioso hecho de que un poder imperial surgido de ideales de soberbia humana pudiese ser el obstáculo que detenía la acción del misterio de iniquidad en el mundo, y cuya desaparición había de ser previa a la aparición del poder anticristiano en que culmina el enfrentamiento de la humanidad a Dios, advertía que la corriente que llevaría al Anticristo opuesta a Dios y a toda norma de orden de autoridad natural exigía la desaparición previa de autoridad en el mundo.

En el texto del Apocalipsis se habla de «diez cuernos» que recibirán el poder «por una hora» después que hubiese cesado el de las siete cabezas de la Bestia (Ap 17,12-14).

Recordando respuestas del padre Orlandis a preguntas nuestras, he de decir que no veía en el comunismo la realización del Anticristo, sino una etapa previa, a la que seguiría una invasión oriental sobre el mundo cristiano que veía aludida en los textos del Apocalipsis, capítulo IX, versículos 13-21, en que se habla de una orden divina de soltar a los ángeles que están en las orillas del Éufrates.

Preveía también, y pensaba que era algo preanunciado proféticamente, un intento de restauración del imperio político romano, que precedería a la ruina de Roma, de la que habla Cornelio a Lápide en su comentario al Apocalipsis. Según el gran

escriturista, el imperio del Anticristo tendrá su sede en Jerusalén y destruirá Roma en un impulso de odio a Cristo y a la Iglesia, pero cuando ya Roma, la ciudad, no será una ciudad cristiana, sino que habrá vuelto a la mundanidad gentil y a la soberbia antropocéntrica:

«Así pues, concedo a los herejes que aquí [en el Apocalipsis] la ciudad de Roma es llamada Babilonia; concédanme ellos igualmente que de esto no se sigue que se dé el nombre de Babilonia a la Iglesia romana, presidida por el Sumo Pontífice, sucesor de san Pedro, vicario del Señor Jesucristo en la tierra» (*Comentario sobre el Apocalipsis*, cap. 17,1-6).

«La profecía ha de entenderse de la ciudad de Roma como será hacia el fin del mundo: consiguientemente, la ciudad romana volverá entonces a su gloria primera e igualmente a su idolatría y sus vicios, y será cual fue en tiempo de san Juan bajo Domiciano y Nerón. Y de cristiana se volverá gentil...»

«El nombre soberbio de eternidad, y consiguientemente de divinidad fue dado a Roma por los escritores gentiles, que para adularla la llamaron Roma Eterna, Diosa Roma» (*ibidem*).

En toda la profecía apocalíptica de la destrucción de Babilonia como centro del poder político mundano y neopagano, se nos advierte siempre de que el odio de los que «aborrecerán a la ramera y la dejarán devastada y despojada, y devorarán sus carnes y la abrasarán con fuego», es dispuesto providencialmente «porque Dios puso en sus corazones que ejecutasen su designio, y que ejecutasen un mismo designio, para entregar su reino a la Bestia y hasta que se cumpliesen las palabras de Dios» (Ap 17,16-17).

No intentaba aquí desarrollar un sistema teológico-histórico sino evocar en quienes tuvimos la dicha de oírle la actitud esperanzada con la que el padre Orlandis sentía las permisiones divinas por las que en odio a Cristo, se odia también y en apariencia principalmente la soberbia y mundanidad de los poderes políticos ya descristianizados, y sentía en todo este torbellino del mundo contemporáneo la preparación de los caminos del Señor hacia el cumplimiento de su designio:

«Se ha hecho el reino de este mundo del Señor Nuestro y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11,15).



## El camino de la cruz

RAMÓN GELPÍ SABATER  
www.christusregnat.com

**V**ÍA CRUCIS. Así denominamos a la piadosa devoción que contempla paso a paso el doloroso camino de Jesús hacia la roca del Gólgota y su crucifixión. Esta devoción, que se remonta a los primeros cristianos en Jerusalén, era practicada en el camino mismo, reciente, por el que Jesús había sido conducido, hecho una llaga viva por el suplicio al que había sido ya sometido. Se dice que la propia Virgen María inició esta devota práctica acompañada de los Apóstoles, por estas calles de la Vía Dolorosa.

Hoy, esta Vía Dolorosa se corresponde sólo aproximadamente con la que recorrió Jesús. Después de la destrucción del año 70, el trazado de las calles no fue reconstruido tal como era; la nueva Aelia Capitolina que edificaron los romanos, sobre los escombros de la antigua Jerusalén, era una ciudad distinta. Sin embargo, y puesto que la situación del Pretorio de Pilato y la del Gólgota están muy claramente definidas, esta Vía Dolorosa es una razonable aproximación, realizada sobre las calles actuales, entre los dos puntos de referencia (principio y final). Como ya hemos comentado otras veces, la visión contemplativa no precisa de hitos absolutamente fidedignos ni de reliquias certificadas para que podamos acercarnos con el pensamiento y la imaginación a la dolorosa Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

El recorrido no es muy largo, sobre todo si tenemos en cuenta que el Calvario no era una montaña como frecuentemente se suele representar, sino solamente una pequeña elevación rocosa del terreno, en la que probablemente se realizaban este tipo de ejecuciones, que pretendían ser ejemplares. A muy poca distancia de la muralla, junto a la puerta llamada de Efraim; los caminantes que cruzaban esta puerta, en dirección noroeste, forzosamente debían toparse con ellas. La prueba de que era un lugar utilizado no sólo para Jesús, está en la ejecución simultánea de los dos ladrones. Estos reos nada tenían que ver con los motivos que se adujeron contra Jesús, que en realidad era condenado por cuenta de otros.

El Via Crucis tradicional, cuyas catorce estaciones se han seguido sin variación, probablemente desde aquellos primeros cristianos de Jerusalén que

hemos mencionado, incluye, además de lo narrado en los textos evangélicos, la contemplación de unos hechos que, aunque no constan en el texto evangélico, constituyen una arraigada tradición en el pueblo de Dios. Tales son: las tres caídas, el encuentro de Jesús con su Madre, y la Verónica.

Veamos, pues, cual es el texto concordado correspondiente al camino hacia el Calvario, es decir, hasta justo antes de ser despojado de sus vestiduras y crucificado:

*«... 31 Y después de burlarse de Él, le quitaron el manto, y poniéndole su vestimenta, le llevaron a crucificar. [(Jn 19) 17 Y cargaba consigo la Cruz]*

*32 Saliendo, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón [(Mc 15) 21 padre de Alejandro y Rufo (Lc 23) 26 que venía de una granja.] A él le obligaron a tomar la Cruz. [(Lc 23) 27 Le seguía una gran muchedumbre del pueblo, y de mujeres que lloraban y se lamentaban por Él. (28) Pero Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, 29 Porque he aquí que vendrán días en que se diga: Dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron, y los pechos que no amamantaron. 30 Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Sepultadnos. 31 Porque si hacen eso con el árbol verde, ¿en el seco, qué se hará? 32 También eran conducidos dos malhechores para ser ajusticiados con Él].*

*33 Y vinieron al lugar llamado Gólgota, esto es lugar de la calavera ...» [Mt 27, 31-33 (Mc 15, 20-22; Lc 23, 26-32; Jn 19, 17)]*

Para enlazar con la práctica tradicional del Vía Crucis, la pieza fundamental está en el episodio del Cireneo. La ayuda del Cireneo seguramente fue necesaria ante el evidente desfallecimiento de Jesús. En los evangelios, como hemos dicho, no constan las caídas que veneramos en el Vía Crucis, pero no hay ninguna duda de que debió de haberlas. En todo caso, la cruz pesaría mucho y no se sabe con seguridad si Jesús llevaba sólo el travesañ, como era frecuente, o como creen otros llevó la cruz entera. También la flagelación, cuyas marcas están muy eviden-

tes en la Sábana Santa, fue un castigo que pudo haber sido mortal por sí mismo, pero que además causó una gran debilidad en el cuerpo de nuestro Señor, especialmente debido a la pérdida de sangre.

Por esto, en esta práctica del Vía Crucis se contemplan tres caídas que, en cambio, no se mencionan en los textos evangélicos. Respecto al encuentro con la Virgen, y el episodio de la Verónica son dos tradiciones, como hemos dicho, muy arraigadas, la primera de las cuales es tan verosímil como la que se admite, piadosamente, de la aparición de Jesús resucitado, a su Madre.\* En cuanto a la segunda, se cree que el personaje de esta Verónica se trata de la hemorroísa que Jesús curó en Cafarnaúm cuando se dirigía a resucitar a la hija de Jairo. No es un hecho contrastado pero, como tradición, tiene una muy amplia base y una gran antigüedad.

### El Vía Crucis de base evangélica

En los últimos años del pontificado de Juan Pablo II, se ha promovido en la Iglesia un nuevo Vía Crucis, que contiene catorce estaciones cuyo contenido está en los evangelios. En él se suprimen estas tradiciones de que hablamos. A algunos fieles no les acaba de encajar este cambio que, sin embargo, añade contemplaciones como la oración en el Huerto, la traición de Judas, las negaciones de Pedro, la flagelación, etc.

Ciertamente, lo que más rechazo causa, es la desaparición del encuentro de Jesús con su Madre; también extraña que se suprima el hecho del despojo de las vestiduras que, aunque no tiene un texto evangélico explícito, en cambio, el contexto del reparto de la ropa de Jesús lo confirma sobradamente. Este despojo era práctica habitual entre los sayones del Imperio, y formaba parte de la humillación extrema de tan terrible e insoportable tormento, de una crueldad difícil de imaginar.

Estas «carencias» del nuevo Vía Crucis, no obstante, son secundarias, si la contemplación de las nuevas estaciones se hace con unción y se acompaña, como suele hacerse, con la lectura de los correspondientes textos evangélicos. Veamos cómo quedan estas nuevas catorce estaciones:

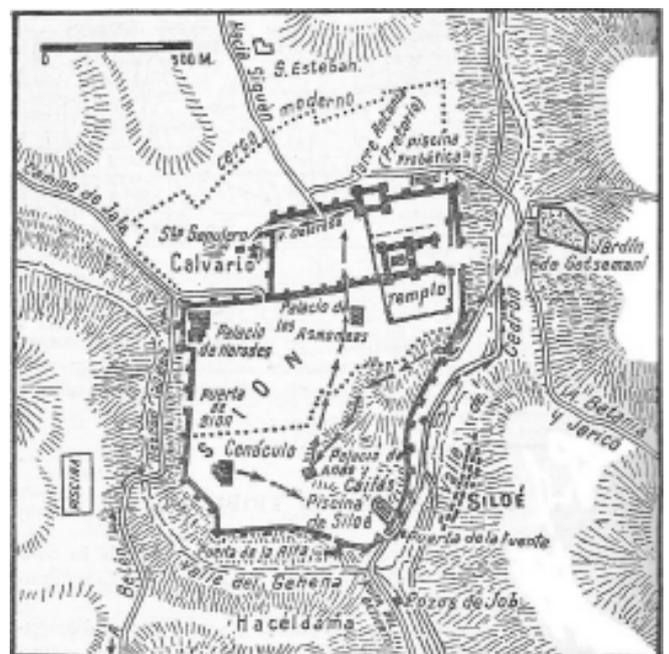
1. Jesús en el Huerto de Getsemaní
2. Jesús, traicionado por Judas, es arrestado
3. Jesús es condenado a muerte por el Sanedrín
4. Jesús es negado por Pedro
5. Jesús es juzgado por Pilato
6. Jesús es azotado y coronado de espinas
7. Jesús carga con la cruz
8. El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz
9. Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

10. La crucifixión del Señor
11. Jesús promete su reino al buen ladrón
12. Jesús colgado en la cruz, su Madre y el discípulo
13. Jesús muere en la cruz
14. Jesús es colocado en el sepulcro

### La «síntesis» contemplativa

Como es claramente visible, se podría realizar un compendio de ambas contemplaciones, la tradicional y la evangélica. De esta forma se tendría un Vía Crucis que, comenzando en el Huerto de Getsemaní, contendría un total de 18 estaciones añadiendo una caída (en lugar de tres), el encuentro con María, la Verónica, y el despojo de las vestiduras. Naturalmente no es recomendable alargar tanto esta devoción, sin la aceptación de los fieles; por esto, lo que se hace generalmente en algunas parroquias y comunidades religiosas es alternar una y otra versión de esta edificante devoción que contempla el sagrado misterio de nuestra Redención.

Pero en ningún caso sería conveniente que se postergara la versión clásica con las caídas, etc. Estas tradiciones, aun no teniendo base escriturística, son patrimonio de la fe del pueblo de Dios, y por ende, de la Iglesia, y deben ser respetadas. En todo caso, nos permitimos recomendar en forma de oración personal, esta síntesis de dieciocho estaciones. Sin duda su contemplación añadirá gran consuelo espiritual, y puede acercarnos mucho a vivir los padecimientos que Jesús aceptó voluntariamente para el perdón de nuestros pecados y abrirnos las puertas del Cielo.





## Pequeñas lecciones de historia

### «Todas las naciones vendrán a Jerusalén a alabar al Señor»

GERARDO MANRESA

**L**A visita a Tierra Santa es una gracia de Dios siempre, pues estar en la misma tierra en la que vivió Jesús, nuestro Salvador, llena el corazón de cualquier cristiano de alegría y de deseo de ser mejor. El año pasado tuvimos ocasión de vivir en Jerusalén el domingo de Ramos y quisiera poder expresar la emoción que nos causó.

Dice el evangelio de san Lucas (19,28-40): «Al acercarse a Betfagé y Betania, en el monte de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, diciendo: Id a la aldea, que está enfrente, y en entrando en ella hallaréis un pollino atado, que todavía no ha sido montado por nadie, y desatándolo lo traéis. Y si alguno os dijere: ¿Por qué lo soltáis?, diréis así: El Señor tiene de él necesidad. Fueron los enviados y lo hallaron así como les había dicho. Desatando ellos el pollino les dijeron los amos: ¿Por qué desatáis el pollino? Les respondieron: El Señor tiene necesidad de él. Y lo llevaron a Jesús, y echando sus mantos sobre el pollino, montaron a Jesús. Según Él iba, extendían sus vestidos en el camino. Y cuando ya se acercaba la bajada del monte de los Olivos, comenzó la muchedumbre de los discípulos a alabar alegres a Dios, a grandes voces, por todos los milagros que habían visto, diciendo: «Bendito el que viene, el Rey, en el nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas»

Cada año en Jerusalén se repite esta manifestación de alabanza al Señor. El Patriarca de Jerusalén, delegado papal en Tierra Santa, encabeza la misma procesión que hizo Jesús aquel día. Dicha procesión se inicia en el mismo punto donde Cristo se sentó sobre el pollino y desde Betfagé recorre el mismo camino que hizo el Señor. La distancia es de dos o tres kilómetros, aproximadamente. Todo el pueblo cristiano de Palestina se une a esta celebración y en el descenso del monte de los Olivos *comenzó la muchedumbre de los discípulos a alabar alegres a Dios, a grandes voces*. Es realmente una maravilla ver unidos a todos los cristianos de Palestina y a todos los peregrinos de Tierra Santa en un mismo himno de alabanza al Señor, aclamándole como Rey con canciones en todos los idiomas, los de aquel pueblo, palestino y todos los pueblos de peregrinos, en los que hay europeos, africanos, asiáticos y americanos. Toda esta muchedumbre de personas llevaba ramos de olivo y palmas.

Después de la bajada por el monte de los Olivos viene la subida hasta Jerusalén y a uno le venía a la mente aquellos salmos entre los que se canta que todos los pueblos subirán jubilosos a Jerusalén alabando al Señor, preludio de aquel gran acontecimiento que ha de suceder, cuando todos los pueblos a una sola voz aclamarán a Cristo Jesús como Rey.

Al llegar a Jerusalén, en el exterior de la basílica de Santa Ana, de los frailes franceses, se reúnen todos los peregrinos y reciben, del Patriarca, la bendición con la reliquia del «Lignum Crucis», el trono del Rey. A partir de aquel momento una gran fiesta se organiza para la celebración de la entrada del Rey en su ciudad, Jerusalén. Cánticos y bailes, con participación de todos los peregrinos llenan completamente de alegría aquel lugar, donde el resto del año todo es sufrimiento y temor.

Los judíos, lógicamente, no asisten a la procesión, salvo la policía y miembros del ejército que mantienen el orden, que curiosamente en estas ocasiones de los domingos de Ramos no se altera nunca, a pesar de las aglomeraciones. Entonces nos viene a la memoria todas aquellas predicciones de los profetas en las que anuncian el día grande en que el pueblo judío participará también de aquella celebración.

Dice Ezequiel (37,21-28): Esto dice el Señor Dios: Voy a recoger a los israelitas de las naciones a las que marcharon; voy a congregarlos de todas partes, los voy a repatriar. Los haré un solo pueblo en su tierra, en las serranías de Israel, y un solo rey reinará sobre todos ellos. No volverán ya a ser dos naciones ni volverán a desmembrarse en dos monarquías. No volverán a profanarse con sus abominables idolatrías y con sus crímenes; los libraré de los sitios donde pecaron; los purificaré. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Mi siervo David será su rey, pastor único de todos ellos; caminarán según mis mandatos, guardarán y cumplirán mis preceptos. Habitarán en la tierra que le di a mi siervo Jacob, en la que habitaron vuestros padres; allí vivirán para siempre ellos, sus hijos y sus nietos; y mi siervo David será su príncipe para siempre. Haré con ellos alianza de paz, alianza eterna pactaré con ellos: los estableceré, los multiplicaré y pondré mi santuario entre ellos para siempre. Con ellos moraré, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy el Señor, el que consagra a Israel, al estar mi santuario entre ellos para siempre.

¡Cómo será el día que todo el pueblo de Israel, como declara esta profecía de Ezequiel, vaya por delante, entusiasmado, haciendo el mismo recorrido que hizo Jesús el domingo de Ramos, y guiando a todas las naciones, aclamando a su Rey y Mesías. Aquel día esperado en que todas las naciones, el pueblo judío el primero, aclamarán: ¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!

¡Y entonces reinará la paz en Jerusalén!

¡Y esto sucederá!



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## Canonización de Catalina Volpicelli, santa del Sagrado Corazón

**C**ATALINA Volpicelli, fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón, nació en Nápoles el 21 de enero de 1839, en el seno de una familia perteneciente a la alta burguesía y en la que recibió una sólida formación humana y religiosa. Guiada por el Espíritu del Señor, que le revelaba el plan de Dios a través de la voz de sabios y santos directores espirituales, Catalina renunció rápidamente a los valores efímeros de la vida elegante y despreocupada de la sociedad napolitana para adherirse con generosa decisión a una vocación de perfección y de santidad. El encuentro ocasional con el beato Ludovico de Casoria, el 19 de septiembre de 1854, fue, como afirmó ella misma: «un momento singular de la gracia obsequiosa, de la caridad y de la predilección del Sagrado Corazón enamorado de las miserias de su sierva». El Beato la asoció a la Orden Franciscana Seglar y le indicó como única finalidad de su vida el culto al Sagrado Corazón de Jesús, invitándola a permanecer en medio de la sociedad, en la cual debía ser «pescadora de almas».

Guiada por su confesor, el barnabita padre Leonardo Matera, el 28 de mayo de 1859 Catalina entró a formar parte de las adoradoras perpetuas de Jesús Sacramentado, pero en poco tiempo se retiró, por graves motivos de salud. Otro era el designio de Dios para Catalina. Lo había intuído muy bien el beato Ludovico, que a menudo le repetía: «El Corazón de Jesús, oh Catalina, ésta es tu obra!».

Por indicación de su confesor, conoce la hoja mensual del Apostolado de la Oración y escribe al padre Enrique Ramière, recibiendo de él noticias detalladas de la naciente asociación, con el diploma de celadora, el primero llegado a Italia. En julio de 1867, Ramière visita el edificio de Largo Petrone en la Salud, en Nápoles, donde Catalina está pensando establecer la sede de sus actividades apostólicas «para hacer renacer en los corazones, en las familias y en la sociedad el amor a Jesucristo». El Apostolado de la Oración se convertirá en el centro de toda la estructura espiritual de Catalina.

Con las primeras celadoras, el 1 julio de 1874 Catalina funda el nuevo instituto de las «Esclavas del Sagrado Corazón», aprobado en primera instancia por el cardenal arzobispo de Nápoles, el siervo de Dios Sixto Riario Sforza, y posteriormente, el 13

de junio de 1890, por el papa León XIII, que concede a la nueva familia religiosa el decreto de alabanza». San Pío X lo aprobaría definitivamente en 1911. Interesada en el futuro de la juventud, abrió enseguida el asilo de huérfanas, las «Margaritas», fundó una biblioteca circulante e instituyó la Asociación de las Hijas de María, con la guía sabia de la venerable madre Rosa Carafa Traetto. El 14 de mayo de 1884, el arzobispo de Nápoles consagró el santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, que Catalina había hecho erigir junto a la casa madre de sus obras, destinándolo a la adoración reparadora, solicitada por el Papa para el sostén de la Iglesia.

Catalina Volpicelli murió en Nápoles el 28 de diciembre de 1894 ofreciendo su vida por la Iglesia y por el Santo Padre. La causa de beatificación y canonización de la insigne testigo de la caridad del Corazón de Cristo fue oficialmente presentada ante la entonces Sagrada Congregación de Ritos el 11 de enero de 1911. El 25 de marzo de 1945, Pío XII declaraba la heroicidad de las virtudes, atribuyéndole el título de venerable. El 28 de junio de 1999, Juan Pablo II aprobó la lectura del decreto para su beatificación. Y el pasado 26 de abril fue elevada a los altares por Benedicto XVI.

### «Existe una crisis de conciencia moral»

**E**L Santo Padre se dirigió recientemente a los jefes de Estado y de Gobierno participantes en la cumbre del G20 para hacerles ver que la crisis actual se debe principalmente a «un déficit de ética en las estructuras económicas», hecho que confirma la realidad de que «la ética no es ajena a la economía y que ésta no funciona si no lleva dentro su componente ético». Al hilo de estas orientadoras reflexiones de Benedicto XVI, el cardenal Antonio María Rouco, durante la apertura de la plenaria de los obispos españoles el pasado 20 de abril en Madrid, resaltaba que la aceptación social del aborto y la crisis económica actual son una muestra de la más profunda crisis de la conciencia moral que existe en las sociedades actuales, y también en la española.

El cardenal se refirió especialmente a la cuestión del aborto, sobre la que advirtió que «uno de los campos de la vida social donde urge evangelizar de nuevo es el de la conciencia acerca del don inestimable de la vida de cada ser humano», alertando sobre lo

dramático que resulta que amplios sectores sociales hayan empezado a considerar públicamente que eliminar a los que van a nacer no sería algo de por sí reprochable y que «tal mentalidad ha encontrado eco en las legislaciones». «Si, por una trágica ofuscación de la conciencia colectiva, el escepticismo llegara a poner en duda hasta los principios fundamentales de la ley moral, el mismo ordenamiento democrático se tambalearía en sus fundamentos, reduciéndose a un puro mecanismo de regulación empírica de intereses diversos y contrapuestos», añadió citando a Juan Pablo II.

Añadió que «cuando la crisis de la conciencia moral en la sociedad afecta a un bien tan decisivo como es la vida humana y el derecho a la misma, no es de extrañar que la crisis moral pueda extenderse y de hecho se extienda a otros aspectos de la existencia de las personas y de las sociedades». En este sentido la actual crisis económica es considerada como una expresión más de esa «crisis de la conciencia moral» que «afecta no sólo a los campos de derechos fundamentales como el derecho a la vida y el derecho a la educación, sino también al derecho al trabajo».

### Visita apostólica de Benedicto XVI a Angola y Camerún

**D**URANTE la oración mariana del Ángelus de los días 17 y 23 de marzo, Benedicto XVI destacó los dos aspectos que más le habían impresionado de su reciente viaje a África. El primero es «la alegría visible en los rostros de la gente, la alegría de sentirse parte de la única familia de Dios, y doy las gracias al Señor por haber podido compartir con las multitudes de estos hermanos y hermanas nuestros momentos de sencilla fiesta, compartida en el conjunto y llena de fe»; y el segundo fue «el intenso sentido de lo sagrado que se respiraba en las celebraciones litúrgicas, característica ésta común a todos los pueblos africanos. Podría decir que emergió en cada momento de mi estancia entre esas queridas poblaciones».

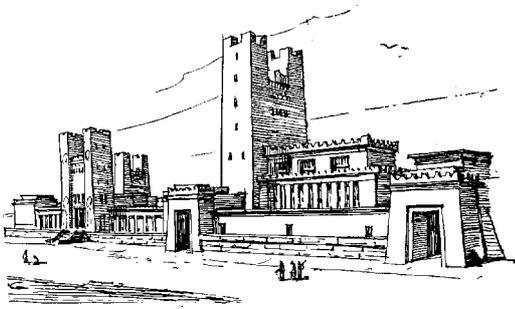
La visita del Santo Padre a África «para confirmar a mis hermanos y hermanas en la fe» ha venido marcada por la esperanza que siempre trae consigo el mensaje cristiano. «En un momento de global escasez de comida, de confusión financiera, de cambios climáticos –recordaba Benedicto XVI–, África sufre de manera desproporcionada: un número creciente de sus habitantes acaba convirtiéndose en presa del hambre, de la pobreza, de la enfermedad. Gritan reconciliación, justicia, y paz, y esto es precisamente lo que la Iglesia les ofrece. No ofrece nuevas formas de opresión económica o política, sino la libertad gloriosa de los hijos de Dios. No impone mo-

delos culturales que ignoran el derecho a la vida de los que todavía no han nacido, sino el agua pura salvífica del Evangelio de la vida. No promueve las rivalidades interétnicas, sino la rectitud, la paz y la alegría del Reino de Dios, descrito de manera sumamente apropiada por el papa Pablo VI con estas palabras: “civilización del amor”».

Uno de los temas que más repercusión internacional ha tenido en este viaje fueron las declaraciones del Papa respecto a cual debe ser el camino para luchar contra la epidemia del sida que asola gran parte de África. Benedicto XVI resaltó que «la realidad más eficiente, más presente en el frente de la lucha contra el sida es precisamente la Iglesia católica, con sus movimientos, con sus diversas realidades. (...) No se puede superar el problema del sida sólo con eslóganes publicitarios. Si no está el alma, si no se ayuda a los africanos, no se puede solucionar este flagelo sólo distribuyendo profilácticos: al contrario, existe el riesgo de aumentar el problema. La solución puede encontrarse sólo en un doble empeño: el primero, una humanización de la sexualidad, es decir, una renovación espiritual y humana que traiga consigo una nueva forma de comportarse uno con el otro, y segundo, una verdadera amistad también y sobre todo hacia las personas que sufren, la disponibilidad incluso con sacrificios, con renunciaciones personales, a estar con los que sufren. Y estos son factores que ayudan y que traen progresos visibles.»

Y las palabras del Papa son confirmadas por la realidad de que ningún país que se ha apoyado en el preservativo para vencer la epidemia ha logrado reducir el número de infectados de HIV con éxito. Así lo destaca el Instituto de Investigación de la Población (Universidad Estatal de Penn) que, en un reciente estudio, señalaba el papel esencial de la Iglesia católica en la solución de la epidemia de sida en África: «Sin su mensaje de abstinencia sexual antes del matrimonio y la fidelidad en el matrimonio la enfermedad se habría extendido mucho más, no sólo entre los creyentes sino también en toda la población.» Y muestra de ello son estas significativas estadísticas (Kreuznet, Katholischen Nachrichten):

<i>País</i>	<i>% infección de sida</i>	<i>% población católica</i>
Swaziland	43 %	5 %
Botswana	37 %	4 %
Zimbaue	25 %	8 %
Sudáfrica	22 %	6 %
Zambia	17 %	26 %
Malawi	14 %	19 %
Mozambique	12 %	22 %
Kenia	7 %	25 %
Ruanda	5 %	47 %
Uganda	4 %	36 %



## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Obama se rodea de abortistas radicales

**T**RAS los primeros titubeos y fracasos en sus nombramientos, el presidente Obama parece estar adoptando un criterio claro y previsible: nombrar a personas destacadas por su defensa a ultranza del aborto. Por un lado, la gobernadora de Kansas, Kathleen Sebelius, que ocupa la Secretaría de Salud, el puesto al que tuvo que renunciar el primer candidato propuesto por Obama, Tom Daschle, al descubrirse que no había pagado sus impuestos; por otro, Nancy DeParle, como directora de la Oficina de la Casa Blanca para la Reforma de la Sanidad.

Al anunciar estos dos nombramientos, Obama insistió en que ambas trabajarían codo con codo para impulsar la reforma de la Sanidad propuesta por el nuevo presidente norteamericano. Otro punto en común de ambas es su historial abortista radical: DeParle, cuando trabajaba como directora de la Administración Financiera de Sanidad en la Administración Clinton, se negó a aprobar el plan de salud infantil impulsado por el gobernador de Virginia James Gilmore porque no preveía financiación para que las mujeres con escasos recursos pudieran abortar gratis. La «católica» Sebelius, por su parte, atesora el dudoso honor de conseguir que los tres últimos obispos de Kansas hayan tenido que emitir notas contrarias a esta campeona abortista, incapaz de mostrar ni una sola ocasión en que con su voto haya limitado el acceso al aborto.

Estas dos nominaciones se añaden a la quizá menos pública pero muy significativa e influyente de Dawn Johnsen como directora de la Oficina de Consejo Legal del Departamento de Justicia, la asesora legal del Presidente y de todos los ministerios y agencias dependientes del Ejecutivo. Johnsen es conocida porque ha sido Directora Legal del *National Abortion and Reproductive Rights Action League* (NARAL) y siempre se ha mostrado como una ardiente defensora de lo que ella llama «libertad reproductiva» (un concepto igual de evanescente que el de la «justicia reproductiva» del entonces senador Obama).

Entre las múltiples tomas de posición de Johnsen, destaca un artículo publicado en la revista *Slate* en

enero de 2006, en el que se lamenta del cierre de algunos centros abortistas y de las restricciones que algunos estados han ido aplicando al aborto. Otro discurso muy clarificador acerca de lo que piensa Johnsen es el que dio en enero de 2008 ante la *American Constitution Society*, titulado «*A Progressive Agenda for Women's Reproductive Health and Liberty on Roe v. Wade's Thirty-Fifth Anniversary*». Allí afirmaba: «Los progresistas deberíamos mirar a largo plazo y formular objetivos ambiciosos, conformados por un compromiso ideológico profundo y no sujetos a las presentes realidades [...] La agenda progresista debería aspirar a proteger la libertad reproductiva genuina y la salud reproductiva para todos. Sugiero, para la consecución de ese objetivo, tres estrategias prioritarias para presionar a los tribunales para que invaliden toda restricción al aborto. Primero, concentrarse en persuadir a la gente de que den apoyo a las opciones reproductivas a través de la acción política; segundo, concentrar nuestros esfuerzos en las restricciones al aborto existentes o futuras, y finalmente, situar el aborto entre el conjunto de políticas progresistas necesarias para unas genuinas salud y libertad reproductivas».

Pero quizás lo que haya levantado más críticas haya sido su equiparación entre embarazo y esclavitud, algo que ya viene de lejos, pues Johnsen utilizó ese argumento en una demanda ante el Tribunal Supremo en 1989 y lo ha reiterado desde entonces: cualquier restricción que haga el aborto menos accesible es, en su opinión, equivalente a una «servidumbre involuntaria», pues «exige que la mujer provea un servicio físico continuo al feto». En su opinión el embarazo forzado por el Estado, que no permitiría abortar, viola durante nueve meses la enmienda decimotercera a la Constitución, que prohíbe la esclavitud.

El perfil de Obama se va aclarando en la elección de su equipo de gobierno y hasta el momento de modo muy preocupante. Hace poco más de un año, Obama declaraba que no conocía a nadie que fuera pro-aborto; quizás no conocía aún a Johnsen o quizás pensó que era mejor adoptar un perfil moderado para, una vez en el poder, desplegar su verdadera agenda.

## Newt Gingrich es recibido en la Iglesia católica

**N**ewt Gingrich es una de las figuras más relevantes del Partido Republicano estadounidense en las dos últimas décadas. Su trayectoria ha conocido puntos álgidos y depresiones profundas, pero Gingrich ha sobrevivido a todo, sin dejar nunca de estar en la primera línea de la política norteamericana. Sin lugar a dudas su gran momento fue cuando lanzó el «Contrato con América», a principios de los noventa, como una plataforma para recuperar la iniciativa conservadora y conseguir algo muy poco frecuente: lograr la mayoría republicana en el Congreso y dirigirla desde su puesto de Speaker entre 1995 y 1999, años en que se convirtió en el azote del presidente William Clinton. Esta gesta, después de cuarenta años de mayoría demócrata, le valió ser elegido «Hombre del Año» por la revista *Time*. Su estrella declinó después de que el *impeachment* contra Clinton por el asunto Lewinski, impulsado por Gingrich, no consiguiera derribar al presidente norteamericano, aunque desde entonces no ha dejado de ser uno de los pesos pesados del Partido Republicano, siempre en las quinielas de presidenciables.

La vida privada de Gingrich también ha sido agitada. Divorciado dos veces, va por su tercer matrimonio: a su primera mujer la abandonó cuando ésta estaba siguiendo un tratamiento contra el cáncer, a su segunda esposa le fue infiel con una compañera de trabajo mucho más joven. En definitiva, un pasado poco ejemplar. Pero Gingrich no es noticia esta vez ni por un lío de faldas ni por sus aspiraciones políticas, sino por el paso que dio el pasado 29 de marzo, día en que fue admitido en la Iglesia atólica.

Educado como baptista, Gingrich hacía tiempo que se mostraba cercano a la Iglesia católica e incluso tuvo un aparte con Benedicto XVI en la reciente visita papal a los Estados Unidos. El domingo 29, en la iglesia de San José, en Capitol Hill, Washington, Gingrich dio finalmente el paso, acompañado de amigos como Michael Novak, del antiguo obispo de Washington DC, el cardenal Theodore McCarrick y del antiguo congresista republicano Vin Weber.

Por supuesto que la polémica ha acompañado esta decisión de un hombre siempre en primera línea mediática. Con su historial matrimonial, el conocido columnista Christopher Buckley, por ejemplo, desconfía de la sinceridad de Gingrich y sospecha que detrás de su paso pudiera existir un interés político. Por el contrario, el también converso y director de *Inside Catholic*, Deal Hudson, recuerda que la Iglesia católica es para los pecadores, no para los «santos», y defiende la decisión de Gingrich. Desde aquí, lo único que podemos decir es que el tiempo dirá qué hay de oportunismo y qué hay de sinceridad, pero en

cualquier caso merece la presunción de inocencia, aun con toda la prudencia que su caso aconseje.

No obstante sorprende, desde nuestra realidad secularizada, la vitalidad de una Iglesia que esta Cuaresma ha aceptado a ciento cincuenta mil conversos adultos; un fenómeno, el de la conversión, mucho menos frecuente por estos lares. En el caso de Georgia, el estado del que es originario Gingrich, la archidiócesis de Atlanta ha abierto las puertas de la Iglesia católica este año a 513 catecúmenos que nunca han sido bautizados y a 2.195 personas que fueron bautizadas en otras confesiones cristianas. Por cierto, las conversiones al catolicismo de políticos de relevancia no es algo inhabitual en Estados Unidos; Newt Gingrich se une a una lista que cuenta ya con personajes de tanto relieve como el exgobernador de Florida Jeb Bush, el actual gobernador de Louisiana Bobby Jindal o el senador Sam Brownback, todos ellos pesos pesados del Partido Republicano.

## El retorno de la piratería

**P**ocos imaginaban que los piratas reaparecerían con fuerza a principio del siglo XXI. Y, sin embargo, así ha sido en el océano Índico, donde se han convertido en noticia habitual y en preocupación de estrategias al más alto nivel en las más avanzadas naciones.

La proliferación de la piratería en la costa somalí, junto a los piratas que operan en el sudeste asiático, en las proximidades del estrecho de Malaca, entre la península malaya y la isla indonesia de Sumatra, amenazan los puntos vitales del tráfico marítimo mundial, en las dos principales rutas petroleras del mundo, hacia el este y el oeste. E incluso hay quien apuesta por el renacimiento de la piratería en el Mediterráneo, algo erradicado no hace tanto y cuyas huellas aún son visibles en numerosos pueblos costeros.

Estamos pues ante un renacer de la piratería que no es más que la manifestación del fracaso para instaurar un orden mínimo en numerosas zonas del planeta, pues la piratería crece allí donde no existe una autoridad con capacidad para defender el orden. Varios son los factores que facilitan este renacimiento: la disposición de los armadores a pagar rescates antes que a prestar apoyo a una operación militar, la tecnología de la que disponen estos nuevos piratas, el apoyo mutuo entre piratas y las milicias islamistas, que ocupan el espacio que un estado inexistente deja vacío. El vacío de autoridad que se extiende por amplias zonas de la Tierra es terreno abonado para el rebrote de unas actividades que muchos creían que habían sido erradicadas pero que gozan de una excelente salud.



# emos leído

ALDOBRANDO VALS

## La demonización de Benedicto XVI: la tiranía mediática en acción

*Los cristianos hemos asistido con estupor al vendaval que se ha desatado contra el Papa a raíz de que reiterara el magisterio de la Iglesia durante su viaje al África negra. Del linchamiento mediático se ha llegado a que un parlamento, el belga, en un acto inaudito y grotesco ha condenado las palabras del Papa. No podemos dejar de ver aquí la obra del Maligno y la persecución que acompaña a la Iglesia a lo largo de su peregrinar terreno. Para completar el cuadro, nos han parecido interesantes los apuntes recogidos en el editorial de la publicación francesa Polémia que reproducimos a continuación:*

Amalgama, desinformación, insinuaciones malintencionadas, repetición y orquestación de los comentarios: la demonización del Papa por parte de los medios de comunicación ha dejado a muchos estupefactos. Pero es que esta «media-demonización» es aún más grave porque viene de lejos.

1. En primer lugar, el cardenal Ratzinger no era el candidato papal preferido por la clase mediática. Instintivamente, los creadores de opinión desconfiaban de ese intelectual y teólogo brillante, defensor de las tradiciones. Además, para su elección fue clave la rápida decisión del cardenal Ratzinger de cerrar el acceso a los medios a las asambleas preconciarias para así permitir a los cardenales la preparación de sus votos al abrigo del tumulto mediático.

2. El gran discurso de Ratisbona fue el segundo punto de ruptura del Papa con la clase mediática. Al afirmar el papel de

la razón, el Santo Padre evidenciaba la ruptura con una predicación puramente emocional y, en consecuencia, sujeta a las modas del momento. En Ratisbona el Papa reclamaba claramente la herencia helénica en el cristianismo al afirmar: «¿Es sólo griego el pensar que actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios o es una verdad siempre y en sí misma? Pienso que aquí se hace visible el acuerdo profundo entre lo griego, en el mejor sentido del término, y la fe en Dios bíblica». Al reafirmar el papel de la razón, al rechazar la «deshelenización», Benedicto XVI se inscribe también en la gran tradición europea que distingue profundamente el cristianismo de las otras religiones del libro.

En septiembre de 2006, en Ratisbona, Benedicto XVI subrayó también, sin concesiones inútiles, la oposición entre Occidente y el mundo musulmán, entre el islam y el cristianismo: un discurso que le valió la hostilidad de numerosos musulmanes, pero aún más de tantos «occidentales» que odian a Occidente.

3. El levantamiento de las excomuniones a los obispos lefebvristas constituyó una nueva ocasión de demonizar al Papa, reprochándole esta vez los comentarios del obispo Williamson sobre el Holocausto, comentarios que no están en relación ni con el magisterio de la Iglesia católica ni con la propia excomunión. Más allá del pretexto escogido, se escondía el rechazo a la tradición cristiana y la voluntad de entorpecer el gesto del Papa hacia las comunidades lefebvristas.

4. El mantenimiento de una línea de riguroso respeto de la vida y en contra del aborto y la eutanasia suscita también posiciones hostiles al Papa. Pues, si bien en este ámbito Benedicto XVI no ha mo-

dificado la línea de Juan Pablo II, el debate se ha endurecido. En numerosos países se están introduciendo nuevas leyes que facilitan aún más el aborto y atacan a la familia. Al oponerse a estas derivas el Papa se enfrenta a los grupos ideológicos, a menudo masónicos, que promueven estas leyes y a los activistas del feminismo y del homosexualismo.

5. El último episodio de demonización del Papa han sido sus declaraciones sobre el sida en su viaje a África. Que un Papa predique la castidad y la fidelidad debería parecer normal, pues es parte de su misión. Pero esto es precisamente lo que se le reprocha en nombre de la ruptura con las tradiciones y de la voluntad de promover una sociedad puramente individualista que tenga su fundamento en el principio del placer sin límites ni reglas.

6. Globalmente, numerosas fuerzas se han conjugado sucesivamente para demonizar al Papa: la clase mediática, los círculos islámicos, el lobby «antirracista», numerosas sociedades de pensamiento masónico, ciertas organizaciones judías y los grupos de presión homosexualistas y feministas. ¡No está mal!

En estas condiciones no es de extrañar que la imagen del Papa haya sufrido un fuerte desgaste. Al rechazar con sus actos y sus palabras la corriente dominante de las últimas décadas se le acusa de «autismo». E incluso muchos católicos se han alejado del Cabeza de la Iglesia para aullar junto con los lobos. Esto no debe de sorprender, es el resultado normal de una campaña de demonización: la tiranía mediática es tan poderosa que se impone con facilidad a los espíritus menos formados intelectual y moralmente.

Sin lugar a dudas, el Papa po-

dría haber evitado todo esto si se hubiera contentado con pasearse en el papamóvil y pronunciar discursos descafeinados. Pero ¿habría cumplido con su misión?

Al contrario de lo que se suele afirmar, la demonización de un hombre o de una causa no suele ser la consecuencia de alguna torpeza o error, sino más bien el precio a pagar por la clarividencia y la valentía. Los que callan y se someten a las modas y a la opinión de los poderosos del momento no se arriesgan a ser demonizados. Los que se enfrentan, por el contrario, deben soportar su demonización, pero son también quienes dejan huella en la historia.

### **Por el Ministerio de Igualdad al misterio de iniquidad**

*Parece que el único proyecto de calado que tiene en sus manos el fantasmagórico y orwelliano Ministerio de Igualdad es la nueva ley del aborto; algo por otra parte muy clarificador. Desde la web de la Fundación Burke, Guillermo Elizalde escribe una penetrante reflexión sobre lo que está ocurriendo en España:*

Todos los hombres son diferentes en sus circunstancias, talentos y virtudes. Sólo la dignidad personal les iguala. Esta cualidad no puede medirse con un dinamómetro, no puede encontrarse mediante logaritmos, sino por indagación metafísica. Por eso el moderno, que limita su ciencia a lo mensurable, es incapaz de sostener la igualdad humana sobre el concepto de persona: donde hay personas solamente ve individuos, donde hay luz sólo ve colores. Tal miopía obliga a redefinir la igualdad del hombre como igualdad de lo humano, pasando de lo esencial a lo accidental, igualando lo que es diferente por fortuna, nacimiento o libertad. Muchas veces habrá que violentar la naturaleza para lograrlo, aunque esto se camufle de «igualdad de oportunidades», «dis-

crimación positiva» o «igualdad de género».

La renuncia al concepto de persona conlleva la degradante redefinición de la igualdad. Pero hay otra consecuencia más letal para la misma igualdad: el olvido del bien como fin del hombre. En realidad, la Ilustración redefinió la igualdad para no definir el bien, para abolirlo. Buchez constató este fenómeno con singular acierto: «¿Queréis impedir el adulterio?: abolid el matrimonio, instituid la promiscuidad. ¿Queréis que no haya mal en el mundo?: negad y destruid el bien». Derrocado el bien por inaccesible, la igualdad se convierte en el talismán relativista, en la palabra sacramental del progresismo. Y así, mientras el sensato se iguala en dignidad para destacar en virtud, el moderno anula la virtud para igualarse en indignidad, convirtiendo la igualdad en algo guillotinesco, vicioso y descendente, y la dignidad humana en una palabra vacía. La promoción del «pluralismo», la «diversidad» y el «multiculturalismo» es aquí un instrumento de nivelación universal, un sincretismo que todo lo iguala y donde todo da igual.

La redefinición de la igualdad como nivelación forzosa de lo justamente desigual, y su consecución mediante el menosprecio de la virtud, es una ideología inicua, se llama igualitarismo y es el sello político del gobierno Zapatero. El igualitarismo socialista ha sustituido el mérito laboral por las cuotas de la Ley de Paridad; ha humillado a las víctimas de ETA, igualándolas durante mucho tiempo con los terroristas; ha degradado el matrimonio, equiparándolo con la unión de homosexuales e identificándolo con un contrato menor en la ley del divorcio exprés; ha convertido el sexo en un dato indiferente, modificable por simple declaración médica; ha intentado disolver la paternidad con los intercambiables «progenitor A» y «progenitor B»; ha equiparado la dignidad del hombre con la del mono, impulsando el proyecto Gran Simio

en el Congreso; ha prescrito la igualdad en la mediocridad escolar, ha estorbado la educación diferenciada, y ha proscrito la excelencia moral con *Educación para la Ciudadanía*. El bótox igualitario deforma por doquier la España socialista.

Pero no es en estas leyes donde más brutalmente se manifiesta la perversidad del igualitarismo; ni siquiera en la prometida norma que restringirá la libertad religiosa so pretexto de igualar catolicismo e islam. Es en la próxima ley del aborto donde se evidencia con especial singularidad la maldad igualitaria. ¿Cómo considerar el embarazo un estorbo para la igualdad entre hombre y mujer? ¿Cómo justificar la eliminación de una vida humana inocente en nombre de la igualdad? ¿Cómo se puede defender la igualdad de derechos humanos si no se protege al ser humano más indefenso? La sociedad que permite esto no sólo ha deformado la idea de igualdad y ha renunciado al bien: es una sociedad que mina los fundamentos de su vida en común y se condena a muerte.

Para los sensatos, la política debe procurar que los hombres sean buenos y capaces de acciones nobles; para los modernos, la política debe hacerlos iguales. Esta es la excusa que ha venido esgrimiendo el Estado moderno para aumentar ilimitadamente su poder. Para ello ha sido necesario difuminar la idea misma de persona humana, vincular la igualdad al resentimiento y negar el bien como fin del hombre. Quizás por eso pensaba Arendt que la corrupción y la perversión son más perniciosas y frecuentes en una república igualitaria que en cualquier otra forma de gobierno. En cualquier caso, la nueva ley socialista del aborto, promovida por el Ministerio de Igualdad, pone de manifiesto que el igualitarismo es una ideología del mal. Por el Ministerio de Igualdad al «misterio de iniquidad», ese extraño señorío del mal que hoy tiene sus delicias en la España de Zapatero.

## El Hombre-Dios, fin del hombre y de todo el universo

*En este número de Cristiandad en el que, con palabras del doctor Francisco Canals Vidal, recordamos al padre Orlandis, juntando así discípulo y maestro, las dos figuras fundamentales de la historia de Schola Cordis Iesu y de nuestra revista, tiene pleno sentido que aportemos a esta sección un texto de la obra Las esperanzas de la Iglesia, del padre Enrique Ramière, reproducido del número de 15 de abril de 1949. Precisamente escribió Canals en el editorial de este número: «Debemos tener en cuenta que el padre Ramière no se contentó con elaborar la doctrina de la soberanía so-*

*cial de Jesucristo, fue también el creador de la moderna teología de la historia. Su obra Las esperanzas de la Iglesia se dirige precisamente a dar a conocer la actualidad providencial del Reinado de Jesucristo. La idea central de su consideración teológica de la historia es aquella ley fundamental del gobierno divino: la glorificación del Hombre-Dios por quien todo ha sido creado es el fin al que tiende la historia». Esta teología es la que el padre Orlandis puso en el centro de su magisterio y que el doctor Canals nos ha transmitido a las generaciones actuales de Schola Cordis Iesu.*

### «La gloria del Verbo Encarnado es, en el orden presente, el fin de toda la creación»

El principio fundamental de toda la legislación providencial ya lo hemos visto: es que todas las criaturas tienen esencialmente por fin dar gloria a Dios, reproduciendo en grado finito sus perfecciones infinitas. Hermosura soberana, no pudo dar a las obras de sus manos otro modelo que a sí mismo. Amor infinito, no pudo crear las voluntades racionales sino para ser felices con la posesión de su infinita bondad. Primer principio de todas las cosas debe ser necesariamente su último fin. Luego este derecho inalienable del Creador, este derecho que el Verbo de Dios comparte esencialmente con su Padre, en tanto que no hace con Él sino un solo Dios, es imposible que no herede un título nuevo cuando, tomando una naturaleza creada, se hace jefe y modelo de todas las criaturas. Como Dios, era su último fin; pero como Dios encarnado, se hace su fin más próximo, más fácil de alcanzar y, en consecuencia, más difícil de repudiar.

Por consiguiente, en el orden presente las criaturas tendrán todas por fin la gloria de Jesucristo; y su felicidad como su perfección tendrán necesariamente como medida el grado de su semejanza con Jesucristo, y de su unión con su Corazón divino.

### El hombre por excelencia

Lo que es ciertamente verdad de todas las criaturas en general es aún más evidente de aquella a la

que el Verbo encarnado se aproxima más: del hombre. ¿Cómo dudar, en efecto, que el Dios-Hombre no sea de un modo muy particular el fin del hombre? Si por Él la perfección divina se ha manifestado lo más completamente, al imitarle ¿no estaremos seguros de imitar a Dios más perfectamente y, en consecuencia, de alcanzar el fin propio de nuestra naturaleza que consiste en la glorificación de Dios por la imitación de su perfección infinita? No, después que el Verbo de Dios ha tomado nuestra naturaleza, no podría haber para nosotros verdadera perfección más que en la imitación del divino modelo. Jesucristo, por lo mismo que es el Hombre-Dios, es también el hombre perfecto, el hombre tipo, el hombre por excelencia; Dios el Padre, al darlo al mundo nos ha dicho, en un sentido muy diferente de aquel con el que Pilatos pronunciaba estas palabras, *Ecce Homo*, he ahí al hombre. He ahí el ideal que he concebido desde la eternidad y que os llamo a todos para que lo realicéis, cada uno en la medida de vuestras fuerzas.

Es deber esencial de toda obra realizar el ideal de su creador. Si es una obra inerte y pasiva el mismo obrero se encargará de esta realización. No dejará, pues, de ninguna manera su escoplo o su pincel, no cesará de tallar, pulir, corregir, no se dará a sí mismo y no dará descanso a su obra hasta que haya podido cerciorarse de que el mármol o la tela reproducen las formas, la expresión, el movimiento y la vida de la imagen que contempla en sí misma.

Pero el hombre es una obra activa, es un cuadro que debe pintarse él mismo y perfeccionar cada día en sí la semejanza de aquel que a la vez es su mode-



lo y su autor. ¿Cómo podrá hacerlo, si este divino modelo permanece encerrado en su invisible esencia y velado por su majestad como con deslumbrante capa? ¿Cómo nuestra mirada de carne podrá penetrar en la inaccesible luz de la inteligencia infinita para tomar allí la idea eterna según la cual hemos sido creados?

Dios ha visto nuestra impotencia y por lo tanto no ha podido resignarse a dejarnos en el estado de imperfección en el que nos colocaba nuestra naturaleza.

¿Qué hará entonces? Realizará Él mismo su ideal, encarnará a su Verbo; revestirá de una naturaleza semejante en todo a la nuestra al Hijo que es a la vez la imagen perfectamente semejante de su belleza increada y el tipo soberano de toda hermosura creada. Por la primera creación nos había hecho a su imagen y semejanza, por esta creación nueva, Él mismo va a hacerse a nuestra semejanza, y encerrará la incomprendibilidad de su forma divina bajo las estrechas dimensiones de nuestra forma humana.

Después de esto, tiene sin duda derecho a imponernos con nueva instancia el gran deber que nos había ya impuesto por nuestra creación, de imitarlo en todas las cosas, de ser perfectos como Él es perfecto, y de glorificarlo por la reproducción visible de sus divinos atributos. Este deber es ya fácil desde que la perfección divina se ha hecho visible a nuestros ojos de carne, desde que nuestras manos

han podido tocarla y nuestros oídos han podido oír al Verbo de vida expresándose en nuestro lenguaje.

Acercándonos, pues, a este divino mediador deberemos en adelante acercarnos a Dios; imitándolo nos haremos semejantes a Dios, glorificándolo glorificaremos a Dios. Su gloria es, pues, conjuntamente con la gloria de Dios su Padre, el fin de todos los hombres.

### **La solución viviente de todos los enigmas**

Pero no solamente se revela a nosotros Jesucristo como nuestro fin en tanto nos manifiesta la perfección divina, sino también en cuanto encierra en sí el complemento de nuestra naturaleza. En Él y sólo en Él se llenan los inmensos vacíos de esta naturaleza, tan rica y tan pobre a la vez. En Él sólo hallamos el acuerdo de esas extrañas contradicciones que hacen del hombre un enigma incomprendible. Fuera de Jesucristo, el espíritu del hombre está en oposición necesaria con sus sentidos, la actividad de la inteligencia disminuye la fuerza de la voluntad, el interés y el deber están irreconciliablemente divididos, las pasiones conspiran naturalmente contra la virtud, la felicidad de la vida presente parece incompatible con la felicidad de la vida futura, las conveniencias del individuo no se pueden conciliar con las de la sociedad. Las mismas virtudes luchan

contra las virtudes. La grandeza de alma no puede aliarse con la humildad, la fuerza excluye la dulzura, la sensibilidad de un corazón amante empaña pronto el esplendor de su pureza, el atrevimiento de la inteligencia no se compra sino a expensas de la sencillez en la fe. En una palabra, fuera de Jesucristo, la naturaleza humana no puede hallar esta armoniosa unidad que debería ser a la vez su perfección y su dicha. En su lugar no vemos sino división, desgarramiento, lucha, debilidad, inquietud, desesperación.

En Jesucristo, por el contrario, y en todos aquellos que lo toman seriamente como modelo, todas las luchas se apaciguan, todas las contradicciones cesan, todas las oposiciones se reconcilian. Contemplad el rostro de este divino Salvador y bajad después vuestras miradas sobre los santos que, como otros tantos espejos vivientes, han reflejado sus benditos rasgos; mirad si en la serenidad de sus frentes, en el brillo de sus ojos, en la dulzura de sus labios, todos los sentimientos que hacen la grandeza del alma humana, no se revelan a vosotros en su plena eflorescencia. Una influencia divina ha pasado por ahí, y ha hecho hombres completos reuniendo juntas las cosas que la naturaleza parecía condenar a un irreconciliable antagonismo.

Los sentidos espiritualizados se han hecho dóciles instrumentos de la razón; las pasiones, conducidas a sus verdaderos objetos, ayudan a la virtud a alcanzar las verdaderas riquezas, la verdadera felicidad, los verdaderos goces; cesan de ser los principios de todos los crímenes para convertirse en fuentes de mérito y de santidad. La inteligencia, hallando en la verdad soberana el bien soberano, favorece por su desarrollo, el desarrollo de la voluntad; la seguridad de poseer eternamente este objeto único de todas las aspiraciones del alma y de gozar de él en proporción de los sacrificios —hechos por él en el tiempo—, une indisolublemente el interés al deber y no permite ya separar la felicidad de la vida presente de la de la vida futura, la ventaja del individuo con la ventaja de la sociedad.

El Corazón de Jesucristo es, pues, la solución viviente de todos los enigmas que, sin él, hubieran sido insolubles; es la unidad divina del corazón humano que, fuera de él, se divide en jirones. Es aun el lecho nupcial en el que vienen a juntarse en casto abrazo todas estas virtudes que separaba un funesto divorcio. En él y por él la humildad, apartando al hombre de buscar la grandeza en la nada, se la hace encontrar en Dios y se une a las más altas aspiraciones. En él la fuerza, tranquilamente apoyada en Dios y no teniendo ya necesidad de violentos esfuerzos para sostenerse, se une a la más encantadora dulzura. En él el corazón más afectuoso halla para su sensibilidad un sabroso alimento que le dispensa de

correr tras de vergonzosas voluptuosidades; y se hace tanto más capaz de amar todo cuanto es amable por cuanto adquiere más dominio sobre sus brutales apetitos. En él, en fin, el amor ardiente de la verdad vuelve a la inteligencia tanto más atrevida y más confiada en su seguimiento, cuanto es más humilde y más dócil en aceptarla, cuando por sí misma se entrega por el canal de la fe.

He ahí al hombre tal cual lo hizo Jesucristo. Helo ahí en su unidad, en su perfección, en su paz serena e inalterable. Antes de Jesucristo el hombre era un edificio en ruinas cuyas piedras, magníficamente talladas, pero violentamente separadas unas de otras, parecían no poderse ya reunir; el mismo plan de este edificio se había perdido y los arquitectos que habían tratado de reconstruirlo no habían logrado más que mutilarlo. Jesucristo vino, nos mostró en sí mismo el edificio divino reconstruido con un esplendor que jamás había alcanzado, y en adelante de nosotros depende el hallar en Él esta unidad que vanamente buscábamos fuera de Él.

### **Jesucristo, perfección del hombre**

En efecto, Jesucristo no es solamente la perfección de la humanidad en general, es también la perfección de cada hombre en particular.

Todos venimos al mundo extrañamente incompletos; la naturaleza se contenta con esbozarnos para dejar a nuestra libre actividad el mérito de nuestro perfeccionamiento. Hay, pues, en el natural de cada hombre ímpetus y lagunas, cualidades y defectos. Desarrollar las cualidades y corregir los defectos, regularizar los ímpetus y llenar las lagunas, tal es la obra de la vida presente. Pero, para realizar esta obra necesitamos una regla. Si un tipo no nos es dado, estaremos en gran peligro de tomar por virtud lo que es defecto y de exagerar hasta la monstruosidad los ímpetus que hubieran debido atenuarse. Buscadle donde queráis este tipo accesible a todos los espíritus y a todos los ánimos, más grande que los más grandes, está al alcance de los pequeños, este tipo que revela a todos toda perfección y que, al revelarla, la hace amable: no lo hallaréis de ninguna manera fuera de Jesucristo. Pero en Jesucristo lo hallaréis, y si sois sinceros, no pediréis otra prueba de la divinidad de este adorable Salvador. Sí, he ahí vuestro tipo; ¿queréis saber lo que os falta y lo que tenéis de más? Medíos sobre Jesucristo. ¿Queréis volver a hallar la unidad de vuestro ser, dividida ahora en mil pedazos? Comparad cada parte a la parte correspondiente del ser de Jesucristo, y hallaréis el lugar de cada facultad, la dirección a imprimir a cada movimiento. Hallaréis de nuevo el orden, y con el orden la perfección, la paz, la verdadera felicidad.



## LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona  
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

### SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

### *Este mes recomendamos:*

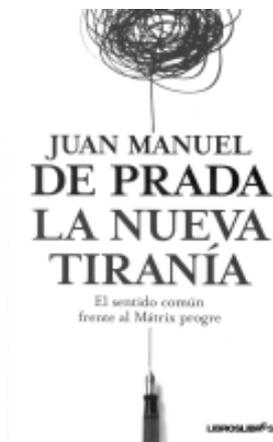


#### **Los que susurran**

Autor: Orlando Figes  
Editorial: Edhasa  
960 páginas  
Precio: 39,50 €

Uno de los periodos más oscuros de la historia rusa corresponde a la era de Stalin. A millones de muertos provocados por el hambre y la guerra hay que sumarle al menos otros tantos que perecieron a manos de la brutal maquinaria represiva soviética. Orlando Figes se adentra en el territorio inexplorado de las vidas privadas durante aquellos

años terribles y nos describe una sociedad en la que nadie osaba hablar en voz alta. Un libro conmovedor y necesario, el mejor homenaje a las vidas que Stalin destruyó.

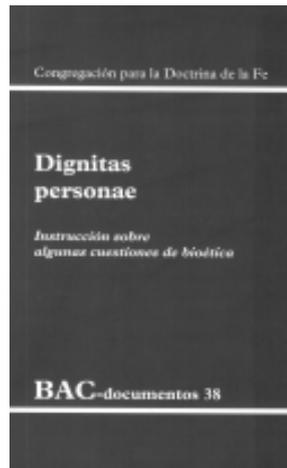


#### **La nueva tiranía**

Autor: Juan Manuel de Prada  
Editorial: Libroslibres  
356 páginas  
Precio: 20,00 €

Juan Manuel de Prada es, ante todo, un escritor. Pero su denodada vocación literaria no le ha impedido erigirse en referencia para muchas personas que sufren la «nueva tiranía»: la dictadura de una ideología que, bajo el disfraz de la adoración del hombre, está imponiendo juicios ante los que muy pocas voces se atreven a discrepar, por corrección política o desistimiento acomodaticio.

El lector percibirá esa pugna de ideas en debates tan candentes como el aborto o la memoria histórica, la crisis económica o la educación, la ideología de género o la corrupción de la democracia y los derechos humanos.

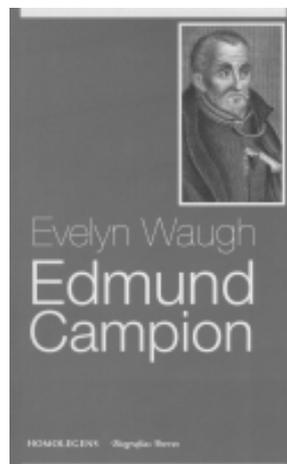


#### **Dignitas personae**

Autor: Congregación Doctrina de la Fe  
Editorial: BAC  
72 páginas  
Precio: 2,80 €

Esta nueva instrucción, elaborada con el apoyo de la Pontificia Academia para la Vida y un gran número de expertos internacionales, quiere contribuir a la formación de las conciencias en cuestiones que no sólo interesan a médicos y legisladores, sino a toda persona que busca la verdad. Con respecto a documentos anteriores, afronta nuevos problemas relacionados con la

vida y la procreación humana, contemplando también algunas nuevas propuestas terapéuticas que implican la manipulación del embrión o el patrimonio genético humano.



#### **Edmund Campion**

Autor: Evelyn Waugh  
Editorial: Homo legens  
269 páginas  
Precio: 16,00 €

Su erudición, su elocuencia, su rectitud y su apostura garantizaban a san Edmundo Campion un puesto de honor en el reinado de Isabel I, en los años en que en Inglaterra se imponía una nueva fe a sangre y fuego. La prosa luminosa y dramática de Evelyn Waugh nos cuenta cómo Campion enterró todas sus perspectivas mundanas tras la llamada de una fe católica que haría de él un jesuita misionero

en la Inglaterra resistente y un mártir.

# CONTRAPORTADA

## La mujer, santuario de la vida

Pienso sinceramente que la Iglesia está haciendo lo que Dios espera de ella en este momento clave de la historia: desgastar su prestigio y sus energías en la defensa de la vida de los más inocentes. La cultura de la muerte pretende distorsionar la realidad, contraponiendo la defensa de la vida del hijo, al supuesto derecho de la mujer a una «maternidad a la carta». Pero lo cierto es que apostar por el hijo, es apostar por la madre. Al decir esto, no estoy pensando exclusivamente en las heridas traumáticas que se manifiestan en el «Síndrome post-aborto»... Los males derivados del aborto para la mujer son muchos y devastadores:

¿Cómo se puede hablar del aborto como de un derecho de la mujer a «decidir en libertad», cuando sabemos de sobra que tras la mayoría de las interrupciones violentas del embarazo, se esconde la presión e incluso el chantaje del varón? ¿Cómo se puede reivindicar el aborto en el contexto de la promoción de la mujer, cuando en numerosos países se está produciendo un grave desequilibrio entre la población masculina y la femenina, por motivo del recurso al aborto para la selección del sexo? El caso de China es paradigmático: por cada 119 niños, nacen tan solo 100 niñas. Se calcula que en el año 2020 habrá en ese país 300 millones más de hombres que de mujeres.

La reivindicación del feminismo radical, que ha ligado la promoción de la mujer a la liberación de su maternidad, ha resultado ser su propia tumba. Por el contrario, una de las dimensiones que más dignifica a la mujer, es su condición de ser «santuario de la vida».

## El sacrificio del inocente

Si queremos vivir en verdad y en intensidad nuestra Semana Santa, no podemos dejar en el olvido la acción de gracias por el don de la vida; la llamada a la responsabilidad en su cuidado; ni tampoco la denuncia profética ante el sacrificio de los inocentes. También Jesucristo fue el «inocente» sobre el que descargamos las culpas los pecadores. El diálogo del Buen Ladrón con su compañero de suplicio, es bien significativo: « *¿Ni siquiera temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido; en cambio, éste nada malo ha hecho*» (Lc 23, 41).

Lo cierto es que, mientras discutimos, el aborto ha llegado a ser la primera causa de mortalidad en España. En toda nuestra dilatada historia, si excluimos la Peste Negra en la Edad Media, ninguna guerra, enfermedad o catástrofe, ha acabado con tantas vidas humanas. Lo que está en juego es algo tan básico como nuestra capacidad de conmovernos por la suerte del inocente. ¡Es cuestión de humanidad, de solidaridad y de misericordia!

Jose Ignacio Munilla, obispo de Palencia  
(«Aborto y Semana Santa», *El Norte de Castilla*, 4 de abril )